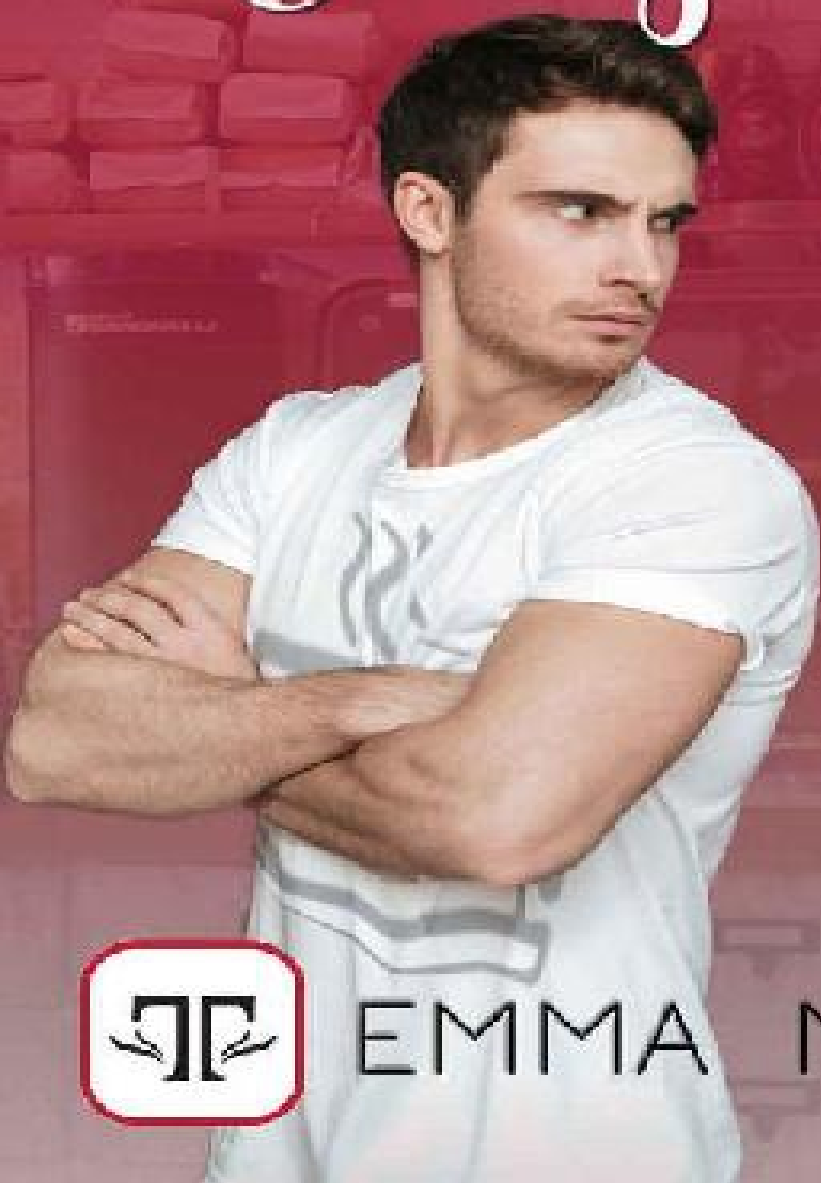


eTerciopelo

MEJOR  
CONTIGO...,  
*¿o sin ti?*



EMMA MALDONADO

# Mejor contigo... ¿o sin ti?

Emma Maldonado



# MEJOR CONTIGO... ¿O SIN TI?

Emma Maldonado

**«Un (des)afortunado atropello con una bici... y las flechas de Cupido son lanzadas al azar, la pareja que las ha cogido al vuelo, no puede ser más disfuncional... ¿Quién se terminará enamorando de quién».**

## ACERCA DE LA OBRA

Brenda y Jen, amigas inseparables, se escapan de casa en busca de una nueva vida. El destino hará que se crucen con Vince, un camarero aspirante a psicólogo, que encuentra en Brenda el experimento sociológico perfecto: maniática de la limpieza, neurótica y difícil de ganar; todo un desafío para él.

Un error, una traición y una atracción casi imposible desencadenarán un efecto dominó en sus vidas.

Una mala decisión en un momento determinado, te puede cambiar la vida, sólo puedes intentar arreglarlo, otra cosa es que surta efecto...

Sumérgete en una historia llena de líos, pasiones, impulsos y amor. Una historia donde nadie es perfecto y la única salida es luchar por lo que se quiere.

Ella es el experimento perfecto. Él, el tipo al que se le va de las manos.

## ACERCA DE LA AUTORA

**Emma Maldonado** es una almeriense que hace unos años debutó en el mundo literario con *El pozo de los deseos*, novela de corte juvenil mezclado con romance paranormal.

De estilo juvenil también, publicó en 2018 *Besos de arena y sal*, y en 2019 *Las sombras de la catedral*, novela de suspense.

Ha participado en varias antologías de relatos, así como en libros solidarios como *La cabaña del bosque*, donde un porcentaje es destinado a la protectora de animales y plantas de Valencia; *Cuentos por la vida: todos con Idaira*, a favor de la pequeña Idaira o *Pasión y lujuria*, proyecto creado por el Club de las Escritoras y «Taller de cuentos», a favor de los niños con cáncer de Almería.

A partir de octubre de 2019, gracias al sello digital eTerciopebo, podremos disfrutar de sus novelas de romance adulto, *Mejor contigo...*, *¿o sin ti?* y *Paddock: amor sobre ruedas*.

# Índice

Portadilla	
Acerca de la autora	
Dedicatoria	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

*A mi familia, que es muy importante para mí*

## Prólogo

*Brenda*

No me gustó salir aquella mañana, el día estaba feo y la lluvia cubría tenuemente las calles, los coches, los árboles y las casas. Jen había ido a comprar «para organizar nuestra nueva vida» y yo al banco: debía sacar dinero para provisiones.

Había dormido bastante mal la noche anterior, pues solo pensaba en que las pulgas o las chinches me pudiesen picar. Estaba segura, ese sitio de mala muerte tenía que estar infectado, y, aunque había rociado repelente por todos lados, hasta asfixiar a Jen, no había pegado ojo.

No era de extrañar que fuese medio zombi por aquellas calles que apenas conocía, ni tampoco que una bici me *empujara* y me tirara al suelo —¡Que estaba llenito de barro y gérmenes!—. Sentí la goma del neumático girar un segundo antes de estamparse casi de lleno conmigo. Solo me rozó la pierna, pero con la fricción, perdí el equilibrio por lo que me caí sin remedio, haciendo que mi paraguas volase por los aires.

—¿Estás bien? —preguntó el chico, al tiempo que apoyaba la pata de cabra de aquel armatoste con ruedas inventado por el demonio en el suelo.

No le contesté, pero siguió hablando mientras yo me miraba de arriba abajo, muerta del asco, en el suelo. Notaba una ligera quemazón en la zona herida, pero nada podía competir con cómo había quedado mi ropa.

—Voy a tener que bañarme en lejía.

Creo que él se quedó algo sorprendido por mi respuesta, porque, de repente, se quedó callado y dejé de oír el rumor de sus palabras de fondo.

—¿Perdona? —Volví a captar su onda verbal.

Reparé en él por primera vez.

—¿Por qué no miras por dónde vas? Este vestido es nuevo, y apenas tengo ropa que desaprovechar. Ni eso ni desinfectante ni tiritas ni alcohol. ¿Querías matarme o qué? —Lo miré furibunda.

El tipo no entendió ni una palabra, y desde luego no me extraña. En ese momento yo era «demasiado intensa» para una persona cuerda.

—¿Qué? —preguntó confuso.

No le contesté, pero me ayudó a levantarme mientras me miraba de pies a cabeza y yo hacía muecas de horror por el estado en el que había quedado mi vestido.

A ver, ya te habrás supuesto, lector, que yo era un espécimen algo raro: no me gustaba salir por ahí, odiaba los gérmenes, la primavera me volvía loca —en el peor de los sentidos—, tenía pánico a hacerme heridas, los chicos me daban más que igual, estaba escasa de afecto y Jen, mi mejor amiga, era la única que me aguantaba.

Vale, reconozco que no era fácil tratar conmigo, y que me podía dar con un canto en los dientes de la suerte que tenía, pues podría haber llevado una vida peor; mis padres podrían haberme

abandonado en un pantano, no haber conocido a mi mejor amiga, haber vivido con unos padres de acogida... ¡Qué sé yo! Pero eso no quitaba que alguna vez mi lado más quejica saliera a la luz.

—¿Estás herida? Por favor, dime algo. —Él volvió a captar mi atención.

Parecía un poco desesperado, y como yo estaba muy enfadada, decidí contestarle.

—Sí, me duele el trasero y la pierna, pero tranquilo —le dije desdeñosa—, aquí la mayor parte del daño se lo ha llevado mi ropa.

Él suspiró, creo que de alivio.

—Bueno, pues ya está. Sí quieres pásame la factura de lo que sea e iré por tu casa para pagártelo.

¿Mi casa? ¡Ese hotelucho!

—Tranquilo. —Lo miré desafiante—. No hace falta que me des nada.

Una extraña sonrisa emergió de sus labios mientras me tendía mi paraguas, que había recogido del suelo; lleno de barro, por supuesto.

Lo observé con una ceja arqueada y con toda la cara de mala leche que pude poner, pero nada, esa sonrisa no se esfumó de su rostro en ningún momento.

Me fui de allí, dejándolo atrás, mientras sentía su mirada cargada de diversión persiguiéndome.



*Vince*

**A**rrojé el cigarrillo a medias al suelo de la acera.

Ya llegaba tarde al bar. No era que el señor López tuviera una clientela abrumadora a aquellas horas de la mañana, de hecho, levantarse a las seis, debería de estar prohibido si después de tanto esfuerzo tienes que pasar una hora y media en un bar tú solo bostezando.

Llevaba un par de días pensando si aquel trabajo merecía la pena. Me gustaba trabajar allí, pero el salario tampoco era una pasada.

Mi compañera Patricia estaba buscando empleo por otros lugares, tal vez debería hacer yo lo mismo.

Suspiré a la vez que miraba a la lejanía. Cogí mi bici, estacionada pulcramente sobre la pared de mi chalet alquilado. Esa era otra, ¿para qué había alquilado una casa semejante para mí solo? En un principio me había parecido una ganga, pero ahora... En fin, tenía seis meses más de contrato, ya habría tiempo de pensar si quería seguir viviendo allí o me iba a otro lado.

Comencé a pedalear, y como exhalación, me salté algunos semáforos. Dos o tres bocinas tronaron detrás de mí, aunque me dio un poco igual.

Entonces recordé a la chica, a la que casi me había comido, literalmente, la mañana anterior.

Sonreí sin querer, menuda tipa, pocas veces me había encontrado con alguien como ella.

«Sería un buen experimento», me dije a mí mismo, añorando el futuro que podría haber tenido dedicándome a otra cosa.

Cuando me mudé a la ciudad tenía grandes expectativas. No solo laborales, también académicas. Pero la universidad y sus tasas había resultado ser más cara de lo que yo había pensado, e incluso si hubiera podido permitírmelo, no hubiera podido compaginar los estudios con el trabajo, hubiera sido demasiado duro. Todos los días llegaba a casa agotado, y además, seguramente, tendría que buscarme algo más si no quería que mi forma de vida cambiase. Ser camarero era sencillo, duro, pero sencillo. No era mi empleo de ensueño, pero, por ahora, debía de valer.

*Brenda*

«*V*ale ya está, nos hemos escapado», me dije aquella noche.

Fue el día que empezó mi nueva vida, y aún lo recuerdo como si fuese ayer. No estaba preparada para unos cambios tan bruscos, pese a haber pasado días malos en mi cómoda y apacible casa anterior.

Cogí cuatro o cinco bocanadas de aire seguidas sin poder creérmelo todavía. ¡Nos habíamos ido! ¡*Pum!* Fuera de un plumazo.

—Veamos... —dijo Jen, rebuscando en mi mochila—. Aquí tenemos..., pastillas para la alergia, tiritas, alcohol, esparadrapo, desinfectante, vendas... —dejó de enumerar, me miró y soltó un silbido—. Doctora *House*, ha olvidado usted el bisturí y las tijeras para hacer un doble *bypass*.

Dejé de hiperventilar dos segundos para dedicarle una mirada aguda.

—Son cosas necesarias, y tú no sabrías hacer un *bypass* porque ni siquiera te gusta *House*, muchísimo menos la medicina.

Puso los ojos en blanco.

—¡Por Dios, Bren! Las cosas necesarias son comida y agua. Y no, no sé hacer un *bypass*, pero tampoco me hace falta, no voy a estudiar medicina, y tú tampoco, así que no sé para qué llevas toda esta farmacia. —Soltó una risita mientras volvía a meter todo lo que había sacado dentro de la mochila.

—Sí, ja, ja, tú riéte, pero cuando te cortes con esa navaja que llevas y te desangres, no vengas a pedirme nada a mí, porque seré yo la que se ría de ti. —Hice una pausa y la miré—. Bueno, vale, soy demasiado blanda, acabaré curándote —añadí finalmente.

Mi amiga soltó una carcajada.

—Estás tan loca que te comería a besos.

Hice una mueca, muy ofendida por lo de «loca», pero ella se la pasó por el forro y se acercó mí para darme un gran abrazo de oso.

—¡Nos hemos ido, Bren! ¡Nos hemos ido! —Sus ojos tenían un brillo chispeante, nunca la había visto tan emocionada.

Por mi parte, no estaba tan segura de que la hazaña saliese bien. Yo era más hipocondríaca que otra cosa; el mundo exterior era algo difícil e impredecible para mí. Había vivido toda la vida en casa de mis tíos, con ellos y con mis primos, pues mis padres prácticamente me habían abandonado. Mis tíos, por aquel entonces no tenían hijos, y mis padres eran tan hippies y jóvenes que no querían más obligaciones que liarse algún porro. La cosa fue que luego nació mi prima, y se olvidaron de mí tanto mis padres como mis tíos.

Me proporcionaron una buena educación y me llevaron a los mejores médicos para tratar la estúpida alergia que me aquejaba, pero eso era todo, lo del amor paternal para mí era una utopía.

A Jen le pasaba más o menos lo mismo, pues era hija de madre soltera —separada a efectos prácticos, porque nunca se había llegado a casar—, y ahora tenía un padrastro que poco bien le caía. Así que, sin más dilación, habíamos decidido irnos.

La verdad era que había sido más bonito pensarlo que hacerlo, pues ahora me encontraba en la habitación de aquel hotelucho de mala muerte, con una «farmacia» encima, como me había dicho Jen, las dos solas, sin casa, sin haberle dicho nada a mis tíos ni a mis padres. Nada.

Bueno, quizás no se preocuparan, como me había dicho Jen tantas veces que «hacía» ese tipo de padres, o más bien «no hacía», pues habían dejado de ocuparse por sus hijos adoptivos después de conseguir tener unos propios.

Yo sabía que no se debe generalizar, de hecho, siempre me había intentado convencer a mí misma de lo contrario, de que todo eso eran paranoias mías y de que Amelia, Lucas —mis primos— y yo estábamos en el mismo barco en cuestión de afecto, pero había llegado el momento de reconocer que no era verdad.

—No le des más vueltas a la cabeza. Ya eres mayorcita —me había dicho Jen justo antes de largarnos.

—No, si no es eso..., pero no me gusta desaparecer así, sin más —le había replicado yo, metiendo algo de ropa en mi maleta.

Ella llevaba razón, yo ya tenía veinticinco años. No tenían por qué prohibirme nada, ni siquiera echarme de menos, pero..., me daba cosa. En el fondo, quería a mis tíos como si fueran mis propios padres; eran los únicos que había conocido como tales. No es que no hubiese visto a mis progenitores, aunque, bueno, si en el año los veía cuatro veces, podía dar gracias a Dios.

—No sé cómo tus tíos han criado a alguien tan responsable como tú, deberías ser más... —me miró, pensando la palabra adecuada para mí—...rebelde.

—Soy rebelde —objeté una vez más—, ahora mismo me estoy escapando.

Jen puso los ojos en blanco.

—Bueno, no es que tengas mil quinientos guardias en la puerta esperando para seguirte. Es más, no creo que nadie se dé cuenta, así que no es una huida en toda regla.

Jen pensaba en aquello como si fuese un película policíaca en la que los coches patrulla nos perseguían con perros rastreadores mientras corríamos sudorosas y jadeantes hasta que saltar una valla metálica para perderlos de vista.

Sin embargo, yo me lo tomaba como un suicidio tanto social como familiar, aparte de que era algo que iba a dar un giro a mi vida de ciento ochenta grados. Nunca había hecho nada malo, nunca me había saltado las reglas, no había levantado la voz en mi vida a nadie, ni una mala nota, ni un mal expediente... ¡y ahora me fugaba!

¿Cómo había llegado a esta situación?

La respuesta era sencilla, y tenía nombre y apellidos: Jennifer White Astor.

Ella, mi mejor amiga desde que tenía memoria, me había impulsado a ello.

La idea había empezado de broma, como si fuese a fingir mi propio secuestro —¡Qué siniestro suena!— y Jen casi había ideado el plan completo.

El objetivo era que mis tíos-padres se dieran cuenta de mi desaparición y se preocuparan un poco por mí.

No sabía cuánto se divertía ella planeando esas cosas, pero desde luego yo me moría de ganas de que surtieran efecto. Había querido a mis tíos más que a mis padres hasta que llegó Amelia, y luego Lucas. No era que me importara tener «hermanitos», pero la atención hacia mi persona había desaparecido.

Vale, sabía que era mayorcita para hacer algo como escaparme o morirme de ganas de que alguien me cuidara. Pero... siempre se echa en falta lo que no se tiene, y a mí me lo habían arrebatado a los diez años, cuando nació Amelia.

No era que mis tíos me dijeran que ya no les hacía falta tenerme en su vida, simplemente se habían acabado los abrazos, las palabras amables —o las palabras a secas—, las advertencias de «cuidado» cuando salía, o la simple compañía de su presencia cuando estaba en casa.

Me sentía como un pañuelo usado. Peor, era un pañuelo tirado a la basura y lleno de mocos, los míos propios, pues me había hartado de llorar noche tras noche desde que la familia había aumentado.

¿Debería haber ido a un psicólogo? Tal vez. ¿Por qué no fui? Yo quería ser perfecta para Miranda y Salvador, mis tíos, no quería darles quebraderos de cabeza, quería estar bien, y a lo mejor así se volvían a acordar de que me habían «adoptado».

Pero debía asumir ya que nadie me quería, que, en el fondo, estaba —¿Por qué no?— un poco loca, como Jen me decía tantas veces.

Ella era mi mejor amiga desde que el mundo —mi mundo— era mundo. Nos habíamos conocido en un colegio caro al que me obligaron a asistir toda la primaria. Mis tíos querían darme la «mejor educación», aunque cuando llegué al instituto y mi prima empezó a ir a la guardería, me cambiaron a uno público, pues resultaba muy caro y la guardería para Amelia no costaba menos.

Con todo, mis tíos siguieron proporcionándome una buena paga, como si estar allí, de hija-florero, fuese mi trabajo. Así que, bueno, después de tantos años sin gastar —apenas salía, con todos esos gérmenes y bichos que rondaban por el mundo y las asquerosas flores de primavera poniéndome la nariz rojo chillón...—, tenía una pequeña fortuna en mi cuenta.

Y ahí estábamos nosotras; Jen y Bren, inseparables siempre, dispuestas para una nueva aventura, o en este caso, para gozar de nuestra libertad.

*Vince*

La primera vez que la vi pensé que era una obsesa, una loca, una histérica de la limpieza, digna de ser objeto de un minucioso experimento de comportamiento sociológico.

«Experimento», esa era la palabra clave. Yo había querido ser psicólogo desde que tenía uso de razón, pero, por circunstancias del destino, había acabado siendo camarero.

Cuando llegué aquella mañana a trabajar, me puse a servir mesas, como todos los días, y casi no pude creerme que esa pija, «el experimento», estuviera allí, con otra chica. Hacía una semana desde nuestro primer...¿cómo llamarlo...?, ¿«encuentro»? y hubiese sabido que era ella a doscientos kilómetros de distancia, pues su cara resultaba inconfundible: tenía los ojos color miel, el pelo largo y castaño y unos gestos que no pasaban desapercibidos a nadie.

A hurtadillas, desde la barra, puse la antena para ver qué decía.

—¡Jen! ¿Cómo puedes decir eso? —parecía muy exaltada mientras removía su café con ansia, como si quisiera hacerlo desaparecer con la cuchara.

La tal Jen soltó una risita y se tapó la boca.

—¡Por favor, Brenda! Estamos en un bar, no creo que le hayan echado desinfectante a los vasos ni a los cubiertos, los habrán metido en un lavaplatos como todo el mundo.

—¡Por eso mismo! Las bacterias de ese «todo el mundo» están pululando por aquí. —Señaló su café humeante.

Casi me partí de la risa, tuve que contenerme para que mi jefe no se diese cuenta de que espiaba a esas clientas sin que ellas lo supieran.

Así que bacterias... ¡Menuda pija loca!

Decidí poner en práctica mi vocación como psicólogo; me creía un experimentador por cuenta propia, ya que no tenía ningún título que me avalara, y me dije a mí mismo que los dos euros que me iba a costar la broma merecerían la pena solo por ver su cara.

—Buenos días, chicas —dije en un tono muy jovial, casi burlón—. Regalo de la casa. —Les ofrecí en un plato dos pequeños cruasanes de chocolate.

La tal Jen me miró extrañada, y a Brenda se le pusieron los ojos más grandes que la luna mientras miraba mi pequeño regalo como si fuese una fiera apunto de atacarla.

—¿Y esto? —preguntó la rubita, Jen.

—Un café solo es muy triste, ¿no creéis? —Esboqué una de mis mejores sonrisas.

Ella también sonrió, y deseé que Brenda levantara, por fin, la vista del plato.

¡Eran unos cruasanes! ¿Cómo podía mirarlos así?

Al final clavó los ojos en mí, y se puso pálida en cuanto me reconoció.

—¡Tú!

—¡Oh! La chica de la ropa...sucia. —Me hice el sorprendido, y casi me delato cuando tuve que contener la risa que se agolpó en mi garganta.

—¿Os conocéis? —preguntó Jen, algo perpleja.

—¡No! —Brenda me dedicó una mirada digna, y me lo tomé como un insulto no verbal.

¿Por qué lo negaba? Bueno, pensándolo bien, no era que nos «conociéramos», pero, en fin, yo había sido amable con ella. ¿Qué culpa tenía yo si la neurótica de los gérmenes no iba mirando por donde debía y se interponía en el camino de las bicis?

He de reconocer que lo cierto era que yo tampoco andaba muy pendiente de nada cuando la embestí, me había dado tiempo a girar justo antes de que la rueda se subiese encima de ella, solo la había empujado ligeramente al final, aunque me había preocupado mucho, muchísimo, que se le hubiese roto el coxis o algo, ¡menuda caída había sido esa!

—Tienes razón, no nos presentamos, te fuiste tan... rápido. —Le tendí una mano, para su consternación—. Me llamo Vince.

—¡Pero qué nombre más bonito! —exclamó Jen, y sus traviesos ojos verdes brillaron en mi dirección.

Brenda no me dio su mano, así que la dejé caer y decidí concentrarme en la rubita.

—Mi abuela era inglesa y lo eligió ella, aunque creo que es de origen latino —contesté mirándola solo a ella.

Jen me observó con más fascinación, si podía.

—Yo soy inglesa, pero llevo muchos años viviendo aquí.

—Oh, entonces te consideraré mi paisana. —Le guiñé un ojo y ella esbozó una tímida sonrisa mientras volvía a mirar hacia su café.

No se me escapó la cara de horror de Brenda; no había apartado los ojos de nuestra conversación, y con cada segundo que pasaba, la ira que había en su rostro se había ido acentuando.

—Bueno, tengo que volver al trabajo. Ya nos veremos. —Hice un gesto en dirección a Brenda, que ni se inmutó y no dejó de mirar a Jen en ningún momento—. Paisana. —Volví a hacer un saludo, esa vez a Jen, que hizo lo mismo para despedirse de mí.

Me fui andando más chulo que un ocho, o todo lo que podía, ya que el uniforme de camarero no me favorecía mucho.

En aquel momento, no me di cuenta de que había iniciado una guerra entre ella y yo, de que acababa de lanzar la primera granada.

—¿Te has vuelto loca, Jen? —oí que le decía entre susurros a su amiga.

—¿Por qué? Es tan mono... y tan amable... —Su voz sonó soñadora.

—¡Es el chico que me atropelló!

—¿En serio? —Ahora parecía escandalizada, pero incluso así añadió con voz melosa—: Se ha disculpado contigo, deberías perdonarlo.

—¡Nunca!

Dejé de escucharlas, pues mis quehaceres me llamaban y tenía que atender a más mesas. No sabría explicar qué fue lo que ese breve encuentro encendió en mí, pero por primera vez en mucho tiempo, estaba contento de tener que trabajar.

Brenda

¿Por qué estaba tan pesada Jen con el tío ese, el tal Vince? Me había hecho contarle lo de la bici una y otra vez. Y yo ya estaba harta. Los moratones que me había hecho en el trasero y en la pierna se estaban yendo, pero aun así, ahí estaban. ¡Y qué rabia me daba! Yo no había tenido un morado en mi vida, y menos de ese calibre.

—Mañana voy a ir a la cafetería otra vez —me informó mi amiga desde el baño del mugroso hotel donde nos alojábamos.

Resoplé.

—Tú misma, pero probablemente te escupa en el café —dije mientras me ponía crema en los muslos; de verdad... ¡qué cosa me daba de verme la piel magenta!

—Claro que no, me invitará a otro cruasán, no ves que soy su *tocaya*.

Sonreí.

—Paisana.

—¡Eso!

Debía reconocer que me hacía gracia, hacía tiempo que no veía Jen tan insistente en otra cosa que no fuese nuestra fuga, y bueno, ahora que lo habíamos hecho, tenía que entretener su mente en otra cosa.

Aunque yo creía ciegamente que antes de pensar en chicos debíamos encontrar un piso; no quería quedarme más en ese hotel.

—Podrías acompañarme —volvió a proponerme.

—¿Mientras le pones ojitos? No, gracias.

—Brenda, deberías buscarte un novio, no se está tan mal con pareja y tiene... Mmm... Muchas ventajas, tú ya me entiendes.

Otra vez ese tema no.

—¡Claro! Restriégame que aún soy virgen.

—No estoy haciendo tal cosa. Solo te estoy diciendo que deberías probar a codearte con la clase masculina.

—Sabes de sobra que no hay chico para mí. Y además, no me interesan.

Para mí eso del sexo estaba en un segundo plano. No era que estuviese traumatizada ni nada de eso, pero bueno, yo que sé, no era lo más importante del mundo. Jen tenía una... larga lista de amantes, y siempre me andaba restregando sus múltiples experiencias. Yo la escuchaba, aunque intervenir, intervenía poco en la conversación. Además, era cierto que no había chico para mí. Era rara, y consciente —a veces— de mis defectos. Los chicos del instituto me habían mirado mal durante cuatro años, a los de bachiller les había sido indiferente, y en el módulo de turismo tampoco era que hubiese triunfado mucho.

Todos me veían como una pija. Les caía mal, y mis «manías» eran odiosas para ellos.

He de reconocer, a día de hoy, que era verdad, que me pasaba mucho con mi neurosis por la limpieza; pues incluso llegaba a pasar un pañuelo por encima a los lápices en clase, después de dejarlos un segundo en la mesa.

La culpa no era mía, mi tía-madre me había metido miedo desde pequeña, me había hablado de los gérmenes: «Esos seres que no se ven pero que hacen daño». Aunque este no había sido el punto máximo de mi obsesión, sino la tremenda infección que había tenido en la rodilla cuando me había caído en el recreo a los trece años. Me había llevado un buen golpe contra un hierro oxidado que me había atravesado la piel, aunque no me había llegado al hueso y me habían puesto alcohol y cosas de esas en el instituto, no se había curado bien.

Me dolió muchísimo durante mucho tiempo y tuve que someterme a muchos tratamientos para eliminar la herida entera, aunque finalmente me quedó una pequeña cicatriz. Luego me hice alérgica al polen y al polvo. Así que, bueno, ¡odiaba los gérmenes, las bacterias, y todos los bichos que afectaran a mi salud! Y nadie me lo podía echar en cara teniendo en cuenta mis antecedentes...



*Vince*

¿He dicho ya que me hubiese encantado dedicarme a la psicología? Pues, en mi búsqueda de sujetos con los que experimentar, confieso que me encantaba observar a las personas, intentar descifrar su personalidad. Y desde que había leído sobre los arquetipos de personalidad del eneagrama, tendía a encasillar a los demás en una de las nueve que proponía.

Según este sistema de clasificación, en cada persona predomina un tipo de personalidad que, según su estado de ánimo, puede acercarse a otro adquiriendo algunos de sus rasgos.

Yo pensaba que la pija loca pertenecía al eneatispo 1, personas perfeccionistas cuya ira interior intentan no exteriorizar —aunque ella lo de no exteriorizar lo llevaba un poco mal—. O quizás al 3, que se caracterizaban principalmente por preocuparse por su imagen y sus logros. En fin, fuera lo que fuese, tenía ganas de comprobar por mí mismo que así era.

El tema era que en ello estaba pensando cuando vi entrar a Jen por la puerta. Tuve la esperanza de que Brenda la siguiera... Y qué largo fue mi suspiro cuando no lo hizo.

—¡Hola, paisana! —Me acerqué a ella sin dudar, al fin y al cabo era una clienta.

Su rostro se iluminó al verme.

—¡Hola, Vince! ¿Qué tal va todo?

—Bueno, no me puedo quejar. ¿Qué va a ser hoy?

Ella cogió la carta y empezó a ojear la parte de los cafés.

—Mmm..., un café con leche y uno de esos estupendos cruasanes que nos pusiste ayer.

—Ajá, tomo nota. ¿Por dónde anda hoy tu amiga? —pregunté con cierto aire indiferente, aunque era lo único que quería saber.

—Se... —Vaciló unos instantes antes de responder, o sea, que me iba a mentir—. Se encuentra un poco mal.

—Vaya, espero que se mejore. Vuelvo dentro de un segundo con tu pedido.

Ella me sonrió amablemente, y yo le guiñé un ojo.

Aquella mañana, durante la hora del desayuno de los empleados, me senté en la mesa de Jen y me puse a hablar con ella.

No debería haberlo hecho, ya que ahora estoy como estoy, pues, a partir de aquel día, todo se convirtió en un caos.

Empezó a presentarse allí todas las mañanas, y desayunábamos juntos. Yo intentaba conseguir información sobre Brenda, que en ese momento andaba buscando trabajo, lo mismo que Jen cuando salía del bar. Nunca me decía por qué no la acompañaba a desayunar, pero yo sabía que mi presencia le molestaba.

Puedo decir sin vacilar que lo que se me ocurrió a continuación fue uno de los peores errores de mi vida, sin lugar a dudas. No estoy orgulloso de ello y bien que lo estoy pagando.

—¿Te... gustaría quedar fuera del bar alguna vez? —Sonreí como un don Juan.

Ella se ruborizó un poco.

—¿Me estás proponiendo una cita, Vince? —preguntó coqueta.

—Sí, exacto, señorita Jennifer White.

—Debo advertirte de una cosa: Bren nos matará por esto, le caes un poco mal...

Me hice el sorprendido, pero la verdad era que por dentro me moría de la risa.

—¿Ah, sí? —Arqueé las cejas, con aire inocente.

—Sí, por el rollo de la bici y eso... —Parecía triste.

—Ella es muy importante para ti, ¿verdad?

Sus ojos verdes me miraron con mucha dulzura.

—Sí, es mi mejor amiga desde la infancia; incluso teníamos un lema: «Bren y Jen, *friends forever*». —Soltó una carcajada—. Sé que suena cursi pero es algo que nos levantó el ánimo en muchas ocasiones, más de las que podría contar. —Volvió a fijar la vista en su café, algo avergonzada por haberme contado ese secretillo.

Puse una mano encima de la suya. Ella me miró.

—Tranquila, haremos que me acepte.

Y no sé por qué, en ese momento, sentí que no le mentía sobre eso, que la realidad era que quería que Brenda me hiciera un hueco en su vida.

¿De verdad había jugado cuando era pequeña como una niña normal? ¿Había sido capaz realmente de hacer que una persona la quisiera tanto como lo hacía Jen? Me parecía surrealista estar hablando de la misma chica estirada que yo había conocido.

Y, lejos de causarme rechazo, como el curioso experimentador con instinto de psicólogo patológico que era, me entraron más ganas de conocerla aún, de saber qué había sido de su vida y por qué ella era así ahora.

*Brenda*

Odiaba que todas las mañanas Jen fuese a ese bar. O más bien, odiaba que fuese a ese bar por él, por un chico que no terminaba de darme buena espina. Ese tipo tenía algo raro.

Impaciente, como cada mañana que ella se iba, me dije a mí misma que debía mirar las ofertas de las múltiples páginas webs donde nos habíamos apuntado, para intentar conseguir un trabajo. Jen se guardaba los que le interesaban a ella y yo para los que pensaba que era idónea. No coincidíamos nunca, no nos iba eso de pisarnos los trabajos, así que cada una tenía sus preferencias y las dos contentas. De todos modos, éramos tan diferentes, que a mí no me gustaban mucho sus elecciones laborales, y a ella las mías tampoco.

Esa mañana, no sé por qué, me sentía más nerviosa de lo normal. Juguetaba con un bolígrafo entre los labios, intentando pensar en algo bueno para una nueva carta de presentación, mordisqueando el tapón. Cuando me daba cuenta, hacía una mueca de asco e iba corriendo a lavarme la boca. Estaba muy estresada, demasiado incluso para ser yo.

Tenía un mal presentimiento con respecto a Jen. Así que, después de echarles un vistazo a unas cuantas ofertas sin pararme a mirar nada en condiciones, decidí ir a buscarla. Apagué el destartado ordenador que habíamos pedido en recepción y cogí el bolso. ¿Y si ese idiota la había atropellado a ella también con su estúpida bici?

Descolgué la chaqueta de la percha y fui directa a la puerta.

Ahogué un grito cuando la abrí.

¡Allí estaba Jen! Y no había venido sola... ¡Satanás la acompañaba!

—¿Qué hacéis aquí? —Los miré con la cara desencajada, interrumpiendo su beso de tortolitos.

Jen se ruborizó un poco. ¿Cuándo se había ruborizado Jen? ¡Nunca que yo recordase!

Satanás se tapó la boca para no soltar una carcajada cuando vio que mis ojos entornados lo estaban escudriñando de mala manera, después carraspeó para disimular y adoptó una postura seria.

—Bren —me dijo él con toda la familiaridad del mundo—, creo que no hemos empezado con buen pie, y me gustaría arreglar eso. —Una sonrisa traviesa apareció en sus labios. Iba de farol, mentía seguro—. Más que nada, porque pienso venir continuamente por aquí y no me gustaría que hubiese mal rollo entre nosotros. No tiene por qué haberlo, lo de la bici fue un malentendido, ninguno de los dos iba mirando por donde debía. —Se llevó una mano en el corazón—: Lo siento, de veras.

Aquello se lo iba a creer su madre, porque yo no.

—¿Nos vas a tener todo el rato aquí, en la puerta? —inquirió Jen, que me apartó suavemente de la entrada e invitó a entrar a Vince a nuestra casa-hotel—. Bren..., ¿no tienes nada que decir? —Me miró arqueando las cejas, y luego hizo un pequeño gesto con la cabeza señalando a Vince.

Él me observaba como si fuese un niño travieso, como si todo esto fuese un plan ideado para un juego de esos en los que se gana o se pierde campo en el recreo del colegio.

Así que... de eso iba la cosa... de jugar.

—Claro, Vince, quedas disculpado. —Le sonreí de forma despectiva, pero mi voz sonó alegre y cristalina.

Él levantó una ceja, como si lo hubiese sorprendido con mi comportamiento.

—¿Y...? —insistió Jen.

«¡Dios, Jen! ¡Calla!» le dije mentalmente, pero claro, ella no lo oyó.

—Por supuesto —dije muy natural—, yo también siento el malentendido.

Mi amiga sonrió satisfecha y él se tragó todo ese humor del que había hecho gala antes de entrar por la puerta, parecía muy sorprendido por mi reacción.

Apartó los ojos de mí cuando Jen comenzó a enseñarle la habitación.

Iba a marcharme de allí, a dejar a Jen con su demonio particular. Odiaba cuando se enamoraba, pero sobre todo cuando se enamoraba tan rápido; luego le hacían daño, y era peor.

Suspiré para mis adentros. Ahora estábamos las dos juntas; no podía dejarla después de las molestias que se había tomado para que me llevase bien con su nueva conquista, aunque fuera Vince...

Dejé mi bolso y mi chaqueta donde estaban y, resignada, me senté en el pequeño sofá que hacía las veces de armario cuando a las dos nos daba por ver modelitos para ser las mejores candidatas laborales posibles.

—¿A qué es un amor? —me preguntó ella entre susurros cuando él fue al baño.

Bufé.

—Sí, un amor del infierno.

Mi amiga me reprendió con la mirada.

—No seas cruel. Se está portando bien, y tú deberías hacer lo mismo.

Volví a resoplar.

—Si no he echado a Satanás de aquí hace una hora, ha sido por ti, Jen. Me estoy portando muy bien.

Ella me miró horrorizada.

—¡Lo has llamado Satanás! —exclamó en alto, con los ojos muy abiertos.

—¿Satanás? —inquirió él con el ceño fruncido saliendo del baño.

Puse los ojos en blanco.

—Estábamos hablando de una película —respondí.

—Ah —murmuró él, sin entender.

—Creo que deberíamos darnos una vuelta por ahí —propuso Jen, aunque solo a él, porque a mí me miraba con ganas de querer matarme—: Aquí no hay mucho más que podamos hacer.

Él consultó la hora en su reloj.

—Jen, debería volver al trabajo. Mi jefe me ha dado más tiempo que de costumbre para el desayuno, ya que no había mucha gente en el bar, pero no me gustaría abusar.

Mi amiga lo miró con ojos de gatito lastimero; no quería que se fuese. En cambio, yo estaba deseándolo.

—De acuerdo, nos vemos mañana entonces —dijo ella apenada.

—Sí —le contestó él antes de darle un suave beso en la mejilla.

Yo me quedé de espectadora ante esa extraña escena. Y no sabía por qué, pero me parecía como si la actitud de Vince no fuera real, sino algo forzada. Ahí había gato encerrado, estaba segura.

Vince

La mañana con Jen había sido rara.

La verdad era que no me esperaba en absoluto que Brenda me fuese a pedir perdón. Es más, me había sorprendido que lo hiciera de tan... vamos a llamarlo «de buen grado». Ella lo había hecho por Jen, por su amiga, o sea que, ¡tenía sentimientos!

De acuerdo, no era la tía de acero que yo pensaba que era. Por Jen, ella había sido capaz de rebajarse ante mí, se había mofado también, sin duda, pero se había bajado del carro.

«Menuda sorpresa, en fin, a ver cómo evoluciona esto», me dije recordando la escena de por la mañana mientras terminaba de recoger las sillas y me disponía a irme. Eran las ocho de la tarde y mi turno había acabado.

Salí del bar y el asqueroso cielo gris se cernió sobre mí. Cuando me intenté encender un cigarrillo, las tres o cuatro gotas de agua que había me lo apagaron.

—¡Mierda! —exclamé intentando encenderlo otra vez.

—Eso digo yo —dijo alguien por detrás, muy enfadada.

Sonreí, aún sin mirarla. ¿Qué hacía ella aquí?

—¿Quieres uno? —Le ofrecí un cigarro nada más girarme en su dirección.

—Aparta esa cosa de mí. —Me dio un manotazo en la mano y dio un paso hacia atrás bajo la sombra de su paraguas morado.

—Como quieras. —Me encendí de nuevo el *piti*, esa vez, con éxito—. ¿Qué te hace venir a estos barrios descastados?

Ella aleteó los brazos a la primera calada, como si el humo le molestase muchísimo.

—Por Dios, apaga eso, me ahoga.

—Estamos en la calle, puedo hacer lo que me plazca.

Brenda empezó a toser, así que emití un suspiro resignado y tiré el cigarrillo a la calle.

—Vale, ya está, para de hacer eso —le ordené.

Carraspeó un par de veces más y después me miró con aire de reproche.

—¿Qué es lo que quieres de Jen? —me preguntó impasible.

—De nada por lo del cigarrillo.

—¡Responde!

Cómo me gustaba frustrarla, y qué divertido era.

—No quiero nada de Jen, salvo su amistad.

—¿Estás de guasa? No creo que le hayas dejado caer que quieres solo su «amistad». —Hizo las comillas de esa palabra con retintín.

Giré los ojos sobre las órbitas.

—Bueno, pues a lo mejor quiero algo más. De todos modos, ¿a ti qué te importa?

Ella se sintió muy ofendida con mi respuesta, o al menos eso parecía revelar su cara.

—¡Es mi amiga! ¡Claro que me importa! Escúchame bien, saco de testosterona —alzó el dedo índice delante mí—, no me fío de ti. No sé qué te propones, pero no lo vas a conseguir. Jen es buena, no se merece que tú ni nadie le haga daño.

Le cogí el dedo en un acto reflejo. Y ella se quedó helada.

Después envolví su mano entera con la mía, y Brenda la miró como si fuese una cosa sobrenatural.

—Tranquila, no voy a hacerle daño a Jen, es mi paisana —le dije con una sonrisa triunfal y, por qué no admitirlo, algo burlona.

Ella apartó la mano de mí con rapidez, como volviendo en sí, y después se la pasó unas cuantas veces por los vaqueros, como si se estuviese limpiando.

¡Ah, sí, los gérmenes del tabaco! No pude evitar soltar una gran carcajada.

—¿De qué te ríes? —me preguntó desdeñosa.

—¿No es obvio? Eres pura manía.

Abrió la boca para replicarme, pero no pudo, así que, haciéndose la digna, se dio la vuelta para irse, aunque antes, dirigió su mirada hacia mí para enviarme una última advertencia:

—Lo digo en serio, Vince, más te vale que no le hagas daño a mi amiga, o te las verás conmigo por las malas. —Giró sobre los talones y se fue a toda prisa.

—¡Y yo que pensaba que ya éramos amigos! —le grité sobre el ruido del viento que había empezado a silbar.

Sabía que me había oído, porque sus ojos color ámbar se desviaron un segundo de su camino para mirarme por encima de su hombro como si quisiera fulminarme. Solo pude saludarla efusivamente con la mano, mientras le ofrecía una de mis mejores sonrisas; creo que la enfadé aún más.

¿Qué tenía esa chica de especial? Era tan diferente... Me caía mal, muy mal; era lo opuesto a todas las personas a las que tenía estima, pero, a la vez, me gustaba tenerla cerca, necesitaba esa dosis de desdén que me lanzaba, esa..., vamos a llamarla «chispa», a falta de una palabra mejor. No sabría explicarlo, pero verla a ella, era salir de la monotonía; era como si activara un motor de energía en mi día a día para que lo hiciera todo con más ganas.

A partir de aquel instante, ya no pude dejar de pensar en ella; en cuándo la vería otra vez. Deseaba desesperadamente que llegase ese momento.

Aunque de esto, no me daría cuenta hasta más tarde.

*Brenda*

Todas las mañanas tenía plantado allí, en nuestra habitación, al intruso Vince, amigo/novio/cosa pesada de Jen. Cuando yo aparecía en escena, Vince se removía incómodo en el sitio que estaba mientras que a mí me daban náuseas solo de verlos flirtear, estaba deseando quitarme de en medio cada vez que llegaban las once y media de la mañana.

Jen salió un día temprano, yo pensaba que estaba con él en el bar, pero me di cuenta de que no era así cuando Vince llegó al hotel donde nos alojábamos.

—Buenos días, ¿dónde está Jen? —me preguntó.

Tuve el impulso de contestarle: «Lejos de tus garras por lo que veo».

—No tengo ni idea —dije inexpresiva, pensando si cerrarle la puerta en las narices o no.

—¿Puedo esperarla aquí?

—No sé cuándo vendrá, pero si es tu gusto...—Me encogí de hombros—. Yo me voy.

Él titubeó.

—¿Te fías tanto de mí que hasta me dejas solo en tu habitación? —Sonrió con altanería.

—No, claro que no. Pero también es la habitación de Jen. Se enfadaría mucho conmigo si echo a su novio a patadas de algo que nos *pertenece* a las dos.

—Te acompaño, entonces —dijo de pronto.

Eso me pilló desprevenida, así que lo miré confusa.

Él leyó mi rostro.

—Así te aseguras de que no te robo nada. Además, si algo te faltase cuando regreses, no podrás echarme la culpa a mí como sé que deseas hacer.

Bufé malhumorada, era obvio que disfrutaba atacándome.

—¿Crees que tengo una mente tan maquiavélicamente retorcida como para hacer eso? —pregunté indignada.

—La verdad es que sí —me contestó con una media sonrisa arrogante.

Quizás fuese cierto.

Sorprendentemente, yo también sonreí ante su impertinencia.

—Vaya, eso es nuevo. —Se quedó mirándome, ligeramente divertido.

Me puse nerviosa, porque de repente se me había antojado guapo con esos hoyuelos suyos, y desde luego que eso sí que era nuevo.

Se me cayeron las llaves al suelo y los dos nos agachamos, dándonos un buen golpe con nuestras respectivas cabezas.

—¡Oh, lo siento! —dijo él.

—¡Perdona! —dije yo a la par.

Sin saber por qué, lo absurdo de la situación hizo que los dos estalláramos en carcajadas. En serio, me había hecho gracia.

Cuando salimos a la calle, caía una tenue llovizna. La niebla aquella mañana era la que se manifestaba ante nuestras narices, casi no veía dos palmos más de distancia. No abrí mi pequeño paraguas, ese vapor blanco me iba a calar igual lo usara o no.

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo? —me preguntó tan normal, como si fuésemos amigos.

Suspiré profundamente.

—No va, no me llaman de ninguna de las entrevistas a las que he ido. Y ya no sé qué hacer, llevamos cinco semanas en este hotel, si se puede llamar hotel, y ninguna de las dos tiene suerte. Me gustaría buscar un piso ya, pero sabiendo que tenemos un contrato para poder cubrir los meses del alquiler.

¿Desde cuándo le contaba yo mis penas a este? Bueno, suponía que Jen ya le había más que hablado de nuestra precaria situación, así que ¡qué más daba!

—En mi bar buscan camarera, si quieres probar. Patricia, la otra camarera, acaba de abandonar su puesto porque ha encontrado algo mejor. —Se encogió de hombros, indiferente, como si no me estuviese dando la solución a mis problemas.

Me detuve en seco. Él siguió caminando unos pasos más hasta que percibió que yo no lo seguía.

Se ladeó ligeramente hacia mí, y se me antojó un modelo con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros desgastados, mientras me observaban con sus ojos marrón chocolate.

—¿Qué pasa? —me preguntó algo confuso.

—¿De verdad me estás proponiendo que trabaje contigo? —pregunté con los ojos como platos.

Él se balanceó un poco mientras desviaba su mirada de mí al cielo; parecía un poco nervioso. Después se pasó una mano por la cabeza, peinándose el corto pelo negro.

—Soy... *amigo* de Jen, me gustaría ayudaros.

¿Qué respuesta era esa?

—Pero... ¿por qué no se lo propones a ella entonces?

Se encogió de hombros.

—Me he enterado esta mañana de que necesitaban camarera, aún no la he visto, así que te ha tocado a ti. —Su mirada comenzó a posarse en un lugar y otro, sin ton ni son, aunque yo no sabía muy bien hacia dónde podría estar mirando, pues la niebla lo cubría todo, apenas podía verlo a él.

Comencé a avanzar en su dirección.

—Oye, ¿y no crees que...? —No me dio tiempo a terminar la pregunta, ya que me tropecé con algo y empecé a caer de narices contra el suelo.

—¡Cuidado! —Corrió hacia mí.

Si digo que me cogió en el último segundo antes de rozar con la nariz lo que fuese que se había interpuesto en mi camino, es que fue en el último segundo de verdad. Por poco se quedó con mi abrigo en la mano al sujetarlo para que no cayese; me había cogido por los pelos y de momento me había quedado suspendida en el aire.

—¿Estás bien? —preguntó sin aliento, al tiempo que me cogía entre sus brazos alejándome del armatoste con que me había topado; había resultado ser un banco.

Creo que me quedé un par de segundos sin aire. Comprobé que había estado a dos milímetros de haberme comido, literalmente, el respaldo de acero que tenía justo a mi lado.

—Sí..., sí... —conseguí decir.

Levanté la mirada hacia él, y me di cuenta de que me encontraba estrujada entre sus brazos, con su cara a un palmo de la mía.

El castaño intenso de sus ojos me observaba desde lo alto con atención mientras sus labios rosados se acercaban a mí despacio, como un imán difícil de alejar.



Un relámpago nos sacó del ensueño, los dos elevamos la vista al cielo y las gotas empezaron a precipitarse hacia nuestras pupilas.

Me solté de él violentamente, aún sin saber bien qué acababa de ocurrir un segundo antes.

—Gra...gracias, por lo de la oferta de trabajo, de verdad, pero creo que a Jen le va más lo de trabajar de cara al público, quizás ella sea más adecuada que yo para el puesto.

Él hizo algo parecido a una mueca, aunque en realidad creí que era por mera costumbre más que porque quisiera hacerla, pues no parecía haberse dado cuenta. Quiero decir que, bueno, las demás veces que lo había visto hacer eso, había sido con frialdad, para reírse de mí, y en ese momento casi parecía estar ausente en sus pensamientos.

—¿Brenda?, ¿Vince? —Jen me dio un susto de muerte. Llevaba un periódico sobre la cabeza, sostenido por ambas manos para resguardarse de la lluvia—. Brenda, te estás mojando —apuntó con guasa.

—Sí, me ha pillado por sorpresa —dije, incluso pensando en esa escena extraña que había tenido lugar un minuto antes entre Vince y yo. ¿Qué hubiese pensado ella si nos hubiese visto?

Me apresuré a sacar el paraguas de mi bolso mientras Jen le daba un beso en los labios a Vince. Él se quedó quieto en el sitio, como si fuese un pasmarote. Y yo sentí que debía mirar hacia otro lado, como si hubiese hecho algo malo. Me sentía culpable..., de alguna manera. Pero la pregunta era, ¿culpable de qué? No había pasado nada.

Me cubrí con el paraguas hasta que ella volvió a dirigirse a mí.

—¡He encontrado trabajo! —gritó como loca, enseñándonos a Vince y a mí su periódico completamente empapado—. Es aquí cerca, de recepcionista en un hotel, empiezo mañana.

En la foto en blanco y negro, salía un enorme edificio de lujo; su inauguración sería dentro de dos días.

—Precisamente... —comenzó a decir Vince—, le estaba hablando a Brenda de un trabajo en la cafetería. Acabamos de venir de vuestra habitación, ya que hoy no te has presentado en el bar...

—¡Lo siento! Pero la entrevista se alargó más de la cuenta, y...¡este ha sido el resultado! —Se aferró a los brazos de Vince extasiada de felicidad como pocas veces la había visto, y volvió a soltarle otro beso en la boca.

Volví a ponerme el paraguas delante de mí, para evitar verlos desfogarse. No sabía por qué, pero ya no me molestaba verlos hacer eso, era peor, ahora sentía algo que no me gustaba, como una pequeña punzada en el corazón.

*Vince*

No sé ni cómo se atrevió a presentarse allí, pero así fue.

Siete de la mañana. Cafetería Bar Paraíso. Brenda en la puerta esperando a que abriéramos.

El jefe la había mirado de arriba abajo nada más verla. Supuse que no se imaginaba que una candidata a camarera en este bar, algo cutre si se me permite decirlo, se presentara allí con una faldita de tela, una camiseta de raso y unos taconazos de vértigo.

Pude atisbar una leve sonrisa de agrado después de su tercer vistazo y...tuve ganas de interponerme entre ellos y decirle: «A Brenda no la mires así».

El resultado fue su inmediata contratación, aunque, para ser sinceros, no creía que aquello acabara bien siendo ella como era. De hecho, no sabía por qué le había ofrecido aquel empleo. Yo había ido dispuesto a hablar con Jen. Y ahora tendría que convivir con Brenda. La idea me entusiasmaba y me desagradaba a partes iguales. Una cosa era observarla como un espécimen extraño de chica y otra distinta aguantar sus indirectas y directas hacia mí todo el santo día.

—Vale, cafetera ahí, bandeja ahí...—murmuró—. Lavavajillas... —Se quedó muda.

—Está ahí —le señalé. Pero ella siguió exactamente igual.

—¿Y por qué hay una torre de platos en esa pila de allí? —Indicó con el dedo el fregadero hasta arriba.

—Porque hay cosas que el lavavajillas no deja limpias, y hay que lavarlas a mano.

Petrificada... no, lo siguiente, era como estaba ella.

Le pasé una mano por delante de los ojos.

—¿Estás bien?

—Hay mucha grasa —dijo simplemente.

Resoplé mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Estás segura de que quieres trabajar aquí?

Asintió, pero vi que tragaba saliva al hacerlo.

Verla en acción fue una risa.

El jefe se iba de vacaciones esa semana, así que me dejó de encargado unos días. Decidí que yo me ocuparía de hacer los cafés y fregar los trastos más aparatosos, y que ella se encargaría de la bandeja y limpiar las mesas.

Cada vez que cogía la bayeta me desternillaba. Primero, ponía cara de asco mientras pinzaba con los dedos «el trapo pringoso», como lo había bautizado. Después, era como si un torrente de hormigas se hubiese introducido en su cuerpo y le picara todo. Quizás fuese alérgica a «limpiar», no sé, pero yo me divertía muchísimo con sus aspavientos.

Otro día vino con la nariz roja como un tomate, le estornudó a un par de clientes encima; la alergia la tenía tomada con ella. Supongo que si le hubiese pasado a otra, el resultado hubiese

sido nefasto, pero le pasó a Brenda, y la cosa fue que a los clientes sus disculpas le parecieron graciosas, e incluso intentaron ligar con ella —¡los muy cerdos!— y el bar se llenó de gente nueva en un tiempo récord. Quizás tenía que ver el hecho de que, a pesar de que Brenda era como era y según Jen no había tenido muchos amigos en el instituto, tenía unas curvas de escándalo y unos gestos que la hacían irresistible cuando no ponía su pose de maniática empedernida.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté una mañana. Siempre que le daba los cafés hacía algo con ellos que nunca lograba ver.

—Ven, mira —me dijo desde el otro lado de la barra; yo estaba poniendo un trozo de pan en el tostador, pero lo dejé a medias para ir hacia ella; me tenía intrigado desde el primer día que la había visto hacer malabares con las tazas, aunque no le había preguntado para no parecer cotilla; con Brenda siempre había que ir con pies de plomo.

Cogió una especie de salero y comenzó a dibujar con él dentro de la taza.

—Es canela. Sé que no es nada novedoso, pero creo que puede alegrar las mañanas de los clientes.

Lo que ella había dibujado había sido una flor, y muy bien hecha para haberse delineado con un salero relleno de canela.

—Si nosotros no tenemos canela, el señor López la odia —le dije extrañado.

Sus ojos ambarinos me miraron risueños; últimamente nos llevábamos mucho mejor y podíamos tener una conversación normal, aunque todavía seguíamos estando un poco distantes el uno con el otro, sobre todo ella.

—Lo sé, la he comprado yo, pero no me importa. Ya verás la reacción de los clientes —me dijo en tono alegre, mientras cogía la bandeja y se la llevaba a una mesa con una chica y un chico que habían aparecido todos los días por el bar desde que ella había llegado.

Pues sí, las flores les gustaron por lo que vi. La chica se llevó las manos a la boca, impresionada, y el chico sonrió de buena gana agradeciéndole el detalle.

Brenda me envió un guiño cómplice desde la mesa de los novios. Debía reconocer que podía llegar a ser muy simpática cuando quería.

Reí para mis adentros al tiempo que me echaba el trapo con el que limpiaba las mesas al hombro y negaba con la cabeza: esa no parecía la chica a la que había atropellado con la bici, casi echaba de menos a la antigua, la que me arrancaba la sonrisa pícaro y me invitaba a estresarla, pero ambas me gustaban después de todo.

Tal vez me había equivocado con ella. Brenda no parecía el eneatipo 1 de personalidad, ahora me parecía un 2; alguien amable y altruista.

*Brenda*

*M*e gustaba estar en el bar.

Estaba que no me reconocía a mí misma. Nunca se me hubiese ocurrido mirar ofertas para trabajar en un lugar como el bar del señor López. A mí me iba más lo de la administración, el máquetin o las estadísticas

Y encima con aquel ambiente, que no es que fuera malo, pero el local tenía las paredes grises con borrones negros. Los cuadros que habían colgado parecían tener como cuatro siglos, y eran entre feos y horribles. No sabría con qué adjetivo quedarme.

Sin embargo, me adapté a ese lugar mejor de lo que yo misma esperaba.

Le había dado un buen repaso de limpieza el primer día, porque no era que estuviese fatal, pero el señor López no sabía de limpieza tanto como yo, así que le dejé el bar como los chorros del oro. Como no podía cambiar las cosas como a mí me hubiese gustado, empecé a darles mi toque personal: doblaba las servilletas de una forma determinada, les hacía florecitas de canela a los cafés, les ponía adornos a los *creps* y a las tortitas, hacía dibujitos con el sirope... No sé, pequeñas cosas que sabía que no harían mucho daño si al jefe no le gustaban los cambios.

No le había comentado nada al señor López, porque él se acababa de ir de viaje, pero a Vince no le desagradó la idea.

Ya no me parecía tan mala persona como antes; tampoco nos gritábamos ni nos lanzábamos pullas, aunque no podía bajar la guardia con él.

Ese pinchazo que había sentido el día de la niebla cuando lo había visto besarse con mi amiga, se había intensificado un poco más en mí cada vez que ella había venido a desayunar al bar o él había ido a buscarla al hotel.

Vince intentaba ser amable conmigo, y le reconocía el detalle, pero era mejor mantener las distancias, y eso era lo que hacía la mayoría del tiempo. Sabía que Jen quería que fuésemos amigos, pero eso no podía ser. Y no porque no lo quisiera, sino porque... ¡no podía!

Él me atraía.

No sabía cómo ni cuándo o por qué había empezado a ver a Vince de otra manera. Cuánto me gustaba observar esos ojos marrones con aire travieso, cómo me apetecía probar sus labios rosa pálido o admirar los hoyuelos que aparecían en sus mejillas cuando sonreía...

Detuve mis pensamientos. Debía evitar que esa atracción llegara a más. Y era bastante difícil trabajando juntos.

Levantó la vista hacia mí; él estaba fregando los platos más sucios mientras yo le daba un repaso a las mesas.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

¡Rayos! Me había pillado observándolo como una boba.

Agaché la cabeza enseguida, frotando más rápido la superficie de la mesa con la bayeta mojada. Le estaba dando con ganas.

—No, no, estaba pensando en la vuelta del señor López. Será pronto. Quizás no le gusten mis innovaciones, después de todo, este bar tiene más de cincuenta años, si él no ha querido modernizarlo...

Vince rio jovial.

—No es que no quiera, es que no sabe. Está chapado a la antigua. No te preocupes por eso, seguro que le encantan tus pequeñas aportaciones a la vida del bar. Y sobre lo de que volverá pronto... Parece que no se sabe; su hermana se ha puesto enferma, y ha tenido que ir al pueblo a verla, se retrasará un poco más.

—Así que dependo del encargado para mantener mi puesto —bromeé refiriéndome a él.

Sonrió con su acostumbrada sonrisa de ladeada.

—Exacto.—Calló un par de segundos—. ¿Sabes? No hubiese apostado que durases aquí más de dos días, pero me alegra que no hayas salido huyendo. —Sus ojos marrones se posaron en mí con un brillo divertido, casi malicioso. Era su manera de divertirse a mi costa, pero sabía que no lo estaba haciendo para ridiculizarme.

Dejé de limpiar.

—Vaya, menudos ánimos me das, jefe —repuse poniendo los ojos en blanco.

Vince rio. Y se me subieron los colores, ¡por qué estaba tan guapo fregando trastos!

—Brenda, estás limpiando las mesas con guantes de látex. Cuando coges las cucharillas del café lo haces de la misma manera, e incluso la escoba.

Entorné los ojos, con lo bien que nos llevábamos últimamente y la tenía que pifiar así.

—Deja de meterte conmigo por eso —dejé la bayeta en la mesa—. Es cuestión de higiene, ¿vale?, de higiene, ¡no se juega con la piel!

Lejos de molestarse, Vince soltó una carcajada alegre.

—Vale, vale. Te diré que, al menos, no vas a perder tu trabajo.

Esbozó otra de sus sonrisas, las conocía todas; esta era de las que marcaban sus hoyuelos de niño. Volví a sentir el calor en las mejillas, así que me puse a darle de nuevo a mesa con la bayeta. Parecía una autómatas, tal vez le quitara la capa de barniz a la madera, pero es que no podía evitarlo; Vince a veces me ponía nerviosa.

—Oye —me apeló de nuevo—, tampoco hace falta que te dejes los dedos en esa mesa. Venga, vamos a casa, ya hemos terminado por hoy.

Asentí y fui a dejar la bayeta en su lugar.

Hacía una semana que me acompañaba al hotel todos los días. Jen llegaba antes que nosotros, y cuando entraba por la puerta, se abalanzaba sobre él como nunca la había visto abalanzarse sobre nadie.

Me di cuenta de que les tenía un poco de envidia; no sabía si porque quería ser yo la que estuviera entre esos brazos o porque quería llegar a querer a alguien como ella lo quería a él. Nunca la había visto tan enamorada y feliz; suponía que eso era bonito. Seguro que mucho mejor que el vacío que yo sentía.

Todo se complicó un poco más con el tiempo. Lo capté al décimo día que me desperté pensando en Vince y no era capaz de concentrarme en otra cosa que no fuese su presencia a mi lado.

—Deja, ya lo hago yo, se te ve cansada —me dijo él mientras preparaba una flor con canela; la verdad es que me estaba saliendo un churro.

—No, este es mi cometido: poner cafés —comenté cortante, y me fui con a bandeja hacia la mesa que tenía que servir. Casi me caigo y les echo los cafés a los clientes en la cara.

Por fortuna, tuve los reflejos suficientes para desviar la trayectoria del líquido ardiente unos centímetros, y este cayó sobre el suelo.

—¿Qué diablos te pasa hoy? —me preguntó Vince después de ayudarme a fregar todo y pedirles disculpas a las dos señoras que casi quemó vivas con sus propios capuchinos.

—Nada, no me pasa nada —mentí. Pero sí me pasaba, había estado toda la noche pensando en mis sentimientos hacia él y no había podido dormir. Y no solo había sido esa noche, ya llevaba unas cuantas pensando en ello.

Jen me contaba todos los días lo que hacía con él cuando salían del hotel, y ya había llegado a mi límite.

—No lo parece. —Cogió la fregona de mis manos, y momentáneamente sus dedos se rozaron con los míos.

Aparté la mano, como si me hubiese electrocutado a su contacto, dejando caer la escoba.

—Lo siento.—Me agaché para recogerla y se la di—. Mira...—No sabía bien qué decir—. Sigues sin gustarme un pelo, así que el rollo este de que somos amigos se acaba aquí.

Vince frunció el ceño, muy confundido.

—Repito la pregunta, ¿qué diablos te pasa?

Quería ponerme una mano en el hombro, pero me alejé de él evitando todo contacto. No podía tocarme, porque mi piel se incendiaba solo de pensarlo.

—¡Nada!, ¡nada! —grité un poco desquiciada.

Apretó los labios, algo enfadado.

—Estás loca.

Se fue al almacén con la fregona y me dejó allí sola en la barra.

Mi respiración se volvió irregular mientras lo contemplaba alejarse de mí, pero es que no podía hacer otra cosa.

Él era el novio de Jen; yo tenía que reprimir esto como fuese.

*Vince*

*E*l señor López llevaba dos semanas fuera, y ya me estaba empezando a preocupar.

Después de esa especie de paz que había tenido con Brenda, las aguas habían vuelto a su cauce: ella cada vez más taciturna y yo cada vez más tocapelotas.

En fin, como he dicho antes, esos días duraron poco. Me salí a la puerta a fumar un cigarro. Ella me empezaba a poner nervioso. No por nada malo, me había acostumbrado a sus mohines de asco; a que se pusiera los guantes de goma que se había comprado para limpiar; a que mirara a los platos sucios como si fuesen cobras venenosas...No, el problema no eran sus manías, era ella, que me volvía loco, que me atraía como nadie me había atraído jamás. ¿Por qué? ¡Pues aún sigo preguntándomelo! Yo estaba con Jen, ella era muy simpática, y muy guapa, más que Brenda, pero yo siempre aprovechaba la oportunidad para preguntarle por ella.

Hasta ahora no se había dado cuenta, se pensaba que era porque la veía rara, incluso le había confesado en alguna ocasión que debía de ser un experimento digno de ser valorado por expertos. Pero yo estaba fatal, era como estar dividido en dos: tenía una vida falsa, con Jen, y una vida que casi se acercaba a la felicidad, con Brenda en el bar, por muy distante que estuviera. Creo que jamás en toda mi vida me he levantado con tantas ganas de ir a trabajar como aquellas semanas.

Total, que me voy por las ramas, la cosa era que yo estaba fumándome mi cigarrillo cuando escuché un ruido atroz dentro del bar. Corriendo me metí dentro.

Y cuando crucé la puerta casi me entraron ganas de llorar: había una bandeja tirada en suelo con un par de tazas de café rotas y el líquido desparramado por el suelo; la cafetera bullía mientras el vaso que tenía debajo rebotaba hasta los topes mientras Brenda se dirigía rápidamente hacia la tostadora, de la que salía ya cierto tufo a pan chamuscado.

¡La muy tonta iba a quemarse! Ya la veía ir hacia el tostador sin manoplas, ni guantes ni nada. Con lo que le gustaban a ella, ¿dónde los había dejado?

«Loca, ¿a dónde vas?», pensé.

—¡Brenda! —la llamé.

Ella se detuvo y miró en mi dirección.

Me apresuré a apagar el tostador y la cafetera, luego me volví hacia ella con mirada amenazadora.

—¿Se te ha ido la cabeza? —le grité con los ojos fuera de órbita, viendo todo el desastre mucho mejor que antes: el suelo estaba pegajoso y de color marrón, la barra también tenía líquido oscuro y unos cuantos cristales, y la tostadora estaba como el tizón, junto con el pan que era un churrusco de corteza negra—. Por Dios, ¡eres perjudicial para la salud!, un peligro público —exclamé enfadado.

Ella hizo un mohín, avergonzada, y sonrió levemente.

—Creo que me confundes con tu paquete de tabaco —intentó hacer un chiste pero sabía que estaba más que nerviosa.

Entrecerré los ojos, mirándola severamente.

—¡Dijimos que yo me ocupaba de hacer los cafés y las tostadas! ¿Qué es lo que no entendiste de eso? ¡Mira todo el humo!

Sus labios titubearon. Vi que se ponía más blanca que el papel.

—¡Eh! ¡Cálmate, chico! Ella solo quería atendernos porque tenemos prisa y tú no estabas. Nosotros pagaremos lo que sea que haya roto —me dijo un hombre de mediana edad.

Su compañero asintió, corroborando sus palabras. Y también me di cuenta de que todos los clientes tenían la vista puesta en nosotros.

Volví a mirar a Brenda, algo más calmado. Fruncí los labios, ¿qué demonios le pasaba?

—Lo siento, ¿vale? Pero no sé cuándo volverá el señor López y esto está hecho una pocilga.

Ella ni se inmutó, tenía una mano apoyada sobre su frente y los ojos cerrados.

—¿Estás bien, chica? —le preguntó el hombre—. Ya le he dicho que no tenía buena cara —añadió hablándole a su amigo.

Me acerqué a Brenda, que había dejado caer su peso sobre la barra.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —inquirí un tanto preocupado.

—Nada —dijo ella con los ojos cerrados aún.

Le quité la mano que mantenía sobre su frente y puse la mía en el mismo lugar.

—¡Por Dios, podrías freír un huevo con esta temperatura!

Registré sus mejillas, que tenían un tono sonrosado, ¡juro que ardían como una plancha!

—No, no es nada. Siento el desastre, ahora lo limpio. —Fue a coger la escoba, que estaba arrinconada entre las máquinas cafeteras.

La cogí de la mano para detenerla y ella se tambaleó un poco.

—De eso nada, siéntate.

—Llévala a casa —ordenó una voz grave desde la puerta.

No sé quién se quedó más estupefacto al oírlo, si Brenda o yo; era el jefe y yo sabía de sobra que no se alegraba de ver aquel desastre en su preciado bar.

—Lo siento mucho, señor —dije disculpándome—. No volverá a pasar.

—No, desde luego que no. Lleva a la chica a su casa, es obvio que está enferma —comentó sombrío.

—Disculpe, todo ha sido culpa mía —intercedió ella, como saliendo en mi defensa. Pude apreciar el brillo vidrioso de sus ojos.

—Estás disculpada, tranquila —contestó él, sin ánimo de seguir con la conversación—. Anda, ve a recuperarte y ya te pasarás por aquí cuando te encuentres mejor.

—Señor, insistimos en pagar lo que ella haya roto, sea lo que sea —dijo el hombre que había hablado primero.

El jefe hizo una señal con la cabeza para que nos largáramos. Así que fui con Brenda a recoger sus cosas para acompañarla a casa y ya no pude escuchar cómo acabó la cosa.

—Tenemos problemas, ¿verdad? —me preguntó de improviso después de llevar diez minutos andando.

Me encogí de hombros, andaba taciturno, pensando en si el jefe nos despediría o no.

Ella suspiró profundamente.



—No soy perjudicial para la salud —siguió, dejándome atónito.

Sonreí.

—No sé a qué viene eso ahora, pero sí que lo eres.

—Estúpido —murmuró.

—Pija loca.

—Imbécil.

—Maniática compulsiva.

Hablábamos entre susurros mientras entre pausa y pausa nuestros labios dibujaban una sonrisa que ninguno de los dos se atrevía a mostrar abiertamente.

Llegamos a la puerta de su hotel. Según me había dicho Jen, pronto se mudarían, ahora la veía por las noches, me la llevaba a cenar por ahí, ya que en su casa/hotel, Brenda descansaba. Y bueno, yo prefería estar lejos de la una cuando estaba con la otra.

—Gracias —me dijo, algo avergonzada.

¿Podría estar más guapa, estando enferma y todo?

Sin querer, le puse una mano en la mejilla, aún caliente. Ella colocó sus dedos sobre de los míos.

—Creo que estoy delirando, ¿somos amigos nosotros dos? —preguntó de una manera que de verdad me dio a pensar que ella creía que ese momento no era real, sino un sueño o una fantasía.

Volví a acariciarle la mejilla mientras sonreía como un niño. Desde luego que era especial esa chica.

—No sé qué somos —le dije, y después...la besé.

Sí, así, sin más, en el portal del hotel, a la vista de todos. Si hubiese llegado Jen en ese momento, poco me hubiese importado; tenía ganas de hacerlo desde hacía mucho tiempo...

Brenda cerró los ojos, como si estuviéramos una película, mientras nos besábamos. De repente, nuestro beso se quedó a medias; ella empezó a temblar y me vi obligado a sujetarla por la cintura. ¡Estaba ardiendo! ¿Cuánta temperatura podría tener su cuerpo en esos momentos?

Me asusté muchísimo, así que la cogí en brazos y me introduje dentro del hotel con ella.

*Brenda*

*Me* costaba un suplicio abrir los ojos, ¿qué cuernos me pasaba en los párpados?

—¿Qué es esto? —Hice un movimiento rápido intentando erguirme.

¡Ay! ¡Puñetas! ¿Qué me ocurría en los brazos? ¡Qué dolor!

Me di cuenta de que tenía un moratón en el antebrazo, y en él había una... ¡aguja!

Solté un grito de espanto.

—¿Qué me ha pasado? —pregunté histérica, gritando como si no hubiera un mañana.

—Tranquila, tranquila... —me dijo Jen, acercándose a mí.

Me fijé entonces en esa cama blanca y llena de chismes en la que me encontraba postrada.

—Jen, ¿qué es todo esto?, ¿qué es todo esto? —no pude evitar repetirlo en voz más alta una segunda vez. Y por poco no tiré el trasto del suero con mis violentos aspavientos.

—¡Por Dios! Estate quieta, mujer —me pidió él irguiéndose a mi lado.

¡Vince! ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Iba a regañarle, a decirle que se metiera en sus asuntos, pero me quedé callada cuando vi esos grandes círculos azulados enmarcando sus ojos.

¿Qué le había pasado? ¡Menudas ojeras!

Se dio cuenta de que había puesto la mirada en él, y rápidamente apartó los ojos de mí, nervioso.

Arqué una ceja, ¿y a este qué le pasaba?

—¿Brenda? —La voz de Jen volvió a apelarme.

De nuevo puse mis ojos en ella.

—¿Qué?

—Te estoy hablando y no me haces ni caso, ¿en qué estás pensando? A lo mejor es la fiebre... —murmuró más para sí misma que para mí.

Me puso una mano en la frente, como mi tía cuando me quería como a una hija.

—No, no estás caliente —continuó, con el ceño fruncido. Se volvió en dirección a Vince—.

¿Crees que los delirios pueden continuar después de no tener fiebre?

Vince resopló, cansado.

—Claro que no. Acaba de despertarse, déjala descansar un poco hasta que su cabeza vuelva a estar despejada. Ha pasado dos días con la temperatura muy alta, es normal que esté desorientada.

«Dos días...».

Me quedé mirándolos como una boba, alternando la vista entre ambos.

—¿Me queréis explicar de qué leches estáis hablando, por favor?

—¿No te acuerdas de nada? —preguntó él, intrigado, mirándome con una ceja a medio camino de arquearse.

Entorné los ojos.

—¿De qué debería de acordarme?

Carraspeó nervioso, y le cedió la palabra a Jen.

—Brenda, Vince te acompañó al hotel después del estropicio que montaste en el bar. Estabas muy enferma, ¡tenías cuarenta de fiebre! Y yo no sé cómo pudiste levantarte siquiera para ir a trabajar. Ha sido una temeridad por tu parte. —Me miró muy enfadada—. Juré que te regañaría mucho cuando te recuperases, aunque dos días después ya no me parece bien, pero que sepas que me has dado un susto de muerte. —Se cruzó de brazos, malhumorada.

La verdad era que recordaba haberme levantado algo mal, pero bueno, tampoco imaginé que se trataba de fiebre, pensé que parecía más bien cansancio y, como necesitaba el trabajo, había hecho de tripas corazón y me había ido al bar.

También me vino a la mente «el estropicio» al que Jen se refería: Vince se había ido a la calle a fumar, y yo estaba sola atendiendo unas cuantas mesas. Dos hombres muy amables me habían pedido un café rápido; al parecer, tenían que coger el autobús y necesitaban espabilarse.

Yo no había preparado un café en mi vida y no me apetecía mucho hacerlo en esa máquina del demonio, con todos esos botones y todos esos tubitos metálicos...

Pero, ¡bueno!, Vince no llegaba y me daba cosa dejar a esos hombres así, tenían pinta de estar tan cansados como yo cuando vine a esta ciudad.

El caso era que otra chica que había en una mesa, me dijo lo mismo, que tenía prisa y necesitaba la tostada que me acababa de pedir. Así que, tonta e ignorante de mí, pensé que esos cacharros eran más fáciles de manejar de lo que yo creía.

«He visto a Vince hacerlo mil veces, no puede ser tan complicado», me había dicho.

¡Ja! Me río yo de que no eran complicados.

En fin, el café comenzó a salir del trasto antes de lo que yo esperaba; el pan se torró en menos tiempo del que yo pensaba que se tostaba el pan; y había dejado la bandeja en una mala posición con las tazas que había recogido de las mesas ya vacías... Así que, en dos segundos, la armé buena. La tostadora empezó a pitar y el café a hervir. Con las prisas, golpeé la bandeja, que había dejado en la barra —en el borde de la barra, mejor dicho— y, como era de esperar, se cayó al suelo, no sin antes quebrar un vaso de tubo. Iba a ir a recoger los cristales, pero ese maldito tostador no dejaba de emitir ese estúpido «*pi, pi, piii*», así que me acerqué a él de nuevo, porque además, empezaba a echar humo, pero no solo eso, sino que el café comenzó a derramarse por todos lados, bullendo como un volcán lleno de lava, en esas minitazas.

Luego había aparecido Vince, que me había regañado. Creía recordar al jefe también, haciendo su entrada estelar por la cortinilla de la puerta, y... ¿qué más había pasado?

—¡Oye! —Jen volvió a hacer que dejara de pensar en mis cosas—. Bren, creo que aún no estás bien, voy a llamar al médico.

«¿Al qué?».

—Yo me voy de aquí —dije, incorporándome en la cama. El tubo del suero tiró de mí y caí sentada en el colchón.

Me lo saqué con esfuerzo ante la mirada horrorizada de Jen y Vince.

—¿Qué haces?! —gritaron los dos horrorizados.

«¡Oh, Dios mío, cuánta sangre! ¡Y qué camisón más feo! Seguro que se lo han puesto miles de personas». ¡Necesitaba cambiarme ya!

—¿Cómo te vas a ir sin que te den el alta? —Él volvió a hablar.

Jen resopló.

—¿No te he dicho alguna vez que tiene fobia a los hospitales?

La miré mal.

—No habléis de mí como si no estuviese delante. Además, ¡no habléis de mí, en general!

¿Cómo que si no le había dicho que tenía fobia de los hospitales? No quería que él supiera nada de mí, ¿para qué? Estaba con Jen, no conmigo. Lo que había sucedido el día de la niebla, se quedaba en el día de la niebla.

—¡Tú no te mueves de aquí! —grito él, acercándose a mí con cara de pocos amigos—. Jen, llama a un médico.

Ella asintió, creo que con algo de miedo, como yo, ¡menuda mirada, gélida como un témpano!

Mi amiga salió por la puerta, rauda, y yo me volví hacia unos ojos inquisitivos que no paraban de mirarme.

—¡Métete en tus asuntos! —le dije un poco histérica.

—Ahora mismo, estos son mis asuntos —contestó, cogiéndome del brazo del que acababa, literalmente, de arrancarme una vía; continuaba sangrando.

—No, no lo son. —Me solté de su agarre violentamente y me levanté de la cama. El camisón por detrás no podía estar más abierto.

Me aferró los brazos con las manos.

—¡Para de hacer eso!, ¡ahora eres un maldito 1 en estado puro!

—¿Un qué? ¡No te entiendo! ¡Suéltame!

—El eneatipo número 1, estás exteriorizando tu rabia contenida —me dijo, como si con eso lo aclarara todo.

No lo seguía, pero tenía razón en una cosa: estaba muy enfadada, ¡quería marcharme de ese horrible lugar y él me lo impedía!

—¡Me haces daño!

—Me da igual. —Su rostro era impasible, no me iba a dejar ir tan fácilmente.

—¡Basta ya! ¡Que me sueltes! —le exigí.

—¡No!

—¡Vete con Jen, ella es la que tiene que ocupar todo tu tiempo! —Creo que fueron los celos los que hablaron por mí.

Él titubeó y aflojó su agarre. Yo desvié los ojos de su mirada, algo colorada.

—Muy bien. Pero de aquí no te irás hasta que un médico lo escriba en un papel.

Bufé.

—¿Ah, sí? Pues mira cómo lo hago.

Me encaminé hacia el armarito que tenía enfrente, lo abrí y me alegré de saber que mis cosas estaban allí. Las cogí y me metí en el baño para cambiarme.

*Vince*

No podía ser que fuese tan cabezota, ¿es que no podía ser! ¡Por Dios, desesperaría a una estatua!

Si se pensaba que la iba a dejar libre, tan campante, es que no me conocía. No había estado dos días sin dormir para que ella se pusiera enferma otra vez. No, señor, de eso nada. Jen tenía razón, ¡menudo susto! Cuando había entrado en el hotel con ella en brazos, inerte como una piedra, casi me quedé sin respiración. El recepcionista llamó a una ambulancia mientras yo hacía lo mismo con Jen. Ella me contó que desde pequeña a Brenda le daban pavor los hospitales, por eso siempre se había cuidado mucho y no había estado enferma últimamente, así que la rubia apenas podía creer lo que había pasado.

Me estaba desesperando, ¿cómo podía tardar tanto en cambiarse de ropa? Y, de todos modos, ¿cómo iba a dejar que se fuera? Mejor dicho ¿cómo podría evitarlo?

Toqué a la puerta.

—¿Bren? ¿Todo bien ahí dentro?

El silencio fue mi respuesta.

Empecé a ponerme nervioso, ¿y si se había desmayado otra vez?

—¡Brenda! Ábreme la puerta, por favor, sólo quiero saber si estás bien —le dije suavemente.

Nadie respondió.

Empecé a pelearme con el picaporte, que no cedía para abrirse.

—¡Mierda! —dije antes de embalarme hacia fuera de la habitación. Ella había echado el pestillo y no podía liarme a golpes con ese grueso metal sin dislocarme un hombro.

Encontré a Jen hablando con el doctor, venían hacia la habitación cuando me descubrieron corriendo por los pasillos. Les conté que Brenda se había encerrado en el baño y que no me respondía.

Alarmados, llegamos a la habitación deprisa, pero... ¡cuál fue nuestra sorpresa cuando encontramos la puerta del baño abierta sin ella dentro!

—¡Maldita sea! —solté furioso.

¿Cómo había sido capaz de engañarme de ese modo con lo preocupado que estaba por ella? Afortunadamente, el doctor nos dijo que no había problema, que la fiebre y todos los malestares habían cesado, pero, aun así, ella necesitaba descansar. Nos firmó el alta y Jen y yo nos fuimos detrás «de esa loca», como había dicho el doctor.

Eso era, una maldita y estúpida lunática, ¿cómo se le ocurría hacernos eso? ¡Podría pasarle cualquier cosa! ¡También cualquier cliente del bar podría reconocerla y ligar con ella! Podría...

«Me estoy volviendo tan paranoico como ella», me regañé a mí mismo mientras tenía todos esos pensamientos en la cabeza. Ella podía conmigo, no soportaba pensar que estaba por ahí perdida, como si fuese una niña. «No, no lo es. Brenda es mayor, y lleva aquí unas cuantas semanas, imbécil. ¡No se va a perder!», me replicó mi conciencia. Pero ni con esas lograba estar tranquilo.

—Vince, estás tenso —me dijo Jen, mirándome con inquietud.

—Tu amiguita me pone de los nervios —le respondí con sorna.

—Sí... Brenda ha sido un poco... impulsiva —suavizó el término que tuviese en mente.

«¿Impulsiva?». Impulsivo iba a ser yo cuando la pillase, ¿qué era lo que no entendía de la palabra «convaleciente»?

—Bren es muy mala enferma —siguió diciéndome Jen—. De pequeña, cuando su tía le daba alguna pastilla para el resfriado, se la ponía debajo de la lengua, hacía que se la tragaba y después, cuando ella se iba, la escupía.

Levanté una ceja.

—¿Y por qué hacía eso?

La rubia se encogió de hombros.

—No es que a Brenda le guste mucho hablar de su infancia, pero, bajo mi punto de vista, su tía ha estado siempre metiéndole tantas ideas en la cabeza sobre las drogas que... —Lo dejó en el aire—. Mi favorita era esta: «Son pastillas malignas que tus padres consumen. No son buenas para nadie, y si tomas alguna, te volverás igual de insana que ellos».

—¿Crees que está traumatizada por esas palabras y por eso odia los medicamentos? Suena bastante duro para una niña.

—En realidad, no. Ella ya sabe que las «pastillas» a las que su tía se refería, no tenían nada que ver con los medicamentos que se venden en una farmacia, pero, cada vez que le daba una bajada de tensión, o se ponía malísima con la alergia, lo pasaba fatal en el hospital.

—Así que, por una cosa u otra, ella odia todo lo que tiene que ver con médicos, hospitales y medicinas —resumí yo.

—Sí. Y aún más, ella es su propia farmacia, si vieses todo lo que se trajo aquí cuando vinimos... —Puso los ojos en blanco y yo sonreí, imaginándome la escena: Brenda ordenando alfabéticamente un montón de cajitas pequeñas con nombres raros.

—Supongo que se sabe cuidar —dije, un poco más sereno—, pero, aun así, no me gusta que se haya escapado de un centro médico como si fuese una perturbada mental.

Jen hizo una mueca.

—A mí tampoco. Y yo que pensaba que de las dos ella era la responsable... —se dijo a sí misma, como si todavía no terminara de creérselo.

Me cogió una mano y me miró, con una expresión entre emocionada y afligida.

—Te has portado muy bien, aunque ella te trate mal. Muchas gracias.

Creo que mi corazón se desgarró por primera vez en mi vida en ese momento, yo no era altruista precisamente... Había cuidado de Brenda porque me importaba mucho, no por Jen o por lo que ella pensara.

Suspiré, y le pasé un brazo por los hombros, abrazándola mientras caminábamos.

—No hay de qué, ya no me cae tan mal —contesté, y creo que era lo más sincero que le había dicho desde que estábamos saliendo.

*Brenda*

¿Esto se había convertido en una costumbre o qué?

Era la segunda vez que me escapaba de mis seres queridos.

¿En serio tenía veinticinco años? No aparentaba más de quince.

En muchas ocasiones, Jen me había dicho que si tanta fobia le tenía a los hospitales, el día que tuviese que tener un hijo no sabía cómo me las iba a arreglar. Yo siempre había obviado sus comentarios, pero era cierto, mi odio a los hospitales y todo lo que tuviese que ver con ellos, era horrible. Mi tía se las había visto y deseado para que fuese a la consulta médica a hacerme las pruebas de alergia cuando era pequeña.

El caso era que ahí estaba otra vez, como una fugitiva que en realidad no había hecho nada pero era perseguida.

Me había dado cosa dejar a Vince de aquella manera, pero sabía que no me iba a permitir marcharme por las buenas, y yo no soportaba estar ni un minuto más en aquel lugar, de hecho, me había planteado seriamente escapar por la ventana del baño, pero era tan pequeña...

«No lo pienses más, ya está hecho y punto», me dije a mí misma mientras paseaba por las calles llenas de ruinas romanas.

Me encantaba aquella ciudad. Su antigüedad me dejaba embelesada; cada dos metros había un resquicio de la vieja civilización.

En medio de la oscuridad llena de estrellas, me topé con el Templo de Diana y me sentí más que fascinada. No sabía por qué, pero estar allí me hacía sentir bien. Ese lugar era enigmático. Y de noche no solo eso, sino también mágico.

Me senté en uno de los escalones blancos y me puse de frente a la antigua edificación en ruinas.

Unos pequeños focos iluminaban las columnas de forma majestuosa, lo que quedaba del friso y el techo se encontraba semioculto; a medias entre la sombra y la luz, dándole al lugar un halo de misterio, sombrío y siniestro a la vez que atrayente y místico.

¿Los antiguos romanos tendrían miedo de algo? Seguramente no, habían conquistado medio mundo.

Y allí me encontraba yo, admirando los restos de su gran esplendor.

¿Qué iba a hacer ahora? A parte de mirar ruinas, por supuesto.

Tendría que volver a *casa*. Jen me miraría con el ceño fruncido, me echaría la bronca del siglo y yo querría desaparecer del mapa inmediatamente.

¿Y Vince? ¿Qué me diría él? ¿Por qué me dolía tanto haberlo dejado colgado? Lo cierto era que me había parecido muy preocupado. Y ese «¡Brenda! Ábreme la puerta, por favor, solo quiero saber que estás bien», había sonado tan dulce que casi me derrito y le abro la puerta de verdad.

Pero no lo había hecho. Me había mantenido en mis trece. ¡Qué orgullosa era cuando quería!

¿Y el trabajo? ¿Lo había perdido? ¿Me habían dado alguna especie de permiso por enfermedad? ¿Qué...? Apenas recordaba haber visto al jefe, mucho menos lo que había dicho, pero, dado el destrozo que había causado, seguramente me había echado a patadas de allí. Había sido después del alboroto cuando me había empezado a marear. Los párpados me habían pesado como nunca antes y un calor sofocante había empezado a invadirme el cuerpo. A partir de ahí, todo era un poco confuso en mis recuerdos. Ni siquiera recordaba que Vince me hubiese llevado al hospital. ¡Qué desastre, por Dios! ¡Y qué vergonzoso!

Suspiré; menudo espectáculo el mío.

Una figura emergió de entre las sombras, sorprendiéndome y haciendo que me pusiera en guardia.

—¡No me lo puedo creer! —dijo una voz ronca, de hombre, mientras arrojaba una colilla al suelo, la pisaba y se dirigía hacia mí deprisa.

Aferré mi bolso con fuerza, me levanté y empecé a correr, muerta de miedo.

¡Lo que faltaba! Un borracho entrando en escena.

Cuando había doblado tres esquinas y recorrido cuatro calles, me sentía exhausta, así que, decidí parar; los borrachos no corrían tanto, aunque seguro que no se encontraban ni la mitad de cansados que yo.

Vale, ¿ahora dónde estaba? Esta parte de la ciudad no la conocía.

—Dame una *papela*... —dijo un bulto negro cuando doblé una esquina más.

Grité, aferrando mi bolso otra vez, di un traspie y caí de culo al suelo.

El bulto negro se levantó, y un hombre con mala pinta se irguió ante mí con las manos extendidas.

—Mejor dame una moneda, guapa... —su voz sonaba áspera.

Mi corazón empezó a latir a mil por minuto. Empecé a arrastrarme hacia atrás mientras él venía hacia mí.

Apoyé las manos sobre el suelo húmedo; sentí que las piedrecitas del pavimento me rasgaban las palmas. En otro momento me hubiese puesto a berrear como una idiota, pero el instinto de supervivencia y las ganas de huir de aquella situación podían más que mis fobias.

Me levanté como pude, medio resbalando sobre la calzada, ¡ese empedrado era lo peor para andar sobre él!

El tipo resbaló también, dándome un poco de ventaja, de la cual yo me aproveché para salir corriendo una vez más.

Al poco rato, empezó a faltarme el oxígeno. No tenía ni idea de cuánto había corrido, demasiado poco a mí parecer. En mitad de la calle me paré en seco, doblé mi cuerpo cansado y apoyé las manos sobre las rodillas, jadeando y cogiendo grandes bocanadas de aire.

Sentí algo en mi espalda.

Volví a soltar otro grito, aún peor que el anterior, mientras me giraba y volvía a caer hacia atrás. Solo que esa vez no caí, sino que algo me aferró e inmovilizó mi cuerpo, apretándome tanto los brazos que me hacía daño.

Intenté zafarme, aunque no podía, quien fuese me tenía bien sujeta.

—Menos mal que no te ha pasado nada —dijo, y seguidamente, sentí que unos labios se plantaban en mi frente sudorosa.

Algo confusa, dejé de moverme y levanté la vista.

—¿Vince?

Ni siquiera me contestó. Sentí otra vez la presión de su cuerpo sobre el mío y sus brazos



alrededor de mi espalda.

¡Me iba a asfixiar!

—Vince, me ahogas —le dije entrecortadamente.

Él se despegó de mí, pero no consintió soltarme los brazos.

—¡Tengo muchas ganas de matarte ahora mismo! —gritó mientras su mirada color chocolate me reprendía con severidad.

Me zafé de él bruscamente.

—Pues no ibas mal encaminado, ¡me has dado un susto de muerte!

—¿Susto? —Soltó un bufido—. ¡Susto el que me he llevado yo! Te has escapado como una cría de un hospital, y ahora que te encuentro sales corriendo como una loca de nuevo.

Entonces ¿él había sido el borracho que había visto al lado del templo?

—No sabía que eras tú. Y luego ese hombre...

—Pues he gritado tu nombre varias veces —me cortó histérico, después frunció el ceño—. ¿De qué hombre estás hablando?

—De un tipo que me ha pedido dinero, estaba ahí mismo... —Señalé, no sabiendo muy bien hacia dónde; la calle estaba oscura y, en realidad, no sabía cuánta distancia quedaba entre el mendigo y yo.

Vince se giró hacia atrás mirando también hacia el fondo de la calle.

—Te he perdido unos instantes. Pero no he visto a nadie. ¡Es que a quién en su sano juicio se le ocurre ir por callejones de noche! Solo a ti. —Parecía enfadado.

Arqué una ceja.

—Deja de regañarme, acabo de ver pasar mi vida ante mis ojos, no hace falta que metas el dedo en la llaga diciéndome lo que debería de haber hecho o no. —Le di la espalda, enfadada y yo también.

Vince me cogió de los hombros y me giró bruscamente hacia él; estaba claro que quería que lo mirara a la cara mientras hablaba.

—¡No sabes el miedo que he pasado! No te puedes hacer ni una mínima idea —me espetó molesto.

Y yo me quedé muda, contemplándolo sin saber qué decir.

Después de unos segundos interminables sosteniéndole la mirada, él bajó los párpados y me dejó libre.

—¿Qué voy a hacer contigo? —murmuró, hablando consigo mismo.

Se me antojó un padre y me dio vergüenza de mis propios actos, así que también aparté la vista de él.

—Meterte en tus asuntos... —musité.

Pasó de mi comentario.

—Estás temblando. —Me frotó los brazos de arriba abajo suavemente—. Vámonos a casa.

¿A casa? ¿Por dónde se iba a casa?

Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero al final no me atreví a pronunciarla en voz alta. Me echó el brazo por encima de los hombros, muy caballeroso, y me dejé arrastrar por él sin decir ni pío. ¿De qué podría quejarme? Yo no sabía llegar al hotel, y tampoco sabía muy bien cómo actuar después de esa extraña escapadita que me había marcado, además, estaba muy bien así, junto a él.

*Vince*

No podría explicar cómo era la tranquilidad que sentía en ese momento al tenerla a mi lado: le hubiese perdonado todo, incluso estando tan enfadado como estaba.

Por fin la había encontrado, sana y salva, o algo así, ya que estaba sucia. ¡Sucia! ¿Cómo era posible? Casi me parecía mentira que no estuviese gritando y haciendo mohines de asco.

«Imbécil faldero, ella ha estado bien siempre, la encontraras o no», me regañó mi mente. «Claro que no, acaba de toparse con un indigente que le ha pedido dinero», le respondí. «Sí, y ha salido ilesa», volví a replicarme.

Había salido ilesa pero sucia. Y además, estaba aterrada, tanto que no había escuchado mi voz llamándola. Lo había pasado mal sin necesidad.

«¿Desde cuándo eres un héroe?», se burló mi mente.

«¿Es normal decir de uno mismo que es un gilipollas?». Bueno, en mi caso, lo era. Nunca me había preocupado por nadie, y mi cerebro no hacía nada más que recordármelo. Pero ahora era diferente, no solo mi estúpido antiguo *yo* luchaba por dominar mi mente, sino que mi *yo* de ahora, él que quería proteger a Brenda sobre todas las cosas, se estaba intensificando en mi interior.

Sinceramente, era una agonía, desde luego era mucho mejor estar con una chica una noche y a la mañana siguiente «adiós, muy buenas», pero a mí ya no me apetecía hacer eso, quería estar con ella, con Brenda.

«¿Cuándo te has convertido en un blandengue?»

«Cuando la conocí», respondí a mi propia pregunta mental. Mi *yo* interior se carcajeó de mí, como no creyéndoselo.

«Eres un idiota. Ella te lastimará, como todas».

«¡Cállate! No lo hará».

«Eso ya lo veremos...».

—¿En qué piensas? —me preguntó Brenda en un susurro—. Estás ausente.

Carraspeé.

—En nada en especial —respondí algo nervioso, como si hubiese descubierto mi batalla personal.

Froté un poco su brazo con mis manos, no la había separado de mí desde que nos habíamos puesto en marcha hacia la casa.

—¿Tienes frío? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Ahora estoy bien, gracias.

Su mirada color miel se posó en mí, muy agradecida.

Me perdí en el brillo de sus pupilas. La noche le daba un toque mágicamente antinatural; entre lo dorado y lo negro.

Pestañeó, inquieta ante mi escrutinio.

—¿Ocurre algo?

«Sí, que tengo ganas de besarte», dijo mi nuevo yo. Pero no podía hacerlo, ella ni siquiera recordaba que yo la había besado cuando había estado febril y enferma. Me lo había tomado como una señal del destino; quizás encariñarme con ella no estaba bien o no debía suceder.

—Nada, solo que me alegro de que estés bien. Aquí. Conmigo.

Como si hubiese leído mis pensamientos, ella hizo algo inesperado: se puso de puntillas, me echó los brazos al cuello y pegó sus labios a los míos. ¡Qué bien sabía! Sus labios eran jugosos como una fresa con nata, su perfume de rosas invadía todos mis sentidos, transportándome al mundo de la locura.

En un acto primitivo, la cogí por el trasero y la elevé en el aire. Ella pasó sus piernas alrededor de mis caderas. Apoyé su espalda contra una pared para no perder el equilibrio mientras nuestros cuerpos se movían cada vez más inquietos y jadeantes. Nuestro beso no se había interrumpido en esa ocasión, más bien nuestros labios estaban deseosos de más.

—Mira esos —escuché decir—, van a montárselo en plena calle.

¡Mierda! Se me había olvidado por completo dónde nos encontrábamos.

Me separé de ella a regañadientes.

—Hay... curiosos por aquí... —dije más que jadeante, ¡por Dios, necesitaba mucho aire!

Ella asintió, tan inquieta como yo.

Se había puesto roja, lo sabía porque, incluso en la oscuridad, el tono de sus mejillas había oscurecido un poco.

—Perdona. —Se puso un mechón detrás de la oreja, sin mirarme; parecía estar más nerviosa—. No sé por qué he hecho eso.

Le ahuequé la mano sobre la mejilla cariñosamente e hice que me mirara.

—No pasa nada. —Le sonreí.

¡Claro que no pasaba nada! El que estaba deseando arrancarle la ropa era yo, ¡quería mucho más que un beso!

Nos recompusimos como pudimos. Y mientras reanudábamos el camino, la cogí de la mano.

—¿Dónde estamos? No me suena nada —preguntó distraída, mirando hacia los edificios.

—Cerca de casa, estamos llegando.

Ella frunció el ceño, pero no me dijo nada más.

—Espera, ¡ya lo sé! Pero por aquí no se va al hotel —exclamó con la cara desencajada.

Levanté una ceja.

—Es que no vamos al hotel, vamos a casa. A mi casa, para más señas.

—¿A tu casa? —volvió a inquirir con la cara más descompuesta aún.

—Sí, creí que estaba claro. Tú hotel está muy lejos, al otro lado del río. A estas horas no hay autobuses y no dejaría, ni de coña, que te fueses sola hasta allí.

Olvidé la opción de coger un taxi, pero ella tampoco cayó en la cuenta.

Me detuve en la puerta de mi casa. Saqué las llaves y me dispuse a abrir. Brenda miraba hacia todos lados, intranquila.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Ella miró al suelo y empezó a jugar con el bajo del dobladillo de su chaqueta.

—No sé si es buena idea.

Suspiré.

—Yo tampoco lo sé. Pero ya te lo he dicho, no te voy a dejar sola y tampoco hacemos nada

malo. Somos dos amigos que duermen en la misma casa y punto.

«¡Sí, claro! ¡Amigos!», se rio mi mente.

«¡Calla!», le dije yo.

Mi casa era grande, podría dejarle mi habitación e irme yo a la habitación de invitados. No tenía ni idea de por qué me había alquilado un dúplex, porque vivía solo. Pero bueno, ahora lo agradecía, si hubiese elegido un estudio no tendría tanto espacio. Y eso era lo que yo necesitaba, espacio para pensar, y con ella en la misma habitación sería imposible.

—¿Por qué eres así? —le pregunté mientras servía la cena sobre la barra americana de la cocina.

Ni siquiera habíamos puesto la mesa, ella se había sentado en un taburete mientras me observaba cocinar al otro lado de la barra barnizada. Le había dado una toalla, se había aseado un poco y había dejado su chaqueta a rebosar de quitamanchas; se había ensuciado con la caída.

—¿Así cómo?

Miré de reojo sobre mi hombro hacia atrás, donde ella se encontraba con un brazo apoyado en la barra americana de madera. Me observaba con el ceño fruncido mientras su cabeza descansaba sobre un puño cerrado. Pensaba que se iba a enfadar, pero no encontré intenciones de matarme en su mirada.

—Tan maniática y... orgullosa. —Apagué el fuego y llevé el plato de champiñones con nata que acababa de preparar hasta la barra.

Su tenedor empezó a jugar con ellos. Entendí que no me iba a responder.

—No lo sé. De pequeña no era tan... extrema. —Suspiró—. No sé si Jen te lo ha dicho, pero me he criado con mis tíos, y desde que nacieron mis primos, comenzaron a olvidarse de mí, mis padres biológicos empezaron a visitarme más y... creo que todo se convirtió en algo muy difícil de sobrellevar. —Dejó el tenedor apoyado en el plato, parecía que le costaba un poco hablar de ello—. Yo no era tan rara. Hasta ese momento, fui una niña muy sociable.

La vi debatir internamente. A lo mejor no debería haberle preguntado por eso; Jen me había dicho que ella no solía hablar de su infancia.

—Perdón, creo que no debería meterme en eso —me disculpé.

Ella titubeó y sus iris ambarinos me miraron apenados.

—No, no importa. Quizás sea mejor que hable de esto con alguien... —Tragó aire—. Empezaré desde el principio. Mis padres me abandonaron cuando era un bebé —comenzó, y sus labios titubearon; era obvio que aún le dolía por mucho que hubieran pasado los años—. Ellos tenían problemas con las drogas y, además, yo era un estorbo en su vida. Mis tíos se encargaron de mí desde entonces, y siempre he vivido con ellos.

»Al principio todo era genial. Me tenían entre algodones. Se referían a mí como «hija» y yo de verdad creía serlo. Mis padres me visitaban de vez en cuando, y cada vez que los veía (porque mis tíos me obligaban a ello ya que era «lo correcto»), me daba repelús. Yo no quería que ellos fuesen mis padres, prefería mil veces a mis tíos. —Sus ojos se volvieron vidriosos y mi corazón se encogió apenado—. Pero aún era peor cuando me sacaban algún parecido con ellos. Cada vez que los veía estaban más desgarbados, sus cuerpos eran más delgados, tenían más cicatrices y me daban más miedo. Por lo que a mí respectaba, yo no me parecía a ellos, eran sombras de sus propias sombras.

»Cuando empecé a tener uso de razón, en cada visita, me pedían que por favor intercediera entre ellos y mis tíos porque necesitaban «algo de dinero para unos asuntos importantes».

»Inocente de mí, lo hacía. En las primeras ocasiones, mis tíos les echaron la culpa a ellos porque, según mi tía Miranda, yo «había sido persuadida por esos monstruos que tenía como padres para hacer tal cosa como pedir dinero para drogas». Ellos nunca les daban nada, ni siquiera aunque yo se lo pidiese.

»Pero, cuando cumplí los diez años y nació mi prima Amelia, la cosa cambió. Mis padres volvieron a visitarnos a casa, volvieron a pedirme que les dijera a mis tíos que necesitaban dinero.

»Al principio dije que no, pero luego accedí, era la única forma de que me dejaran en paz; yo siempre deseaba que se fueran y siempre lo hacían después de pedir dinero.

»Así que hablé con mi tía. Ella... —detuvo su relato y suspiró profundamente antes de continuar hablando—. Ella me dio un guantazo y me dijo: «Siempre haces lo mismo, te sometes a sus peticiones. Si sigues así, acabarás siendo una de ellos; una persona sin futuro ni por venir».

»No tienes ni idea del impacto que tuvieron en mí aquellas palabras. Mi tía siempre me había tratado bien, y a partir de aquel día todo se volvió oscuro.

»Cualquier cosa que hiciera estaba mal y todo lo que dijera era una estupidez. Mis formas de comportamiento no eran las de una buena chica, sino las de una hippie fumadora, según ella. Todas las noches me indicaba cómo lavarme las manos para ser una señorita. Me hablaba de las drogas y de todo lo que había echado a perder a su hermana y a su cuñado.

»Sentía que su fe en mí iba disminuyendo conforme pasaban los días. Yo no estaba a la altura de lo que ella esperaba que fuera. Siempre tenía las manos sucias, las uñas, la comisura de los labios, el bajo del pantalón, la manga de la camisa del colegio... Nunca estaba perfecta para ella.

»Decidieron entonces que, si no llegaba a las expectativas esperadas, para qué seguir perdiendo el tiempo conmigo en un colegio privado.

»Mi primer día de instituto fue en uno público. Ahora lo veo todo muy diferente, pero en ese momento estaba aterrada. Mis tíos hablaban pestes de «esas instituciones académicas», y yo no entendía por qué diablos me habían mandado allí entonces. Creía que era un castigo por portarme mal, por parecerme a mis padres, sobre todo a mi madre, «mi hermana la yonqui», decía mi tía.

Se detuvo una vez más, la voz le había empezado a temblar y no podía continuar hablando. Y a mí me entró algo de mala leche. No conocía de nada a sus tíos, pero esos señores, sobre todo la mujer, parecía haberla tratado mal psicológicamente hablando, y no me gustaba ni un pelo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—¿A mí? —me salió voz de pito.

—Estás llorando.

Me toqué la cara. Tenía razón, no me había dado cuenta. ¡Joder!

—La... cebolla... —dije señalando el plato con champiñones más que frío.

Ella también había derramado alguna lágrima, pero se la había quitado con el puño de su camisa. Creo que yo la superé en eso; estaba realmente conmovido a la vez que enfadado.

Sonrió, aunque esa sonrisa no le llegó a los ojos.

—No quiero que me tengas pena. No todo fue oscuridad. Jen se había cambiado de colegio también. Las dos éramos nuevas en la clase e hicimos buenas migas juntas. Su padre había dejado a su madre y se había llevado su fortuna con él a Inglaterra. —Calló unos segundos, mientras pinchaba un champiñón—. Pero, bueno, la cosa es que, aunque Jen estuviese allí, conmigo, mi tía en casa se aseguraba de que me entrara bien en la cabeza que había ido a parar a un nido de ratas.

Que me cuidara mucho de los gérmenes, pues no quería en su casa ni la más mínima partícula que pudiese pegárseme de ese «maldito instituto infernal». Por eso me hice una maniática de la limpieza, porque cada día debía quitarme el olor, la suciedad o cualquier cosa de encima que pudiese mosquear a mi tía.

Me quedé callado un buen rato. Nunca había escuchado una historia así.

Ella suspiró.

—Ahora crees que soy más rara que antes, ¿no? —afirmó toda convencida—. La única que me comprende es Jen. —Calló un segundo—. Y solo a veces, supongo —añadió. De pronto le cambió la cara; los ojos se le desorbitaron y su piel palideció—. ¡Jen! Me había olvidado por completo de ella. ¡Tengo que llamarla!

Se iba a levantar del taburete, pero la cogí de la muñeca y la detuve.

—No creo que seas más rara —dije sin más, obviando todo lo que me acababa de decir—. Yo creo que eres increíble. Que tus tíos son imbéciles por no apreciarte. Que tus padres son peor que ellos por abandonar a alguien como tú y que ni siquiera merecen que derrames una lágrima por su persona, ¡malditos sean! —Sus ojos me miraron sorprendidos, quizás porque había elevado mucho el tono de voz al decir eso—. No los necesitas —seguí diciendo, más tranquilo, mientras acercaba mi rostro al suyo—, tú eres mejor que ellos.

Y en ese instante, todo mi autocontrol se desvaneció. Me abalancé sobre ella, su boca entreabierta me pedía que la besara, era una atracción que no podía eludir.

Ella titubeó al principio, perpleja ante mi acción, pero después gimió bajo el contacto de nuestros labios salvajes, que necesitaban saciarse.

—Me vuelves loco...—susurré entre beso y beso. Y deseé con todas mis fuerzas arrancar el trozo de madera que se interponía entre nosotros.

Ella sonrió.

—Creí que la loca era yo..., además de pija —dijo, y después, siguió besándome tan furtivamente como yo a ella.

Reí.

—Ninguna de esas cosas es excluyente, y podría añadir muchas más. Sexi, guapa... —me dejó a medias, esa vez fue ella la que pegó su boca a la mía.

Al final no tuve que romper mi barra americana de madera. Ella despegó sus labios de mí unos instantes, que se convirtieron en auténtica agonía para mí, se irguió sobre el taburete, empujó el plato de los champiñones, que acabó en el lado opuesto a nosotros, se sentó sobre la barra, giró su cuerpo sobre sí mismo y dejó colgar sus piernas abiertas en mi dirección.

Ambos nos quedamos contemplándonos unos segundos, jadeantes. De repente, su rostro se llenó de duda.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —Me metí entre sus piernas y le cogí la cara con las manos suavemente, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad para no posarla sobre la madera tan salvajemente como deseaba hacerlo.

—Tengo miedo —dijo como una niña pequeña.

—No tienes que tener miedo de mí —le contesté cariñosamente mientras acariciaba sus mejillas acaloradas.

—No es de ti, es de mí misma, de lo que pueda hacer —susurró medio asustada medio excitada.

Le di un suave beso en los labios, acerqué mi rostro al suyo y sonreí.

—Yo también te tengo miedo, casi no puedo pensar cuando estoy a tu lado.

La aferré por la cintura y comencé a besarla de nuevo. Ella no dijo nada más. Sus manos

comenzaron a registrar mi pelo peligrosamente mientras yo desabrochaba los botones de su ceñida camisa de rayas. Empecé a deslizársela por los hombros y comencé a besarle el cuello mientras ella emitía gemidos entrecortados.

Me separó un instante de su lado, empujándome suavemente con una mano hacia atrás.

Abrí los ojos en su totalidad cuando la contemplé. Semidesnuda, bajo esa tenue luz plateada de la cocina, me pareció una diosa. Apenas podía respirar viéndola en casi todo su esplendor; estaba deseando arrancarle el sujetador y quitarle los vaqueros. No ansiaba más que tenerla pegada a mi piel.

Dio un salto desde la barra hasta el suelo, con la camisa completamente abierta. No parecía una diosa, ¡era una diosa! Venus que había venido a torturarme con su belleza.

Brenda se acercó a mí con mirada arrolladora, me estampó contra la encimera y me plantó otro beso en los labios.

Volví a ponerle las manos en la cintura, a tocar su suave piel.

—Eres espectacular —murmuré abrumado por el éxtasis, al borde de la locura.

Sus curvas se habían convertido en un calvario, la necesitaba desesperadamente.

Se me ocurrió que debíamos subir a la segunda planta, la de las habitaciones, pero no creía que llegáramos vestidos ni a la mitad de la escalera. En su lugar, terminé de deshacerme de su camisa, que andaba medio caída por sus brazos.

Una tirita con forma circular captó mi atención.

—¿Te duele? —Le toqué suavemente el brazo con la yema de los dedos; en el hospital, un reguero de sangre había cubierto parte de su brazo. No recordaba haber visto tiritas en el baño; desde luego, era una chica con recursos.

Negó con la cabeza y me sonrió de una manera enloquecedora. La levanté del suelo a pulso, ella envolvió las piernas alrededor de mi cintura y me dirigí al sofá sin despegar mis labios de los suyos.

*Brenda*

*V*ale, *estrenarme* en el sofá de la casa de Vince no había sido precisamente lo que yo había soñado.

Ni siquiera había visto otra parte de la casa aparte del baño; el salón estaba pegado a la cocina, separado únicamente por esa barra que hacía las veces de mesa en la que apenas habíamos comido cuatro champiñones mal contados.

¿Cómo habíamos acabado así?, ¿cómo??

Se me escapó una risita solo de pensarlo. De pronto me vino a la cabeza un recuerdo: Vince diciéndome que no sabía qué éramos y besándome después. No lo veía nada nítido en mi mente, ni siquiera sabía si era real o era parte de algún sueño... pero ahí estaba. La reflexión era cierta: ¿qué éramos nosotros dos? Esa era la pregunta del millón, y su respuesta valía el doble, porque, a aquellas alturas, ¿cómo podríamos definirnos?

Me dio un beso en el hombro y pasó su mano por mi cintura, ciñendo mi espalda a su pecho. No nos habíamos movido de ahí en mucho rato, se estaba bien entre sus brazos y envuelta en la pequeña manta que protegía nuestros cuerpos.

—¿En qué piensas? —me preguntó, acariciándome la cintura.

—En que me gusta estar aquí, contigo.

Volvió a darme otro beso en el hombro y me giré sobre el sofá hacia él, para verlo cara a cara.

—¿Sabes? Ella no me quería —le dije.

Él frunció el ceño.

—¿Quién?

—Mi madre. Ni mi padre tampoco, supongo. Mi tía dijo que cuando se enteró de que estaba embarazada la mantuvo en cuarentena hasta que dio a luz, para que no fumase ni se drogase. Después, se escapó del hospital y me dejó allí —confesé.

—¿Por eso odias los hospitales? —me preguntó con mirada tierna.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero podría ser. Nunca le he hablado de esto a nadie. Se lo escuché decir a mi tía una vez que salió el tema de mis padres, pero ella no sabía que yo estaba espiando. Desde ese día, juré que no pondría un pie en uno de esos lugares. Tenía siete años, y no sabía lo que decía, pero se convirtieron en los lugares del mundo que más detestaba.

Me dio un fugaz beso en los labios, consolador. Yo sonreí, teníamos el rostro tan pegado el uno del otro, que la punta de mi nariz casi rozaba la suya.

—Me alegra que confíes en mí, pero no quiero que te pongas mal por ellos, no tienes que contarme nada que no quieras o te haga daño.

Sonó tan preocupado que casi me lo como a besos.



—No estoy mal. —Le sonreí sinceramente—. Tenía ganas de contárselo al mundo, de sentirme...libre. Y creo que lo he conseguido.

Sí, me sentía plena con él. No había problemas en ese momento: ni de padres, ni de tías, ni de manías neuróticas... Todo estaba en calma, como cuando se oye el rumor del mar en una noche de verano. Y yo quería quedarme así para siempre.

—Venga, ahora tú. ¿Qué es eso de los números?, ¿un 1? Nadie me ha llamado algo así en la vida.

Él rio.

—Vale, me toca —dijo él sonriendo—. Los eneatisos pertenecen a un sistema de clasificación de las personalidades.

Arqueé las cejas.

—Suena interesante. Si yo soy un 1, ¿qué quiere decir?

Vince dudó.

Puse los ojos en blanco.

—Hemos hecho una tregua, prometo no enfadarme, suéltalo.

—El eneatiso 1 es...perfeccionismo, ira contenida. —Calculó con la mirada si me había ofendido o no.

—Tranquilo, no voy a asesinarte ni nada de eso. —Reí, relajándolo a él también—. Ahora entiendo lo que me has dicho en el hospital.

Me dio un beso en la nariz.

—Contigo nunca se sabe.

Sonreí.

—¿Y tú qué tipo de eneatiso eres?

Soltó una carcajada por la pregunta.

—Al final conseguiré que lo investigues por ti misma. Yo soy el 5, creo, es un poco subjetivo analizarse uno mismo. Se caracteriza por ser observador, investigador. Me hubiese encantado dedicarme a la psicología, pero no ha podido ser.

—¿Por qué?, ¿a tu familia no le gustaba la idea?

Esbozó media sonrisa arrogante; estaban empezando a gustarme demasiado esas sonrisas. Ahora me parecía más atractivo que nunca, con ese pelo revuelto y esa cara de necesitar un buen sueño reparador.

—No, a ellos les encantaba la idea. Yo tuve la culpa, era un poco rebelde y... abandoné mis estudios antes de llegar a la universidad, pensaba que podría retomarlos cuando quisiera, pero por ahora no ha podido ser. Con dieciocho recién cumplidos ya quería emanciparme, y lo hice. Fui un poco más ortodoxo que tú, y no me escapé, pero cuando cumplí los veintiuno les dije a mis padres que me iba a hacer mi vida y empecé a currar en bares. Me hubiera gustado tener trabajo y estudios a la vez, pero me di cuenta de que no ganaba lo suficiente para mantener ambas cosas, y mis padres no es que tuvieran muchos recursos para prestarme el dinero. Así que cuando me fui ellos no me pusieron pegos, se quedaron algo tristes pero no me dijeron nada. Desde entonces han pasado siete años, voy a verlos en Navidad y vacaciones, ya que viven lejos. Ahora están entretenidos; mi hermano ha tenido dos niñas, mellizas, y se ven bastante ocupados, ya que mi hermano y mi cuñada trabajan y... ¿Qué? ¿Por qué me miras así? —me preguntó con el ceño fruncido al ver mi rostro fascinado.

—¡Me encantaría tener una familia como la tuya! ¡Un hermano! ¡Y sobrinas!

Sí, Amelia y Lucas eran técnicamente mis hermanos, pero apenas nos conocíamos pese a haber

vivido en la misma casa toda la vida. Mi tía los mantenía lejos de mí en cuanto cruzaba el umbral de la puerta. Suponía que no intencionadamente, pero tenían demasiadas clases extraescolares, llegaban agotados a casa como para mantener una charla con ellos.

Él soltó una carcajada.

—No es todo tan maravilloso. Pablo y yo nos peleábamos mucho cuando éramos pequeños. Él decía que yo era un «aguafiestas» y yo que él era un «tocapelotas». Nos llevamos mejor ahora que estamos separados que antes.

—No importa, aun así, me das mucha envidia.

Puso los ojos en blanco.

—Si tú lo dices...

Tuve el impulso de reír a carcajadas. Y lo hice.

—No se ría de mí, señorita Brenda Guzmán —dramatizó mi nombre de una manera muy divertida.

Reí con más ganas.

—Vale, no pongas esa voz de *guiiri*, porque no puedo más.

Comenzó a besarme otra vez. ¡Por favor! Pensaba que me iba a volver adicta a sus caricias y a sus besos.

¿Cómo lo hacía? Estaba desnuda y me daba igual, me sentía segura con él, bien, cómoda.

—Oye... —dije, después de apartar mis labios de los suyos. Ahora no tenía ganas de reír, me había venido abajo pensando en ella... en mi amiga. Aquella situación no era real, bonita o idílica —. Tenemos que decirle algo a...

Puso un dedo en mis labios.

—Shhh... No quiero que nada estropee este momento —dijo él tomando el hilo de mis pensamientos. Sabía tan bien como yo que me refería a Jen.

Yo tampoco había querido pensar en ello, pero teníamos que contárselo. Si se lo explicábamos bien, lo entendería... Vince no era bueno para ella. La pregunta era: ¿era bueno para mí? ¡Sí! ¡Tenía que serlo! Porque había pasado todo aquello entre nosotros, y yo notaba que él era sincero. Aún no sabía cómo y cuándo habían cambiado mis sentimientos hacia él, pero la única verdad era que en toda mi vida había sido el único hombre que había logrado hacerme sentir algo así de profundo hacia otra persona, y la prueba de ello era que ahora estaba desnuda en su sofá, con él a mi lado.

Alguien tocó a la puerta, aporreándola desesperadamente.

Vince blasfemó, interrumpiendo el beso.

—¿Quién cojones será a estas horas? ¡Son las dos de la mañana! —Se levantó y se vistió rápido.

Yo me acomodé la manta alrededor del cuerpo. Vince me dijo que no solía tener visitas, que probablemente el vecino que tenía al lado necesitaría algo de la cocina; su esposa estaba embarazada y siempre tenía antojos de comida a horas intempestivas, así que no me preocupé por vestirme.

Me acurruqué en el sofá, mirando el salón detenidamente: era grande, los muebles eran nuevos y la decoración me gustaba mucho.

—¡Espera! —oí que gritaba él.

—¡Vince, no la encuentro! No ha vuelto a... —Jen se quedó pálida al verme en el sofá.

Y yo quise que me tragara la tierra.

Abrió la boca y los ojos, parpadeando como si esperase que yo fuese un espejismo. Cerró los

labios de un golpe, sus ojos se entornaron y su cara mostró un odio indescriptible.

—Vaya, así que al final te has aliado con Satanás. Debo reconocer que era lo último que me esperaba —sentenció inexpressiva, como si fuese un contestador.

Se giró sobre sus talones, empujó a Vince contra el marco de la puerta y salió disparada como alma que lleva el diablo.

Yo solo pude quedarme muda ante la escena, deseando con todas mis fuerzas que fuese un sueño y que nunca hubiese pasado.

Cuando llegamos al hotel, ella estaba recogiendo sus cosas como una autómata.

—Jen, déjame que te explique —le rogué.

Aunque..., ¿había alguna explicación posible? Nada de lo que yo dijese podría cambiar los hechos. No me había dado margen de tiempo para hablar con ella y la situación nos había explotado en la cara.

Jen siguió a lo suyo, como si no existiera, ordenando la ropa a toda prisa para meterla en la maleta.

Me puse detrás de ella y volví a intentarlo:

—Jenny, por favor...

Su cuerpo se puso rígido. Paró de doblar jerséis. Luego, se volvió hacia mí con los ojos llameantes de irritación.

—¡No vengas a chantajearme ahora con trucos baratos! No te va a funcionar de nada llamarme como cuando éramos pequeñas. Está claro que hemos cambiado; unas más que otras —espetó enfadada.

—Pero Jen, por nuestra amistad...

Me interrumpió:

—No sé qué extravagante concepto entenderás tú por «amistad», pero desde luego, no lo compartimos. Y tú —puso los ojos en Vince, que se había apoyado en el marco de la puerta desde que habíamos entrado en la habitación y de ahí no se había movido—, ¿cuándo pensabas decirme que mi «neurótica amiga loca, digna de ser un experimento sociológico», te gustaba más que yo?

«¿Neurótica amiga loca, digna de ser un experimento sociológico?».

Miré a Vince con la boca abierta. Él ni pestañeó, no paraba de observar a Jen con mirada taciturna.

—¿Sabes? —siguió ella, y volví a mirarla—. Yo me consideraba muy afortunada por tenerte como amiga. Creía que me había desviado por el mal camino y que te había arrastrado conmigo, que era una mala persona. —Sus ojos comenzaron a brillar—. Pero me doy cuenta de que no soy tan mala como pensaba: tú eres peor.

—Jen, ella no tiene toda la culpa —intervino Vince.

Mi amiga lo fulminó con la mirada.

—¡Tú ni me hables, cabrón mentiroso!

—Jen, tenemos que hablar. —Comencé a sollozar.

Se volvió hacia su maleta y retomó la tarea que se había dejado a medias.

—No, Brenda, a mí ya no me vale de nada hablar contigo. Y tampoco me apetece. Solo quiero que sepas que, cuando te dije que tener pareja estaba muy bien, me refería a que te buscaras a alguien. —Bufó escandalosamente, malhumorada—. ¡Pero no me refería a que ese alguien fuera mi novio!

—¡Jen, basta! —volvió a decir Vince, que se había puesto a mi lado.

Ella tampoco se giró hacia nosotros esa vez, estuvo dándonos la espalda hasta que acabó de cerrar su maleta.

—Toma. —Me arrojó un montón de billetes a la cara—. Es mi parte del alquiler de la habitación. Ya sé que hemos vivido a tu costa, y te voy a devolver hasta el último céntimo, pero lo haré por transferencia bancaria cuando cobre.

Cogió dos grandes bolsas, puso su maleta de pie y se dispuso a irse.

—¡Jen! —grité—. Pero ¿a dónde vas a ir?

Soltó un bufido desdeñoso mientras se giraba hacia nosotros y nos dedicaba una mirada implacable.

—Cualquier sitio será mejor que este si os pierdo de vista.

No dijo nada más, cogió la puerta y se fue.

Me senté en la cama porque las piernas me temblaban. ¡Jen era mi mejor amiga! ¿Qué había hecho?

Vince suspiró, se sentó conmigo y me abrazó.

Yo me quedé inerte como un mueble, sin dejar de derramar lágrimas a diestro y siniestro.

Me sentí como la persona más rastrera del mundo. Jen era una buena amiga, siempre me había ayudado en todo, la quería como a una hermana, y era la única que me tenía cariño pese a mis manías y mi forma de ser.

Ahora la había perdido. Yo me lo había buscado solita. ¡Me había liado con su novio!

¿Podría haber caído más bajo? ¿Haber sido más traidora? ¿Por qué el único chico que había inspirado algo en mí tenía que haber sido Vince?

—Esto es un error... —susurré muy bajo, mientras sollozaba.

—¿Cómo? —preguntó él, no me había escuchado.

Me levanté de la cama y me libré de sus brazos bruscamente.

—¡Todo esto es un error! ¡Lárgate! —le grité sin mirarlo.

Ahora sí que parecía una loca de verdad, de esas de manicomio; un uno rabioso del sistema de personalidad que usaba Vince para clasificarme.

—Bren, cálmate —me pidió, sereno como él solo.

—¡No! ¿No has visto lo que acaba de pasar? —le grité señalándole la puerta.

—Se arreglará.

Me quedé en blanco dos segundos, pensando que mi mente se acababa de inventar las palabras que él acababa de decir.

Un instante después, empecé a reírme nerviosamente, mientras andaba de un lado para otro quitándome lagrimones de los ojos.

—¡Se arreglará dice! —me carcajeé irónica—. Vince, ¡la hemos fastidiado! YO la he fastidiado —añadí haciendo hincapié en ello.

Sí, la culpa era mía. Jen y yo éramos amigas desde la infancia,

Vince había llegado a nuestras vidas después. Ella debería haber estado primero, antes que nada ni nadie. Debería haber pensado un segundo más en las consecuencias antes de dar un paso en falso. ¡Pero ya no había remedio! No podía dar marcha atrás en el tiempo. ¡Y Jen se había ido! ¡Me había mirado con odio y se había ido! ¡Me odiaba! ¡Mi mejor amiga me odiaba!

Pero ¿cómo no iba a hacerlo? Incluso yo me hubiese dado de bofetadas en ese momento. Debería haberle dicho que me sentía atraída por su novio, o mejor, haberme alejado de ellos desde el principio. ¡Cualquier cosa antes de que pasara todo aquello! ¿Por qué no había pensado

antes de darle ese beso? ¿Antes de presentarme en el café donde trabajaba para el puesto de camarera?

—Brenda, creo que estás demasiado alterada como para pensar con frialdad.

Me detuve en seco.

—¿Con frialdad? Claro, así piensas tú, que tienes alma de psicólogo. ¿Cómo es eso de que debía ser un experimento? —Lo miré con los ojos entornados, que no se pensara ni por un segundo que se me había escapado que Jen había transmitido exactamente sus palabras textuales—. ¿Cómo era el número? ¡Ah, sí, un 5! Investigador, observador. ¿Por eso me has seducido? —grité desdeñosa—. ¡Para ver qué tal sentaba estar con un experimento!

—¡Claro que no! —Sonó exasperado—. Eso lo pensaba antes... de conocernos bien.

La furia y el dolor me nublaban el juicio en ese momento.

Quizás sí fuese verdad que no podía pensar con claridad, pero es que estaba tan dolida y herida conmigo misma y con él... que no quería creerle. Necesitaba una excusa para odiarlo, para sacarlo de mi vida y enmendar mi error.

—¡Lárgate! —volví a repetirle.

Él apretó los labios, enfadado, pero al final me hizo caso. Me dedicó una gran mirada afligida y se marchó de la habitación.

Me dejé caer sobre la cama en cuanto se fue. Me abracé a mi almohada y seguí llorando un buen rato más; deseando una y otra vez que Jen me perdonase y volviésemos a ser amigas; deseando borrar el momento en que Vince y yo nos habíamos conocido en aquel choque casual; olvidarlo todo con todas mis fuerzas.

*Vince*

*E*sa noche me emborraché como nunca.

No tenía precedentes de una salida nocturna igual. Yo en la barra de un garito poco transitado y mi fiel amigo, el vodka, quemando mi garganta una y otra vez.

—Vince, hace mucho tiempo que no venías por aquí. Y la verdad, podrías habértelo ahorrado, prefiero no verte así —me dijo Leo, el camarero. Cuando había llegado a la ciudad, había sido mi mejor amigo y compañero de piso.

—Lo sé, yo tampoco quiero verme así, pero lo necesito. Dame otra copa. —Le acerqué el vaso vacío.

Él lo observó unos instantes, sin saber qué hacer.

—Tengo dinero, no he venido con las manos vacías. Así que, ¡ponme otra copa! —insistí de mala manera.

Leo cogió el vaso y la botella y lo rellenó a regañadientes.

—Sabes de sobra que no es eso lo que me preocupa. ¿Esto es por una tía? —aventuró a preguntar. Y lo que más rabia me daba era que el muy cerdo acertaba siempre a la primera.

—Si me vas a rayar me voy —dije sin coger el vaso y haciendo ademán de levantarme del taburete.

Leo me agarró del brazo antes de que lo hiciera.

—No pongas en mi conciencia tu salud. Son las tres de la mañana y desde la cuarta copa he decidido no dejarte salir de aquí si no es conmigo como guarda. Me falta poco para cerrar, así que espera.

Suspiré.

—Vale.

—¿No me lo vas a contar verdad?

Volví a suspirar.

—Es por dos tías, en realidad —terminé aceptando; Leo era mi psicólogo particular.

Silbó con intención.

—Sabía que eras un ligón pero pensaba que ibas de una en una. ¿No sabes cuál escoger o qué?

Esboqué media sonrisa irónica y bebí un largo trago de mi copa.

—Ojalá fuera eso. Tengo muy claro a la que quiero. El problema es que le hemos hecho daño a la que no quiero y ellas son amigas. Ahora la que me gusta me ha dado puerta porque la que no me gusta nos ha pillado juntos.

—Solo se te ocurre a ti estar con dos amigas, esa es la regla número uno de cualquier tío: no enrollarse con dos chicas que se conocen. Puede ser una pelea de gatas por ti o... en fin, lo que te ha pasado.

A mí me lo iba a decir.

—Bueno, ya sabes que los problemas de faldas siempre han sido mi debilidad.

—Una debilidad que te complica mucho la vida. Si quieres mi consejo... —Vale, ahí estaba mi viejo amigo con ganas de darme lecciones otra vez.

—¿Sí?

—¿Estás seguro?

Meneé el vaso delante de mis narices, observándolo minuciosamente. En otro tiempo, odiaba los consejos de Leo, pensaba que era autosuficiente llevando a mi terreno a las chicas, y aunque no se me daba mal, tenía claro que unos cuantas sugerencias por parte de Leo me hubiesen ido bien para no hacerles daño a muchas de ellas. En el pasado no me importaban mucho, pero ahora mi corazoncito de mujeriego parecía tener conciencia, y hoy me estaba acordando mucho de a las que les había partido el corazón.

Supongo que ahora yo sentía lo mismo.

—Sí, Leo, dime, ¿qué puedo hacer? —Dejé de mirar el vidrio y lo observé a él.

—Visto lo visto, aparte de beber, creo que deberías buscar a otras chicas; una nueva con la que puedas empezar de cero.

—Me gusta esta —afirmé rotundo—. Se llama Brenda, y la quiero a ella.

Leo suspiró. Se apoyó en la barra con los brazos, mirándome de forma cómplice.

—Vaya, vaya, así que te ha calado hondo. ¿Tan mal está el patio?

—No creo que lo dejé pasar —me sinceré—. Seguramente, no haya oportunidades para nosotros; Jen, la que no me gusta, es muy importante para ella. Haberle hecho daño la ha destrozado.

Alguien llamó a Leo desde la otra punta de la barra.

—¡Voy! —le dijo al chico—. Yo creo que, si tan mal están las cosas, deberías hacer lo que te he dicho. ¿Para qué gastar energías en algo que no te va a llevar a nada?

«Porque ella lo merece».

—Puede ser. —Bebí otro trago y acabé mi copa. Le di un toquecito a la barra con el culo del vaso—. Más. —Leo me miró mal—. Por favor...

Hizo una mueca, poco convencido, pero al final, me dejó en compañía de la botella y se fue a atender al chico.

La abrí y llené el tubo de cristal hasta los topes. Lo cogí y lo alcé en el aire.

—Por ti, Jen, por echarme a perder la mejor noche de mi vida. Por ti, Brenda, por hacer que me enamore de ti y abandonarme. ¡Salud! —Me bebí la copa de un trago.

*Brenda*

Seguí en el hotel unos cuantos días más. Y..., ¿quién me lo iba a decir? No me apetecía salir de allí, iba subsistiendo con pizzas y cosas de esas. ¡Pizzas! Jamás se me hubiese ocurrido si no me hubiese encontrado en ese estado de nervios.

No había tenido noticias de Jen y estaba muy preocupada, más aún cuando le dejaba al menos tres llamadas perdidas todos los días.

Vince, en cambio, me había llenado el buzón de voz con miles de mensajes, aunque opté por no contestarle a ninguno. Tampoco a sus innumerables wasaps.

Me pasaba los días llorando, comiendo y vagueando por la habitación, pensando que, después de todo, había perdido a la única persona a la que le había importado alguna vez.

Me dije a mí misma que aquello no podía seguir así, que debía de salir del pozo en el que yo solita me había metido. Me costó mucho hacerme a la idea de salir a la calle, de respirar algo que no fuese olor a pizza y habitación cerrada.

Recordaba que el jefe del bar me había dicho que fuese cuando estuviese bien, pero tenía miedo de ver a Vince y no lo había hecho aún. No me habían despedido abiertamente, pero estaba casi segura de que ese buen hombre no quería volver a verme por allí con una bandeja jamás.

Decidí ir a las nueve de la noche, el turno de Vince acababa a las ocho más o menos, así que, con un margen de unos cuarenta y cinco minutos, debía de bastar para no verlo.

Crucé la cortina de la puerta principal con un temblor en las piernas que me delataba a distancia. Eché un ojo por todos lados antes de terminar de entrar. Y fue un alivio cuando no lo vi.

—¿Brenda? —dijo alguien a mi izquierda.

Miré en esa dirección y mi corpulento jefe parpadeó varias veces al verme, sorprendido. Llevaba encima un enorme barreño con platos sucios, aunque no parecía pesarle mucho.

—Buenas noches, señor —dije tímidamente—. Creo recordar que usted me dijo que...

—¡Claro! Ya pensaba que no ibas a venir y que seguías enferma. Vince me dijo que no me preocupara, pero la verdad es que no me quedé tranquilo. Me alegro de verte —dijo contento.

—Ya estoy mejor, gracias. No me pasé antes porque he estado... ocupada. Si me dice cuánto le debo por el destrozo que hice se lo pagaré ahora mismo —dije algo apenada.

Mis fondos eran cada vez más bajos y seguramente, de los días que había trabajado en el bar, nada me iba a quedar después de pagar todos los trastos que había roto.

—¿Deber? —Parecía confuso.

—Sí, las tazas, los vasos y...

—Para, para, para... —me cortó—. Si él que te debe soy yo a ti. Has llenado esto de clientela, no sabes la cantidad de gente que me pregunta por ti: todos quieren saber dónde está «la camarera guapa y graciosa». Por cierto, me tienes que decir cómo haces las flores de canela, la gente las echa de menos.



Abrí los ojos de par en par, sorprendida hasta la médula.

—¿Cómo? ¡Si soy una manazas!

—Los forasteros que entraron aquí el día que te pusiste enferma me contaron maravillas de ti. Pero no solo eso, sino que clientes que hacía mucho que no eran fijos, me dijeron que daba gusto estar aquí con la camarera que lo dejaba todo tan limpio y los atendía tan bien... En fin, que quería que te pusieras bien ya para que volvieres. Ese maldito Vince no me dijo una fecha exacta y como no me llegaste a dar tu teléfono...

Creo que mi cabeza era como una olla exprés en ese momento, ¡menudo hervidero de información!

—Di algo, mujer —me apeló.

—Es que... No sé qué decir, señor. Yo... venía a pedirle disculpas por todo, lo que menos me imaginaba es que me dijese nada de esto.

—Acompáñame —me pidió.

Pasamos al almacén, después de haber saludado a tres o cuatro clientes que reconocí vagamente de mis días de trabajadora allí.

—Bueno, aquí podemos hablar mejor. —Dejó la carga de platos en una gran mesa metálica.

—Señor, su oferta es genial, pero no puedo quedarme aquí —le dije, no podía seguir viendo a Vince en las condiciones en las que nos hallábamos.

Él me miró algo asustado.

—¿Sigues mal? Bueno, no tienes el mismo aspecto que hace unas semanas, eso salta a la vista, pero estás recuperándote, ¿verdad?

Seguramente debía de tener una pinta horrible, ya que no me había arreglado el pelo, ni siquiera me había maquillado, y además, llevaba vaqueros y camiseta, nada que ver con el día que él me había conocido.

—No se trata de eso, señor, simplemente sé que no valgo para este puesto, soy demasiado torpe.

Su cara emuló una mueca de disgusto, casi pensé que se estaba enfadando conmigo.

—Si es por ese Vince... puedes darlo por despedido. Ya me comentaron que te trató mal un segundo antes de que yo llegara el último día que nos vimos.

¿Despedirlo?

—¡No, no, no! Por favor, no haga eso. Él no tiene nada que ver con mi decisión.

Bueno, sí que tenía que ver con que no quisiera trabajar allí, pero no era por la bronca que me había echado —y de la que apenas me acordaba—, porque, además, él llevaba razón, yo la había liado buena y él era el que entendía de cómo llevar un bar. Es más, sabía que me había ayudado desde el principio, dejándome servir con la bandeja sin tener que lavar los platos sucios y grasientos.

—De acuerdo, pero piénsalo al menos.

—Está todo pensado, señor —le dije—. Yo no soy de aquí, y me estoy replanteando regresar a casa.

Él asintió.

—Ah, bueno, si es para volver con la familia, ya no me meto. Me da pena que te vayas, pero bueno, te daré el finiquito en un momento, con propina extra. —Me guiñó un ojo—. Espera un segundo.

Entró en el bar y yo me quedé allí sola, observando las miles de bebidas que había almacenadas en torre, los congeladores, las mesas que no utilizaban... Probablemente yo no hubiese sabido

montar un bar, el señor López sabía ganarse la vida bien, quizás debía pedirle algún consejo después de todo.

Un ruido captó mi atención y mi Satanás particular salió de detrás de una torre de cajas llenas de bebidas.

¿Qué hacía Vince allí si no era su hora?

Me quedé congelada en el sitio.

—No sabía que ibas a volver a tu casa —apuntó con el semblante sombrío.

Era la primera vez que lo veía en días y su imagen me sorprendió mucho. Estaba muy desmejorado, sus ojeras eran peor ahora de lo que habían sido cuando yo había despertado en el hospital.

Miré hacia atrás, por si el jefe venía.

—Y no lo pienso hacer, pero debía decirle algo para que no me insistiera más.

Él sonrió sin ninguna alegría mientras se limpiaba las manos con un trapo viejo.

—Me alegra oírlo, porque no conozco un infierno peor para ti.

Me dio miedo que supiese exactamente lo que yo pensaba sobre eso, pero yo ya le había contado ese capítulo de mi vida y no había marcha atrás; quizás me conociese mejor de lo que yo creía a simple vista.

—Pensaba que te habías ido a casa —le dije mientras miraba al suelo y me escondía un mechón de pelo detrás de la oreja, quería cambiar de tema desesperadamente.

—Ahora tengo horario de verano, el señor López lo adelantó por el buen tiempo que está haciendo últimamente; entro a las nueve y media y me voy también a esa hora.

—Ah —susurré.

¡Qué idiota! No había pensado en eso, debía haber buscado el teléfono del bar y haber llamado primero.

—No hace falta que te vayas de aquí por mí, puedo encontrar otro trabajo en cualquier bar —dijo sin mirarme a la cara, seguía quitándose grasa de las manos.

Carraspeé después de unos segundos en silencio; Vince a veces me dejaba muda.

—No voy a quitarte el trabajo, tú me ayudaste mucho y además estabas antes, no me parecería justo —contesté cohibida; los dos estábamos a una distancia prudente pero la proximidad que había era suficiente para cortar el aire con nuestra tensión.

Me miró. Sus ojos marrones estaban vacíos, tristes.

—¿Y ya está?

No lo entendí en absoluto.

—¿Y ya está qué? —inquirí mirándolo conmovida, no quería que él tuviera esa cara fúnebre.

—¡Todo! —De repente alzó la voz—. Jen se enfada con nosotros y tú no nos das una oportunidad, ¡eso sí que no es justo! Lo hecho, hecho está, ninguno de los dos quería hacerle daño, pero pasó y punto. —Creí adivinar cierto resentimiento en sus palabras.

—Vince, no es tan sencillo, yo no me siento bien, necesito hablar con ella, y dejar... lo que sea que *no* teníamos, era el primer paso.

Él tensó los labios mientras sus gélidos ojos insensibles me miraban.

Me dio algo de miedo, era la misma mirada que había visto en él cuando me había intentado ir del hospital y me lo había impedido. Era obvio que no estaba de acuerdo con mi decisión, y además, estaba dolido.

No podía decir que yo también las tuviese todas conmigo. Creía que era la mejor opción para arreglar lo de Jen y limpiar un poco mi conciencia, pero no creía que fuese lo más conveniente

para mí alejarme de él. Lo echaba mucho de menos, y en ese momento tenía ganas de ir a abrazarlo. Con la cara de demonio que tenía y todo, me daba igual, quería tranquilizarlo y explicarle que era lo mejor para todos.

No me dio tiempo, pues el jefe entró otra vez en el almacén con un sobre en las manos, aunque si hubiese tardado un minuto más, probablemente nos hubiese cogido besándonos, o como mínimo, a mí pegada a su cuello llorando.

—¿Pasa algo? Los dos tenéis mala cara.

Vince ni siquiera lo miró cuando el señor López dijo aquello, seguía mirándome a mí como una estatua de cera, con los ojos penetrantes y serios.

—No esperábamos vernos, eso es todo —dije yo, rompiendo el silencio, mientras sonreía al señor López.

Creo que entendió de qué iba la cosa entre nosotros, o al menos, que había habido algo entre los dos, pues nos dedicó una mirada significativa y después asintió.

—Bueno, pues aquí tienes tu dinero, espero que te vaya todo muy bien haz lo que hagas. Si vuelves por aquí, ya sabes dónde estamos. —Me ofreció su mano amablemente y yo la estreché mientras le daba las gracias.

Vince por fin se movió, hizo como si no estuviera allí, y siguió ordenando bebidas sin mirarme siquiera de reojo.

Se me había hecho un nudo en la garganta con ese encuentro, hacía días que no nos veíamos y habíamos tenido una conversación demasiado densa para tan poco tiempo. Sentía la necesidad de ir a darle explicaciones, la noche que lo había echado del hotel yo estaba con los nervios a flor de piel y sabía que se merecía una disculpa por ello. Él no había tenido la culpa de lo de Jen, yo había sido la que lo había besado en plena calle y después le había seguido el juego en su casa, pero con el señor López delante, no iba a ponerme a hablar con él.

*Vince*

**M**uy bien, tenía que salir de esta. Seguiría el consejo de Leo a pies juntillas.

Ella no podía ser el eje de mi vida. Me negaba el rotundo.

Apenas comía, apenas dormía, apenas podía pensar con claridad, siempre pendiente de ese estúpido móvil.

«¡Deja de pensar en ella, arrastrado!», me dijo mi conciencia.

Y era cierto, por mucho que me doliese.

No estaba acostumbrado a sentir esto, a sentirme mal por nadie, y... ¡cómo dolía!

—Mira, no sé en qué diablos estás pensando muchacho, pero hoy no das una —me regañó el señor López—. ¿No tendrás resaca otra vez?

Emulé una mueca de desagrado por mí mismo. Él tenía razón: no daba una. Hacía dos días que había llegado con algo de resaca después de haber vuelto a beber en mi día libre... Y no pensaba volver a hacerlo. Me había pasado todo el tiempo muerto de sueño, muy mareado y con un cansancio increíble.

—No, señor. Lo siento mucho.

—No lo sientas, trabaja mejor y más rápido.

—Sí, señor, lo haré.

No sé para qué dije aquello, pues justo después quebré un vaso.

—¡Por el amor de Dios! Lárgate de aquí a tomar el aire antes de que me arruines el negocio —dijo mi jefe al borde del colapso, señalándome con un dedo la puerta.

Dejé la bandeja sobre la madera, junto con los cristales del vaso y la bayeta que acababa de coger para limpiarlos. Me quité el delantal y lo dejé también ahí, sobre la barra.

Comencé a arrastrar los pies por toda la ciudad, sin rumbo fijo, y llegué sin querer al Templo de Diana. Los ojos se me humedecieron, recordando el día que había visto allí a Brenda, justo después de que la muy loca se escapara del hospital.

Tenía que dejar de pensar en ella, como fuese, pero allí era imposible. A lo mejor no era Brenda la que se iba a ir de la ciudad, sino yo.

Justo cuando ese pensamiento tajante cruzó mi mente, vi a la rubia por la que estaba en esa situación comiéndose una rosquilla y leyendo un periódico.

No podría describir el maleficio que escenificó mi imaginación para ella, arrojándole todas las maldiciones que era capaz de articular y más. Ahí estaba, en la esquina de una calle, apuntocada en la pared como si esperara a alguien.

¿Por qué había tenido que entrar en mi casa cuando estaba con Brenda?

«No seas crío. La culpa es tuya y solo tuya. Tú quisiste jugar con las dos amigas, y este es el resultado».

Apreté los puños de pura rabia; era cierto, Jen no tenía la culpa de nada, había sido otra de mis víctimas. Yo no había querido hacerle nada malo, pero tampoco había pensado en las consecuencias de todo ese jueguito que me había traído con ellas.

Estaba a punto de ir hacia ella, a quebrantar la promesa que le había hecho a Leo sobre no buscarla más, sobre dejarlo pasar. Quería pedirle por favor que hablara con Brenda y la perdonara aunque fuese a ella —a mí me daba un poco igual, la verdad—. No tenía ni idea de si la habían despedido del hotel donde trabajaba o no, pues por la hora, debería estar trabajando de recepcionista. Pero, antes de que ella siquiera advirtiera mi presencia, me fui de allí; decidí que era mejor no rizar más el rizo.

*Brenda*

No tenía ni idea de por qué estaba allí, pero así era. Quizás fuera el hecho de que no tuviera nada mejor que hacer. Había pasado las últimas tres semanas buscando trabajo pero eso no era lo mismo sin Jen, y no había tenido tampoco mucha suerte. Hacía como dos meses que no sabía nada de él, de mi tío Salvador. Me había requerido y yo no había sido capaz de decirle que no cuando me había llamado por teléfono. Así que le había dado razón de mi paradero y ahí estaba esperándolo, en la puerta de la cafetería donde habíamos quedado.

Probablemente viniese a pedirme todo el dinero que él y mi tía habían gastado en mí toda mi vida. O a expulsarme de la familia oficialmente, como habían hecho con mis padres.

—Brenda —dijo alguien a mi espalda.

Mi corazón empezó a acelerarse, a palpar como loco dentro de mi pecho.

Noté cómo la sangre se me iba del rostro cuando puso una mano en mi hombro. No me atrevía a encararlo, y ya me estaba arrepintiendo de haber descolgado mi móvil dos días atrás.

—Hola, tío Salvador.

De repente, sus manos me giraron de los hombros y me vi envuelta en un gran abrazo.

Estaba tan asustada que apenas podía respirar. No habíamos dicho nada más, pero me daba miedo romper el momento, por lo que me pudiese decir.

No tuve que decidirlo yo, él se separó de mí antes de que moviese una ceja; su gesto se tornó preocupado.

—Has adelgazado —me dijo, escudriñándome de arriba abajo sin que su cara mudara la expresión.

Me sentí como cuando tenía diez años y él me examinaba después de venir del parque o de algún sitio a ver si me había hecho alguna herida. Por supuesto, eso era antes de que naciera Amelia.

—Me dijiste que querías hablar —comenté con un hilo de voz, tragando saliva—. ¿De qué se trata?

Que me viese más delgada o más gorda no me importaba, sino lo que pensarán mi tía y él de todo lo que había hecho.

—Sí, desde luego que tenemos que hablar. —Se puso serio, como si fuese obvio.

Me instó con una mano a entrar en la cafetería, y eso hice, sin replicarle, cuando ponía esa cara no me atrevía a decirle que no.

—¿Tienes idea del mal trago que nos has hecho pasar? —me reprochó, cruzándose los brazos sobre el pecho justo después de sentarse.

Algo se movió dentro de mí, haciendo que dejara mi malestar por su presencia a un lado.

—Tampoco es que me hayáis llamado todos los días... —No quería sonar demasiado desagradable, pero me salió del alma la indignación que sentía. Si algo me había enseñado mi

escapadita, era que ellos no se habían preocupado mucho por mí.

—Tienes veinticinco años y eres una chica muy guapa, no sabíamos si tenías algún romance del que no nos habías hablado por ahí escondido...

—Como mi madre cuando conoció a mi padre, ¿no?

Lo miré alzando las cejas, dando en el clavo, justo eso estaba pensando sobre mí.

Él se quedó con la boca abierta.

—No quería decir eso.

—Sí querías, tío. Siempre andáis comparándome con ella, y no es justo. Me criasteis vosotros, llevo sus genes, pero la educación la recibí en vuestra casa —me envalentoné sin saber cómo—. A lo mejor por eso no habéis tenido noticias mías desde hace tiempo, pues vosotros tampoco habéis intentado contactar conmigo.

—Tu tía y yo siempre nos hemos preocupado por ti.

—No desde que tengo «hermanitos» —señalé, toda rencorosa.

—Los niños demandan mucha atención, ya lo sabrás cuando seas madre.

—Los niños de uno demandan mucha atención, estoy de acuerdo, los sobrinos no —zanjé, a punto de echarme a llorar.

Él cogió una gran bocanada de aire y la soltó lentamente.

—Reconozco que pudimos dar la impresión de te dejamos un poco de lado cuando tu prima nació, pero no estamos hablando de eso.

Cierto, esas heridas eran muy antiguas, ahora debía enfrentarme a otras más recientes.

—Vale, pues sí, me escapé, porque ya no aguantaba más en vuestra casa, me sentía una extraña y no veía por qué alargar lo inminente.

—¡Nunca te hubiésemos pedido que te fueras! —me cortó, con la cara desencajada, como si lo que sugería fuera una barbaridad.

—¡Pero tampoco que me quedara!

—Brenda, he venido aquí para pedirte que vuelvas. Sé que no estás en un momento boyante. He visto tus cuentas y cada vez van más bajas, se acercan peligrosamente a los números rojos.

—Encontré un empleo, pero lo he dejado. Puedo encontrar otro —repliqué, sin rechazar su oferta abiertamente.

—Pero no tienes necesidad.

—Os devolveré todo el dinero, de verdad. No quiero nada vuestro, bastante hicisteis al acogerme en vuestro hogar cuando era un bebé.

—¡No me estás escuchando! Te estoy diciendo que vuelvas a casa.

—¡Esa no es mi casa! Y conociendo a la tía Miranda, no sé qué haces tú aquí, estará más que enfadada conmigo, tanto, que no sé cómo te ha dejado venir a verme.

—Ella no sabe que estoy aquí. Pero, de igual modo, si vuelves no te va a echar, eres como nuestra hija.

Para mi consternación, mis ojos se volvieron irritantemente vidriosos. No quería reflejar la fragilidad que me envolvía en ese momento.

—¡No digas eso! Yo no tengo familia, bueno sí, dos padres yonquis que se pasan la vida drogándose —dije, al borde del llanto.

Mi tío parecía cansado, y bastante apenado.

—Lo siento Brenda, de verdad. —Su rostro se adivinaba arrepentido.

Me calmé.

—Ya no vale de nada. Pero, de todos modos, no estoy enfadada por eso. Es normal que queráis

más a vuestros hijos biológicos que a mí.

—No, quizás no valga de nada, pero, aunque no te lo creas, yo te quiero muchísimo.

Sé que soy estúpida, pues me enternecí y no pude más; me puse a derramar lágrimas a diestro y siniestro. Yo también quería a mi tío Salvador, pese a todo lo que había pasado y lo dolida que me encontraba.

—No voy a volver, y no hay más que hablar —sollocé decidida, después de apartarme unas cuantas lágrimas con las manos.

Mi tío bajó los párpados, triste.

Ese día estaba siendo muy raro, sin lugar a dudas, pero el punto álgido de esa extrañeza se vio enmarcado por aparición de Jen.

Me quedé con los ojos como platos mirando la llamada entrante en mi teléfono móvil.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi tío al ver mi cara.

—Es Jen... —murmuré sin darme cuenta.

—¿Tu amiga, la inglesa? Esa buena pieza —gruñó por lo bajo—. Por ella estamos en esta situación, estoy casi seguro.

Esas palabras me sacaron de mi embotamiento. Dirigí mi mirada del móvil a él.

—¡No metas a Jen en esto! Ella ha sido mucha más familia para mí que vosotros.

El tío suspiró, frustrado. No le hice caso, ahí me lo dejé mientras salía a la calle a contestar a la llamada.

—¡Jen! —descolgué, como una desesperada.

Hubo unos instantes de silencio al otro lado del auricular.

—Brenda... No sé muy bien por qué estoy haciendo esto... pero tengo que hablar contigo sobre «él» antes de que cometas el mismo error que yo.

Aferré el teléfono con todas mis fuerzas, dejando de respirar.

Sí, el día era realmente raro.



*Brenda*

Ya sabes cómo es él —terminó Jen.

—Gracias... por avisarme —murmuré.

Ella colgó, sin despedirse siquiera.

Me había contado básicamente todo lo que él le había dicho de mí. Todo lo que le había dicho a ella, aunque debía admitir, que no había pronunciado las palabras mágicas —te quiero— para referirse a ella. Entre otras cosas, por eso, Jen estaba convencida de que Vince había jugado con ella.

A mí tampoco me lo había dicho nunca, y sin que ella supiera ese hecho, también había vaticinado un engaño por parte de él. Porque me veía algo con lo que experimentar por su vocación frustrada de psicólogo.

Probablemente fuese cierto, yo no tenía experiencia con los chicos, Jen sí. Además, Vince no me había dado buena espina desde el principio.

Le agradecía la molestia de haberme llamado para ponerme en alerta. Según ella, me lo debía por todo el dinero que había invertido en nuestra huida.

A mí me daba igual lo del dinero, lo importante era que se había abierto un rayo de esperanza en nuestra amistad; esa llamada podría ser la primera de muchas, y con el tiempo, de un perdón sincero.

Aunque lo mismo que se veía luz al final del túnel para mi amistad con Jen, se iba lo poco que podría haber entre Vince y yo. No podía negarlo, me gustaba mucho, lo quería, era muy importante para mí, pero Jen tenía razón: se había reído de nosotras. Si la que le gustaba realmente era yo, debería haber sido sincero con Jen. Sin embargo, no lo había hecho. ¿O simplemente me había utilizado a mí esa noche para pasar el rato en ausencia de Jen? No me lo había parecido, pero en fin, como he dicho, no tenía ni idea de chicos.

Las lágrimas resbalaron por mi mejilla, llegando hasta la mano donde tenía el teléfono, que todavía mantenía pegado a la oreja. Me había quedado así, en esa posición, petrificada con la idea que se había abierto paso en mi mente: ¿cómo había podido ser tan estúpida? Vince no había querido a ninguna de las dos.

—¿Hay algún problema? —La voz de mi tío me devolvió al mundo lleno de coches y bocinas que tenía delante.

—No, ninguno. —«Solo que mi mundo se acababa de derrumbar estando ya en cimientos»—. ¿Has pagado la cuenta?

Él asintió, deseando indagar sobre el tema que me tenía así.

Comencé a rebuscar en mi bolso el monedero.

—Ni se te ocurra, invito yo.

—Vale, como quieras —acepté, sin ninguna gana de discutir. En otro momento le hubiese insistido, pero no me apetecía enzarzarme en una disputa por pagar un par de euros.

El tío me cedió un brazo.

—¿Podríamos dar un paseo?

Tenía un rostro extraño, estaba como nervioso.

Le cogí el brazo y comenzamos a caminar.

—Probablemente sea yo la que tenga que preguntar qué es lo que pasa.

Él suspiró cabizbajo.

—No es fácil decirte esto.

Su frente empezó a sudar.

—Tío, me estás asustando —le espeté algo intranquila, cuando el tío sudaba era por algo.

—Tus padres... han vuelto y...

—Han pedido dinero —afirmé, sabiendo lo que venía ahora—. Y la tía los ha echado a la calle.

—En realidad, han pedido dinero, pero no es para lo que tú crees. Tu madre... necesita ayuda, ha empeorado de su adicción. Ha estado en el hospital dos semanas, recuperándose de su última recaída, casi muere por sobredosis y tu padre se ha asustado tanto que quiere sacarla de eso.

Me quedé parada en el sitio.

Hablar de mi madre era como hablar de una extraña. No la quería como tal, tampoco me preocupaba como debería, pero, sin embargo, algo se movió dentro de mí, conmoviéndome hasta el extremo.

—No, no llores. Todo está bien. Yo les he dejado el dinero, a escondidas de tu tía, por supuesto. Miranda me había prohibido decirte nada, pero creí que debías saberlo, al fin y al cabo son tus padres.

Suspiré, de puro alivio.

—Entonces, ¿ella está bien?

Salvador asintió, dándome una palmada en el brazo.

—Y creo que esta vez van a conseguirlo, van a salir de esto.

—Yo te devolveré el dinero que gastes en ellos, de verdad, dame un poco de tiempo.

—No me fustigues más con el tema del dinero, Brenda. Lo hago porque quiero, incluso pienso que si Miranda hubiese sido más condescendiente con ellos, no estarían como están. Así que es lo mínimo que puedo hacer por ti y por ellos.

Abracé a mi tío en el acto, llorando desconsoladamente.

—Muchas gracias.

Lo necesitaba. No sabía si él me rechazaría o no, pero es que no podía aguantarme más; ese hombre había sido como mi padre mucho tiempo, pese a desplazarme a un segundo plano cuando habían nacido sus hijos. Y ahora, además, me ayudaba con mis padres biológicos sin tener que hacerlo. Mi verdadera madre era su cuñada y mi padre no le tocaba nada; lo más lógico era que fuera mi tía la que hubiese intercedido por su hermana, y no su marido.

—Oh, cariño..., cómo me encantaría hacer algo más por ti, de verdad. —Me estrechó entre sus brazos.

—Ya haces más de lo que debes, tío.

Vince

Lo llevaba bien, mejor, estaba todo controlado.

Después de un mes sin verla, tenía, por fin, una nueva cita. Hasta mi amigo Leo me había felicitado; estaba contentísimo por mí y por que hubiese dado el paso.

¿De dónde la había sacado? ¡Pues de Internet! También estaba más relajado en el bar, y el señor López no me tenía entre ceja y ceja.

Nerea, que así se llamaba mi cita, me esperaba en el parque del centro. La reconocería por un pañuelo azul marino atado al cuello.

Allí estaba, mirando la hora en su reloj. Realmente la descripción que me había dado no le hacía justicia alguna: ojos claros, morena, de piel blanca, pelo largo hasta la cintura, curvas... insinuantes, alta y guapa.

Ella me reconoció al instante también. Sus ojos cristalinos me sonrieron en cuanto se cruzaron con los míos.

Se dirigió hacia mí y yo hice lo mismo, encontrándonos a medio camino.

—El misterioso Vince, supongo. —Me dedicó una sonrisa resplandeciente.

—El mismo. —Yo también le sonreí, bastante zalamero—. ¿Un café?

Ella asintió, muy segura de sí misma, tanto, que me hubiese gustado ver algún indicio de inocencia o algo así. Pero de inocente no creía que tuviera nada.

«Lo que buscas es a Brenda, su inseguridad graciosa y adorable, junto con sus desdenes hacia tu persona. Pero no la encontrarás en ella, pues, seguramente, nunca sucumbiría a Internet», me explicó mi conciencia, dando en el clavo en todo, y casi consiguió que me aborreciera a mí mismo.

La chica era bastante interesante, pero, no sabía por qué, no terminaba de convencerme.

—¿Qué te tiene ausente? —preguntó ella a la vez que entrecerraba los ojos. Bebió un sorbo de su *gintonic*, el café hacía rato que se lo había liquidado.

Carraspeé, algo nervioso.

—No sé por qué dices eso. —Desvié la vista de ella, bebiendo yo también otro sorbo, pero de café.

Ella esbozó media sonrisa, algo irónica.

—No me hagas reír, por favor. Es obvio que tienes la cabeza en otra parte, o más bien, en otra persona. —Ladeó su vaso lleno de cubitos a medio beber delante de mis narices, apuntando inquisitivamente con los ojos hacia mí.

—No sé de qué me hablas, estoy aquí, contigo —concluí, me estaba molestando.

Nerea volvió a sonreír, algo arrogante.

—Déjame adivinar. Ella te dejó, pero te sigue teniendo loquito, tanto, que ahora intentas suplir su compañía con la mía. Bueno, con la mía o con la de cualquier otra que se digne a quedar contigo. Pero, ella es tan importante para ti, que ni evadiéndote consigues olvidarla. —Abrió los ojos y arqueó las cejas, contemplándome—. ¿Acierto?

Tuve que cerrar la boca por el impacto de esa bofetada muda.

Claro que acertaba, ¿tan transparente era o qué?

—No sé de qué me hablas —insistí, negando ferozmente.

Y, aunque había sonado muy borde, ella volvió a dedicarme otra sonrisa. Dejó el vaso en la mesa, se cruzó de piernas, apoyó su espalda contra el respaldo de la silla y me volvió a mirar.

—Vamos a jugar a un juego. El juego del «Y si... ».

Entorné los ojos.

—No quiero jugar a nada.

Ella pasó descaradamente de mi comentario.

—Y si no la hubieras conocido, ¿qué crees que hubiese pasado?

Compuse una mueca.

—Pues que seguro que ahora me iría mejor de lo que me va.

Vince

—¡No me puedo creer que te acostaras con la amiga! —gritó Nerea con los ojos de par en par.

—No, no, no. Me acosté con «ella», con la que quería, a Jen apenas la toqué, un par de besitos y poco más.

—¿Fuiste tan caballero como para eso? —me acusó socarronamente.

—Pues sí, Jen quería más, fui yo el que le dijo de ir más despacio.

—¡Qué detalle! —comentó sarcástica—. Has hecho que la pobre pensara que eras el príncipe azul.

—¡Oye! —objeté—. Que no la engañé, me gustaba...

—¡Eres un cabronazo!

—¡Eh! Estás intentando ayudarme, no hundirme más en el fango. Me habías dicho que no te ibas a posicionar a favor de ninguna parte, que ibas a ser objetiva.

—Se me quitan las ganas de ayudarte, la verdad. Y es difícil no decantarse por ningún bando. —Nerea bebió otro sorbo de *gintonic*, el segundo de la tarde.

Yo también me había pedido otro para acompañarla.

Suspiré. Mi único día libre y lo estaba malgastando en beber con una desconocida que me juzgaba de mala manera.

—Vale, ya sé lo que estás pensando.

—No, no creo que tengas una mínima idea de lo que pienso de ti.

La miré suplicante.

—Por favor, centrémonos en Brenda, ya veré qué hago con Jen.

—Pero si ni siquiera te importa esa pobre chica. Te acercaste a ella para estar más cerca de la otra.

—¡Sí me importa! Pero... menos que Brenda —comenté, algo avergonzado.

No tenía ni la menor idea de por qué había acabado contándole mi vida. ¡Era una extraña! Y yo un pelele entre sus redes de juegos y psicología, ¿quién me lo iba a decir a mí?

«Se veía venir, caes en tus propias trampas, nenaza. El cazador cazado, psicólogo de pacotilla que no ha estudiado en su vida más que un par de artículos sobre ello», me regañó mi cerebro, y yo quise que me fulminara un rayo. Era verdad, Nerea era la psicóloga, pero quiero decir de verdad, que había estudiado una carrera para ello y no como yo, que había leído miles de cosas, pero que al fin y al cabo era un camarero como otro cualquiera.

—Mira, para que ella te perdone, tienes que conseguir que Jen te perdone a ti primero. Y no te lo digo como psicóloga, te lo digo como persona que tiene dos dedos de frente.

Hice una mueca.

—Pues vaya consejo es ese, nunca sucederá tal cosa.

Casi que prefería hacerle caso a Leo; sus consejos me parecían infinitamente mejor.

Ella se encogió de hombros, indiferente.

—Pues así te quedarás como estás.

Volví a suspirar.

—No quiero seguir como estoy, la quiero a ella.

—Y ella quiere a su amiga, no sé por qué no ves la lógica. Se siente culpable porque eras el novio de su amiga y porque ella valora mucho su amistad, más incluso de lo que pueda tener contigo. Así que, para que todo esté bien...

—Jen tiene que estar bien.

Nerea asintió.

Y yo apoyé la cabeza, algo mareada por el cubata, sobre la mesa.

—Entonces voy listo. No creo que Jen quiera volver a verme, ni aunque le dé un millón de explicaciones para justificar mi comportamiento.

Ella hizo un cruce de piernas y me miró, toda justiciera.

—¿Y no te has replanteado olvidar a esas pobres chicas y dejarlas vivir?

Giré los ojos sobre las órbitas.

—Qué suerte la mía, he dado con una feminista empedernida —mascullé entre dientes.

—No soy una feminista empedernida, pero no he conocido chico más cabrón que tú.

—¡Vale, soy lo peor que ha parido madre! ¿Contenta? —Me levanté de la mesa indignado a más no poder por su acribillamiento.

Ella sonrió, satisfecha.

—Desde luego que sí. El primer paso es reconocerlo. Ahora te voy a dar un par de consejos que creo que son apropiados, pero nadie puede decir que sean fructíferos, así que no esperes un elixir milagroso de mis palabras.

Supongo que me conformaba con eso, así que volví a tomar asiento y la escuché atentamente.

*Brenda*

Quería darme la vuelta desesperadamente, pero la mano de mi tío me tenía presa, él era el que tiraba de mí y hacía que caminara. ¿Hacia dónde? Hacia mi destino.

Me quedé como una estatua en cuestión de milésimas de segundo. No esperaba verlo en la sala de espera. Con unas chanclas algo desgastadas, unos pantalones con unos cuantos agujeros, una camisa de cuadros un tanto pasada, y un pelo de idéntico color que el mío, pero enredado y sucio entre unas rastas largas y despeinadas, estaba él; mi padre, el de verdad, el que, por fortuna o por desgracia, me había dado la vida.

Acababa de sacar un vaso de una de las máquinas de café rápido, cuando reparó en mí.

Sus ojos color turquesa se quedaron tan petrificados como yo estaba en ese instante. Incluso se le cayó la cucharita de plástico que había sacado junto al vaso del mismo material de la máquina expendedora.

Mi tío Salvador se agachó para recogerla. Le llevaba unos cuantos años a mi padre, pero se movía con más agilidad que él. Además, se conservaba mejor. Mucho mejor. Eran tan diferentes que parecía mentira que me encontrara entre mis dos figuras paternas.

Rubén era mi padre biológico, con una figurilla enclenque y casi huesuda, unas arruguitas en el rostro, que parecían indicar más edad de la que tenía, y unos dientes más que amarillentos, era totalmente lo contrario a mi tío Salvador; de corpulencia más bien grande, con entradas, pero con una piel casi tersa, y un gusto elegante hasta en los calcetines a la hora de vestir.

—Brenda... —murmuró. Después desvió los ojos hasta mi tío—. ¿Por qué se lo has dicho? — Parecía algo indignado.

—Rubén, ella es vuestra hija, ¡debía saberlo! —exclamó mi tío, casi tan histérico como se estaba poniendo mi padre.

—¡Dijiste que nos ayudarías! —Los ojos verde agua de Rubén centellearon.

—¡Y eso hago!

—¡Ella le tiene fobia a los hospitales!

Sí, y ellos no me estaban ayudando en nada a superarla.

Obligué a mi rígido cuerpo a que se moviera. Cogí de un brazo a mi tío y miré a mi padre.

—Ya basta, nos están mirando todos —susurré, observando de reojo a toda la sala de espera.

Rubén pareció relajarse, aunque la vena de su cuello parecía que iba a estallar.

—Quiero verla —murmuré para el asombro de todos, incluida de mí misma.

Me vi observada por dos pares de ojos atónitos.

—No sé si es buena idea —dijo el que era mi padre a efectos prácticos—. Quizás sea un shock para ti verla en ese estado.

—No, tío, quiero verla, de verdad.

—Deberías hacerle caso a Salvador, ella... no tiene buen aspecto.

Clavé mis ojos en ese que no me había tratado como a una hija en su vida.

—Me da igual. Es mi madre, ¿no? Creo que soy mayor para decidirlo, y tengo derecho a verla.

Mi padre empezó a ponerse nervioso, desviando la vista de mí una vez más.

—Pero quizás ella no quiera verte a ti.

Sentí cómo se clavaba un puñal invisible en mi pecho.

No había pensado en esa posibilidad antes de llegar a ese lugar.

El tío me había convencido para ir a visitarlos, pues nunca se habían visto en una tan fea como esa. Casi había abogado porque me diese un teléfono de contacto o algo antes que venir al hospital a encontrarme con ellos, pero me había parecido una forma demasiado fría de enfrentarme a la realidad; a que tenía dos padres yonquis que no sabían cuidar de sí mismos y que necesitarían a su única hija a su lado en esos momentos.

—Podrías avisarla de que Brenda está aquí —sugirió mi tío.

—Ahora está más tranquila que días anteriores. No creo que sea...buena idea. —Rubén se dignó a mirarme de nuevo, algo apenado, como disculpándose.

Tragué saliva, incómoda.

—Pero... —comenzó mi tío.

—No, no pasa nada —lo corté—. No ha sido buena idea, vámonos.

Mi tío me observó resignado, él quería hacer lo correcto, enmendar de alguna manera el error que había cometido mi tía Miranda con mis padres y conmigo. Pero, la pura verdad era que, quizás, tal error no existiese. Cada uno era dueño de su destino.

Mi tía Miranda siempre había querido a su hermana pequeña, Natalia, mi madre. Ella nunca le había hecho caso, y desde que se quedaran huérfanas, mi madre se había convertido en una rebelde sin causa. Por más que Miranda le dijera, nunca había seguido sus consejos, ahora era normal que mi tía pasara de ella y de todo lo que tuviese que ver con su vida; había sido su elección, ella misma se había echado la cuerda al cuello todos esos años. Aunque, por otro lado, la indiferencia de Miranda en una situación tan crítica asustaba alarmantemente. Ella no iba a venir a ver a mi madre, en cambio, mi tío estaba haciendo todo lo que podía por ella.

Me giré con Salvador en medio del pequeño pasillo, no pensaba volver más por aquel lugar. Si antes lo odiaba, ahora lo detestaba sobre todas las cosas.

—¡Brenda! —me llamó Rubén—. ¿Podríamos hablar un momento? Ya que estás aquí...

Volteé la cabeza sobre mi hombro, sin atreverme a dar una respuesta, ¿cómo podría afectarme esa conversación con él?

Rubén me observaba, sin mover una pestaña, aguardando un «sí» o un «no».

Cerré los ojos, pensando que debía hacerlo alguna vez en mi vida, que si de pequeña había buscado muchas respuestas a muchas preguntas, aquel era el momento de descifrar los enigmas.

Asentí levemente, y él me dedicó una pequeña sonrisa.

El jardín que bordeaba el hospital me hubiese resultado apacible si no hubiese estado tan nerviosa. Mi padre y yo paseábamos uno al lado del otro, sin despegar la vista del césped, sin hablar.

Alguien tenía que empezar esa conversación padre-hija que se había aplazado en el tiempo durante tantos años.

Y fui yo la que dio el paso.

—Tú dirás... —comencé con un hilo de voz, no me salía más fuerte por mucho que yo quisiera.



—Te preguntará que por qué después de tanto tiempo quiero hablar contigo a solas cuando apenas lo hacía antes.

—Me estoy preguntando por qué nunca hemos tenido una conversación decente, más bien. Una en la que el dinero no estuviese presente.

Él calló unos instantes.

—No voy a decirte que les pidas dinero a tus tíos, puedes estar tranquila.

—Ya sé que no. El tío Salvador me ha dicho que os lo da gratis, a escondidas de Miranda. Lo estáis metiendo en un lío con su esposa.

Mientras yo seguía con la vista fija en el césped, andando poco a poco, sentí que Rubén se detenía, quedándose atrás. Después de dar unos pasos, yo también lo hice, pero no me atreví a encararlo.

—No tienes ni idea de lo que es vivir en este mundo. Todo el día dependiendo de la droga, esperando ver al camello para pedirle un gramo de lo que sea, las ansias devorándote cada fibra de tu piel porque necesitas más, y si no lo tienes, sientes que mueres.

Tragué saliva.

—No, no me lo imagino, y la verdad es que no quiero saber lo que se siente.

Mi voz sonaba mordaz, pero estaba temblando.

—Escucha, sé que ya no confías en mí, si alguna vez lo has hecho, que no he sido el padre que te merecías..., pero me gustaría pedirte perdón.

—Me abandonaste. Tú y ella me abandonasteis, claro que no confío en vosotros.

La mano áspera de Rubén me cogió del brazo, haciendo que me girara hacia él.

Sus ojos a medio camino de ser dorados se clavaron en mí, serios.

—Eres lo único bueno que hemos hecho Natalia y yo desde que estamos juntos. No queríamos que te vieses envuelta en nuestros problemas, por eso te dimos a tus tíos. No hubiese sido un buen hogar para ti una casa de cartón, un puente, la entrada de un establecimiento cerrado, un cajero o cualquier cosa similar.

Mi garganta se quedó seca. Él seguía con su mano aferrando mi brazo. En otro momento, probablemente, ya la hubiese apartado de mí, pues a saber los gérmenes que llevaba incrustados en esa negrura que la envolvía, pero no podía, estaba paralizada.

—La droga pudo más que vuestro amor por mí —le recriminé, a punto de estallar en lágrimas.

Él aflojó su agarre.

—Sé que suena difícil de creer, pero te queríamos. Y detestábamos que te criaras lejos de nosotros, es solo que... ¡teníamos que salvarte de todo aquello que nos consumía! Fue un milagro que estuvieses bien. Al principio, pensábamos que nacerías con algún problema, Natalia no lo llevo nada bien en el embarazo, eso de no tomar nada de... bueno, de eso, se ponía histérica. Fumaba a escondidas cuando tu tía no la veía, tomaba pastillas, tranquilizantes o cualquier cosa que podía robarle para apagar su ansiedad.

Mi cuerpo se convirtió en hielo. No sabía nada de eso. A lo mejor esa locura mía por la limpieza no había sido obra y gracia de mi tía, sino que mis genes ya habían venido así de fábrica por alguna anomalía extraña.

—¿Y por qué quieres que te perdone ahora por no haber estado conmigo?

—Porque el susto que me he llevado con Natalia se asemeja al que me llevé contigo cuando naciste. Creí que te perdía, el parto fue horrible para todos. Y ahora casi pierdo a tu madre. Quería que supieras lo mucho que te quiero, y además, implorar tu perdón por haberte fallado. Me

arrepiento de no haber tomado esta decisión antes: me voy a desintoxicar, voy a salir de esto, y tengo la esperanza de reparar mi error alguna vez.

—«Tu error», como tú lo llamas, no es uno, sino muchos; uno detrás de otro. Y no se pueden olvidar así —chasquéé los dedos—, no se esfuman y se acabó. —Mi voz terminó de romperse, había empezado a llorar amargamente, pero, aun así, había dicho lo que tenía dentro.

Rubén miró al suelo, derrotado.

—Supongo que es pedirte demasiado.

—¡Sí, lo es! —alcé la voz, quitándome las lágrimas con los puños de las manos—. Y no tienes derecho ninguno.

Eché a andar, deprisa. No podía continuar con aquella conversación. ¿A qué venía ahora ese amor paternal cuando nunca lo había demostrado ni por asomo? ¿Que se arrepentía? ¿Y a mí de qué me valía eso ya?

Mi padre había sido Salvador, y con él tenía que haberse disculpado antes que conmigo, pues él había sido el que me había criado, quien se había preocupado por mí cuando estaba enferma, quien me había alimentado y vestido todos estos años.

¡Maldita sea! Incluso a la tía Miranda debía rendirle respetos, sin ella, probablemente me hubiese criado en una calle, en un basurero, o quizás en un orfanato.

No me di cuenta de que corría hasta que mi tío Salvador me llamó. Se había quedado esperándome en la puerta del hospital, tomándose un café de máquina.

No le hice caso. No podía, tenía que huir de allí desesperadamente.

Crucé las calles de la ciudad como una autómatas. Hice que dos conductores se detuvieran, dando un horrible frenazo. Pero lo peor de todo no fue eso, sino que mi vida pasó a través de mis ojos cuando vi que un autobús venía directamente hacia mí.

Estaba a pocos metros, y yo, paralizada por la impresión, en medio de la calle. Mis pies no se dignaban a correr y mi cerebro, aún estancado en la conversación con Rubén, no les exigía que se movieran.

Cerré los ojos mientras me ponía las manos en la cara, esperando el final. Solo que ese final tendría que esperar, algo me embistió apartándome de la trayectoria del auto y me tiró al suelo, y no era ningún coche, de eso estaba segura.

Cuando pude abrir los ojos, me di cuenta de que no estaba muerta, sino sobre la acera, con mi cuerpo protegido por otro cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó una voz preocupada.

Dirigí mis ojos hacia ese sonido, para ver que el dueño era un chico joven, como yo.

Asentí con la cabeza, aún sorprendida por el impacto de la escena.

Estaba de una pieza, y casi no podía creerlo.

Él se levantó y me ayudó a ponerme en pie.

—¿De verdad que estás bien? —Me escaneó una vez más, sin creerse del todo que hubiese salido ilesa.

Volví a asentir.

—Pero no llores, podría haber sido peor. —Su mirada me observaba dulcemente.

¿Llorar? Me eché las manos a la cara. Sí, estaba llorando a lágrima viva sin darme cuenta.

—¿Dónde vives? ¿Te acompaño a casa? —se ofreció él, muy amable.

Yo estaba paralizada, no me salían las palabras. Así que, volví a asentir.

—Tranquilo, no ha pasado nada, puede seguir, jefe —le dijo al conductor de autobuses, que se había bajado sin que yo lo percibiese y me contemplaba, junto a otros tantos pasajeros, con los

ojos dilatados. En ese momento me di cuenta de lo increíblemente guapo que era —rubio, ojos verdes, alto, esbelto, bien vestido; lo que se puede decir un bombón—, y también me sentí segura con él.

—La chica está bien, yo me encargo de ella, la voy a llevar a su casa —siguió diciendo. Dijo adiós con la mano y volvió a poner sus ojazos en mí—. El hospital está cerca, ¿te gustaría que te echaran un vistazo? —Me señaló el brazo.

Tenía unos cuantos rasguños; en las piernas también.

Negué efusivamente.

—No, un hospital no, por favor.

Él sonrió.

—Vale, hospitales no. ¿Una farmacia y te curamos esas heridas?

Su voz era angelical, tanto, que me hacía estar en calma y olvidarme de todo. Ni siquiera me preocupé por decirle al tío Salvador que estaba bien, y eso que lo había dejado plantado frente a una máquina de café.

—No hace falta, la farmacia la tengo en casa.

Recordé involuntariamente las palabras de Jen y los ojos empezaron a escocerme otra vez, pero no quería llorar más. ¡Me había librado de un atropello! ¿Quién tenía tanta suerte como yo después de cruzar tres carriles con un semáforo en rojo como una suicida?

—Sé que no es asunto mío, pero... ¿por qué has atravesado una carretera con vehículos en marcha?

Tal como él lo planteaba, la pregunta tenía gracia.

Sonreí sin quererlo, por lo ridículo que parecía, aunque estaba lejos de serlo; me había jugado la vida.

—Mis padres.

Emitió un silbido

—¡Estos padres! ¡Cómo son, ya hacen que uno se tire a un camión y todo! —bromeó.

Pese a las circunstancias, y a estar temblando como una hoja sin ser consciente de todo, solté una carcajada.

—Me llamo Brenda. —Le ofrecí mi mano, prefería conocer su nombre que seguir hablando de mis progenitores.

—Tomás. —Me la cogió y la estrechó entre la suya—. Aunque puedes llamarme Tom.

—Yo prefiero que me llamen Bren.

—Oye, no todos los días se tiene el placer de conocer a una chica en apuros a la que puedas librar de un autobús en marcha, es un punto más para ganarse su confianza.

Solté otra carcajada.

—*Touchée*. Por cierto, muchas gracias por salvar a esta chica en apuros.

Tom hizo una reverencia, dejándome atónita.

—Cuando vos gustéis, *mademoiselle*, pero, si puede ser, la próxima vez que sea algo menos peligroso.

Hice una mueca, al estilo de Vince.

—No prometo nada, pero se intentará.

Los dos estallamos en risas. Y te puedo jurar, lector, que me sentía bien, aunque hubiese estado a punto de perder la vida, aunque esa misma tarde hubiese visto a mi padre y hubiese hablado con él. Tom hacía que todo eso quedara atrás, era como si el haber cruzado esa carretera hubiese

separado dos mundos: uno; el que dejaba atrás. Y otro; el venidero, el que hacía que me olvidara de todos y de todo lo que me hacía daño.

*Vince*

*L*eo había puesto el grito en el cielo cuando le había contado lo que Nerea me había aconsejado.

—Estás loco si vas a hacerle caso a esa belleza de ojos claros. Te pierden hasta las faldas que no te interesan —me había regañado.

Tal vez fuese cierto pero mi nueva cita, que al final había resultado ser de todo menos eso, me estaba echando un capote y tenía ganas de cogerlo al vuelo.

Así que... Vale, pedir disculpas a Jen, primer paso.

Iba a seguir las instrucciones de Nerea al dedillo. Y esa era la más difícil; llamar a la rubia.

Después de tres intentos fallidos, al final, al cuarto tono, contestó:

—¿Cómo te atreves, cabrón? —me increpó, hecha una furia. Me alegraba de no tenerla delante.

—Necesito hablar contigo —le dije conciliador.

—¡Pues yo no! —me gritó.

—Por favor, es importante —me apresuré a suplicar antes de que se le ocurriera colgarme.

—Importante era antes, lo que teníamos, más para mí que para ti. Pero eso hace ya tiempo que desapareció.

Recordé a Jen la vez que nos había dejado en la habitación del hotel a Brenda y a mí, y creo que seguía igual de enfadada que entonces.

—Quiero que sepas que fui yo quien hizo que Brenda se acercase a mí. Ella me odiaba y yo la... embauqué.

Ella resopló, irónica.

—Pues empiezas bien la conversación. ¿Para esto me has llamado? ¿Para hablarme de vuestra traición?

—¡No! Para decirte que yo soy el único culpable, que no tienes que romper una amistad de años con ella por esto.

Ella soltó una carcajada, burlona.

—Pensaría que ella te ha instado a hacer esto si no supiese que no estáis juntos.

¿Y cómo sabía Jen eso?, ¿habían hablado?

—¿Sabes dónde está? Ha dejado el hotel y no la encuentro.

—Mejor para ella.

Me entraron muchas ganas de asesinarla, pero me contuve y le hablé lo más educadamente que pude, comiéndome mi orgullo.

—Por favor, Jen, necesito hablar con ella también. ¿Habéis vuelto a ser amigas?

Si era así, el destino había hecho la mitad del trabajo, si las suposiciones de Nerea estaban en lo cierto, claro.

—Ni somos amigas ni sé dónde está. Hablé con ella hará como dos semanas y no he vuelto a saber nada.

—De acuerdo. De todos modos, piensa en lo que te he dicho: no merecéis romper una amistad tan larga por mí.

—No creo que sea algo de lo que debas preocuparte, pero gracias, supongo. —Sin más, colgó.

¡Maldita Nerea! Nada había salido como ella había dicho. No le volvería a hacer caso jamás.

«¿Perdona? Te dijo que te daba un consejo pero que sus palabras no eran seguridad de nada», objetó mi mente, y yo me tuve que morder la lengua porque era verdad.

Se me acababan las opciones y perdía a Brenda por momentos.

Se había cambiado de casa hacía poco, no contestaba a mis llamadas, no respondía a mis mensajes... ¡Aquello era un desastre!

«Olvídate de ella», me aconsejó la voz de la razón, pero me negaba a hacerlo.

—No mientras quede una pequeña esperanza de arreglar esto —murmuré; nunca había puesto tanto empeño en mi vida por algo y esa vez estaba poniendo todo de mi parte, costase lo que costase.

Aunque me hubiese gustado mover cielo y tierra para buscar por toda la ciudad, tenía que ponerme manos a la obra con mi nuevo trabajo. No, el señor López no me había despedido, pero sí había reducido mis horas, se acercaba el verano y la gente del barrio donde se encontraba el bar emigraba a lugares más cálidos, llenos de playas y costas urbanamente sobrepasadas de población. En un principio, incluso me había ampliado el horario, pero desde que Brenda se había ido, la cosa había ido menguando.

Así que ahora no me centraba en la clientela local, sino en los de fuera, a los que venían a ver las piedras; o sea, las ruinas romanas que aún quedaban en pie en la ciudad. Y para ellos los hoteles estaban disponibles. Y eso era yo, camarero en el céntrico hotel Rómulo and Remo Big Star.

No sé cómo levantaban tanta fascinación cuatro monumentos empolvados y viejos, pero así era.

«Porque lo tuyo nunca fue el arte, idiota. No sabes que estás ante los restos de una de las civilizaciones más grandes del mundo». Le fruncí el ceño a mi cerebro, contemplando el Templo de Diana. Probablemente mi subconsciente tuviese razón, y era un privilegiado por estar viendo esas... piedras milenarias. Pero a mí me daba igual todo aquello.

No había querido llegar aquí. Mis pies me habían arrastrado hacia ese lugar antes de llamar a Jen, tal vez mi cabeza hubiese regresado al momento de la catástrofe: allí había encontrado a Brenda justo después de que hubiese huido como una loca del hospital, después la había llevado a mi casa y... se había desatado toda la locura obseso-maníaco-persecutoria.

«Tienes todos los síntomas para ser un psicópata, te falta mirar su correo electrónico, controlar sus mensajes y ponerle una cámara oculta para que te encierren».

—¡Cállate! —le ordené a mi mente, aunque, viéndolo objetivamente, me estaba volviendo un poco loco.

Lancé la colilla de mi cigarro al suelo, la pisoteé, le dediqué una última mirada hastiada al templo y me fui de allí.

La vida era un asco, pero era más asquerosa todavía cuando se era camarero con trabajo doble, con miles de chicas riéndote las gracias mientras intentaban ligar contigo para que las invitaras a algo y que tú solo pensaras en la única de todas que no podías tener; en la más rara y maniática que te pudieses poner delante, pero a la vez la más enigmática y sorprendente.

«Por Dios, deja de compadecerte. Tienes a miles de *titis* revoloteando a tu alrededor», me escupió mi condenada mente.

«Como si fuera tan fácil», le contesté yo.

Llegué al hotel donde pasaría metido las siguientes horas del día, hasta que los clientes se hartaran de beber y comer en unas bonitas mesas de lujo.

Los compañeros no eran muy... amigables. Yo estaba acostumbrado a trabajar solo ya que ahora en el bar del señor López era el único camarero. Él se ocupaba de la cocina y la chica que había sustituido a Brenda siempre andaba distraída en sus cosas; de hecho, hacía muy poco allí.

En el hotel éramos seis chicos repartidos a lo largo de la barra kilométrica del restaurante.

Me di cuenta, más pronto que tarde, de que entre todos había una especie de rivalidad silenciosa; se miraban hoscamente los unos a los otros, como si tuviesen lanzallamas en los ojos dispuestos para ser utilizados en cuanto uno moviera una ceja sobre otro. Al parecer, al final del verano el encargado se quedaría con los dos que más le conviniera para el invierno. Y el salario era más que suculento para los afortunados elegidos.

A mí me daba igual, el señor López no me iba a despedir, al menos no por el momento, pero, si lo hacía, tampoco me importaba demasiado, estaba pensando en irme de allí y olvidar mi pasado en esa ciudad. Todavía no me había animado del todo a abandonar la vida que me ataba a ella, pues tenía una pequeña esperanza de poder arreglar todo el desastre que había causado con *mis chicas*, pero, después de la breve conversación que había mantenido con Jen, ese leve resquicio de esperanza se había esfumado casi por completo. Y si antes me había decantado por el optimismo, ahora la agonía hacía acto de presencia en mí. Me sentía como una embarazada con cambios de humor; a veces lo veía todo rosa y otras veces todo negro.

«Simplemente estás loco de verdad, no busques más explicaciones», insistió la voz de mi conciencia. Bufé, ¡qué asco!

Después de dos *guiris*, que hablaban fatal español, se me acercó un guaperas trajeado salido directamente del Olimpo griego. El tío era elegante hasta el extremo, parecía casi inhumano, incluso su cabeza parecía tener una aureola alrededor cuando la luz del jardín lo iluminaba de fondo.

«Menudo hotel de pedantes», dijo mi cerebro, y yo estuve de acuerdo con él.

—¿Le puedo ayudar en algo, señor? —pregunté educadamente, mientras me ponía las manos por detrás y emulaba una agradable sonrisa.

—Buenas tardes —dijo distraídamente, mientras miraba las botellas de licores que tenía sobre mi cabeza y sacaba su billetera de piel—. Por favor, póngame un licor de mora con alcohol y un licor de manzana.

—¿Con alcohol también?

El rubiales dudó, sin saber qué responderme.

—Pues... déjeme consultarlo un momento. —Sin decir nada más, cogió su elegante porte y se lo llevó lejos de mi vista.

Puse los ojos en blanco, ¡menuda tarde me esperaba entre estos pijos cubiertos de oro!

Pero todas las previsiones catastróficas que hubiese podido vaticinar para ese día, cayeron en saco roto cuando vi sus ojos color miel.

«¿Qué cojones hace ella aquí?».

—Cariño, no sé cómo quieres la bebida —le dijo el Adonis Griego.

Ella le sonrió, despreocupada, mientras se giraba hacia mí y su cara se descomponía por segundos, suponía que imitando a la mía.

Los dos nos quedamos con la boca abierta, con los ojos de par en par sin poder apartarlos del otro.

—¿Estás... bien? —pregunto Ojitos Verdes en tono preocupado.

Brenda no salía de su asombro y yo... tampoco.

Don Mucho Dinero posó la vista en mí, y enseguida captó que algo raro vibraba en el ambiente.

—¿Os conocéis? —preguntó, mirando a Brenda.

Alguno de los dos tenía que romper esa incómoda situación, así que carraspeé, obligando a mis rígidos músculos a que se movieran.

—Lo lamento, pero creía que era una... antigua amiga, siento si les he molestado —me disculpé muy cortésmente, haciendo una breve reverencia.

Prefería mentir que decir la verdad. No quería que Brenda le tuviese que dar explicaciones sobre mí a aquel tipo, fuese... quien fuese.

Era el segundo encuentro tenso que habíamos tenido desde que todo el revuelo de Jen había pasado, pero, a diferencia del anterior, ese había sido peor, en todos los sentidos.

La otra vez al menos había podido hablar con ella, pero ahora no podía hacer lo mismo. Primero; porque mi deber como camarero no me lo permitía. Segundo; porque ella estaba tiesa como un palo y aún más inquieta que cuando nos habíamos visto en el bar. Tercero; porque no sabía quién era él para ella. Podría ser su... ¿novio?

La sangre me hirvió con solo pensar en esa posibilidad, pero hice todo lo posible para calmarme.

Chico Guapo la cogió de la cintura y la instó a andar hacia mí.

—Pero ¿qué pasa? —volvió a preguntar, preocupado por ella, que no paraba de mirarme sin pestañear mientras venía hacia mí guiada como un robot.

De repente, Brenda pareció reaccionar, miró al tipo y tosió, algo cohibida.

—Me... me... me he quedado seca, me gustaría beber un vaso de agua.

Desvié la vista de ellos para coger una botella de agua y servirle un vaso.

Ella lo cogió temblando, bajo la mirada persecutoria e inquieta del Dios Olímpico.

Se lo bebió de un trago, dejándonos con la boca abierta a los dos.

—Si no te importa, voy a pedir una copa en vez de licor de manzana —inquirió, para el asombro del pijo y el mío, nunca la había visto beber nada así.

—Cla... claro, pide lo que quieras —balbució Figura de Guerrero Épico.

Se pidió un cóctel John Collins y el rubio la siguió con otro para él.

Creía que eso era demasiado potente para ella, pero no le dije nada.

Al cabo de dos segundos, los dos se fueron a sentarse a una de las mesas más alejadas de mí. Brenda solo pronunció un escueto «adiós», mientras que él cerraba su cartera llena de billetes y me dejaba una exquisita propina.

No pude quitarles la vista de encima en todo el tiempo que estuvieron allí. Brenda miraba de reojo a veces en mi dirección, y cuando se daba cuenta de que sus gestos no pasaban desapercibidos para el tipo que la acompañaba, disimulaba malamente y volvía a prestarle atención, aunque casi juraría que no estaba escuchando ni una palabra de lo que él le estaba diciendo.



*Brenda*

«Maldita sea, maldita sea», me repetía una y otra vez. ¿Por qué tenía Vince que trabajar allí también? ¿Y desde cuándo? Los días anteriores no lo había visto.

Tom era genial, y me había llevado a un montón de sitios caros y espectaculares. Me estaba enseñando a jugar al golf, pues de pequeña se lo había visto practicar a mi tío en un millón de ocasiones, pero nunca lo había hecho yo.

Llevaba cinco días recibiendo clases, y eso de hacer hoyos en el mínimo posible de tiros con un palito abombado al final, no era lo mío en absoluto. Tom estaba empeñado en que dentro de poco aprendería, por eso estábamos allí, su padre era uno de los socios que mantenían aquel descomunal hotel en pie.

—Cariño, estás muy rara —me dijo Tomás frunciendo el ceño.

—Lo... lo siento, es que... bueno, no sé, no creo que pueda jugar alguna vez al golf tan bien como tú.

—¿Estás así por el golf? Podemos dejarlo cuando quieras, no estás obligada a aprender. —Me cogió una mano entre las suyas y la besó tiernamente mientras me miraba con ojitos dulces.

¿Por qué tenía que ser tan mono? Me desarmaba todos los argumentos.

—No, no, es decir, sí, quiero que me enseñes, pero, bueno, con calma, tampoco hace falta forzar las cosas.

Él sonrió.

—Quizás hubiese sido más fructífero haberte enseñado a jugar al póker.

Reí, algo más relajada que durante todo el tiempo que llevábamos allí, dejando de pensar en Vince unos segundos.

¡Póker!

Le dediqué una mirada pícara.

—¿Quieres que me dé por las apuestas, el alcohol y los puros mientras pongo «cara de póker» —hice las comillas con la mano que me quedaba libre, pues la otra seguía en poder de Tom— delante de tus amigotes empresarios?

Tomás soltó una carcajada, incluso me soltó la mano para taparse la boca.

—¡Vaya definición! Así que eso piensas de los peces gordos como yo.

Puse los ojos en blanco.

—Tú eres un «pez flaco» más bien, de gordo nada. —Le guiñé un ojo, ¡si tenía un cuerpo escultural!—. Pero, en mi defensa, diré que, si pienso eso, es simplemente porque el cine ha hecho que la gente que no sabemos marcar cartas, ni apostar, ni qué es una «escalera de color» o «póker de reinas», o como sea, veamos ese juego como algo delictivo, siempre jugándose en una cochera oculta, o un casino clandestino.

Tom volvió a reír mientras me miraba traviesamente.

—Eso no es cierto. Se juega en casinos legales.

Yo también reí, llena de humor.

—Sí, sí, claro, si tú lo dices...

No planeé lo que vino a continuación, de hecho, me quedé paralizada.

Tom se acercó peligrosamente a mis labios, capturándolos entre los suyos.

Por un momento, no supe qué hacer. Me había besado unas cuantas veces más, pero no en un lugar público, sino en su casa, viendo una película, cenando..., ya que apenas llevábamos tres días saliendo oficialmente y una semana en secreto. Y, cada vez que me besaba, era como si fuera la primera vez. Al final le correspondí al beso como pude.

Un estridente ruido rompió el momento. Tomás, el resto de los asistentes y yo, nos giramos en su dirección.

Vince estaba cerca de nosotros. Demasiado, diría yo.

Se puso rojo como un tomate mientras recogía mil pedazos de vajilla de porcelana; se le había caído una bandeja enterita de platos mientras preparaba los comensales sobre los elegantes manteles de encaje blanco.

No miraba en mi dirección, se le veía rígido como el acero, recogiendo trocitos blancos del suelo como un autómatas.

Los demás camareros se dedicaron a observarlo desde sus posiciones, no estaban haciendo nada, pero tampoco venían a ayudarlo. Era como si estuviesen divirtiéndose con esa escena, como si estuviesen viendo un ridículo espectáculo que les diera risa.

Mi sangre se transformó en fuego, y poco pude evitar para que no se me notara.

—¿Cómo pueden estar tan tranquilos viendo todo el desastre sin echarle una mano? —inquirí mirando a todos los chicos con los ojos entornados.

—¿Por qué te preocupa tanto el camarero? No es asunto nuestro.

Tomás era maravilloso: educado, amable, cariñoso, pero en temas que concernían a otros no iban con él, los relegaba a un segundo plano como algo sin importancia.

Sin embargo, a mí me daba pena ver a Vince en esas, sobre todo porque recordaba el estropicio que yo había organizado en el bar —bueno, más o menos, porque mi mente febril obstaculizaba algunas imágenes— y él me había ayudado. Se había enfadado también, pero si el jefe no hubiese entrado por la puerta, dudo mucho que me hubiese delatado.

No lo pude resistir. Me levanté y me puse con él a recoger pedazos de platos y tazas. Ni siquiera me molesté en verle la cara a Tom cuando hice aquello.

Cuando los dedos de Vince se rozaron con los míos, él levantó la vista hacia mí. Se quedó pálido al verme.

Sus labios titubearon, en un claro desconcierto, después se pusieron rígidos, perdiéndose en una fina línea.

Vince volvió a poner la vista en el suelo una vez más.

—Señorita, se va a cortar, no debería hacer esto, es problema mío.

Me quedé paralizada un momento.

—Corta el rollo —le susurré. Luego suspiré—. Necesitas ayuda —añadí después—, es mucho para ti solo.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Te lo agradezco, pero no quiero interrumpirte —comentó impasible, con un tono sin tono que apenas reconocía en él.

No pude replicarle, Tomás apareció detrás de mí.

—¡Brenda! Deja eso, por favor. —Me levantó del suelo, casi a rastras—. ¡Eh, vosotros! —llamó a esos pasmarotes que se hacían llamar «camareros»—. Venid aquí ahora mismo y echadle una mano.

No podía dejar de mirar a Vince; parecía tan desamparado, ahí en el suelo, recogiendo platos...

—El John Collins ya está aguado, quizás sería mejor ir a tomar un poco el aire, ¿no te parece? —me preguntó Tomás cariñosamente, haciendo que pusiera mis ojos en él.

La duda era palpable en mí, era obvio que tenía cierta reticencia a irme de allí, pero asentí con la cabeza. Vince había empezado con la mentira y yo la estaba continuando; si él hubiese dicho que yo era «su amiga» y no que le «recordaba» a otra persona, yo no hubiese tenido reparos en contarle la verdad a Tomás, o la verdad a medias, no sé, pero ahora no podía decirle nada, no si Vince se jugaba su puesto de trabajo. ¿Qué habría hecho para que el señor López prescindiera de sus servicios?

*Vince*

*L*a adrenalina hacía rato que se me había caído a los pies. Verla hacer manitas y darse besitos con el pijo, me había dado ganas de llorar. Y había estado a punto de estallar en llanto cuando la había visto agacharse y ayudarme a recoger los tuestos rotos.

Pensaba que había sido muy amable de su parte, pero no era plan que se pusiera a mi altura, literalmente hablando. Iba muy bien vestida; con una camisa blanca metida dentro de una ajustada falda de tubo por encima de la cintura y unos tacones negros muy estilizados.

Ella era una princesa.

Yo era un *ceniciento*.

Solo que mi jodido zapatito de cristal no iba a perderse por una endiablada escalinata de ensueño y tampoco lo iba a encontrar.

Esperaba no verla por allí mucho, sinceramente. Que me hubiese ayudado a recoger los platos rotos no significaba que ella me quisiera dar otra oportunidad de ser amigos, ni que quisiese estar conmigo a dos metros de distancia.

Estaba claro. Lo veía ahora todo mucho mejor que antes, ya no quería saber dónde vivía, pues si la respuesta era: «Con mi novio, el Adonis Rubio» creía que me moriría allí mismo. Tampoco había deseado interrumpir su cháchara sobre el golf y el póker...

«¿A quién intentas engañar? Querías que te hiciera caso», me respondió mi mordaz voz interior.

«Vale, sí, pero no quería romper todos esos platos a posta».

«Error de cálculos, colega».

Sí, lo reconozco, yo me había ofrecido a ir poniendo los comensales en las mesas libres para la hora de comer porque me había dado la gana, pues le tocaba a otro hacerlo, solo para intentar captar alguna onda de la conversación. Había captado muchas, sin duda, pero el remedio había sido peor que la enfermedad; cada vez que coqueteaban entre risitas y miraditas, yo me había puesto más enfermo, hasta que la salsa se me había resbalado de las manos y había caído irremediabilmente al suelo, junto con los demás trastos que llevaba encima, en su mayoría platos finísimos. No había estado en lo que tenía que estar, y ese había sido el resultado. Si me descontaban lo que me había cargado, ya podía ir olvidándome de cobrar.

Por eso, ahora me dedicaría un tiempo de hacer la limpieza de las salas. El encargado me había echado una buena bronca.

Aún no sé cómo no me despidió. Y por suerte, no vi a Brenda más ese día.

*Brenda*

*M*e estaba mordiendo las uñas de los nervios cuando Tomás entró por la puerta con su padre: el señor Tomás Manuel de Tejada, mi... suegro.

—Así que esta es la señorita de la que tanto he oído hablar. —Me sonrió con un puro entre los dedos que después abandonó en un cenicero.

¡Menos mal! Porque estaba a punto de dar arcadas por el olor y no hubiese soportado tenerlo tan cerca.

—Sí, papá. Ella es Brenda, la chica especial de la que te he hablado —contestó Tom cogiéndome de la cintura y arrastrándome con él.

Nunca había conocido al padre de ningún novio, más bien nunca había tenido ningún novio, y estaba bastante cohibida.

—Mucho gusto, señor. —Le ofrecí mi temblorosa mano.

El hombre se quedó mirándola unos segundos, después sonrió y me arrebató de los brazos de su hijo para envolverme en un apretado abrazo.

—¡Déjate de formalidades, mujer! ¡Eres mi nuera!

De todas las maneras que yo había imaginado conocer a un suegro, aquella era la última que me hubiese esperado.

Como me estaba asfixiando, no tuve más remedio que intentar separarme un poco de él, aunque no lo conseguí; ese hombre era robusto como un roble y fuerte como un luchador de sumo.

No sé por qué me lo había imaginado como mi tío Salvador, pero no se parecían en nada. El señor Tejada tenía un pelo voluminoso y rubio y unos ojos vigorosos y juveniles como los de su hijo. De compleción se conservaba mejor que mi tío, incluso se apreciaban un par de músculos bien formados en sus bíceps debajo de su camisa burdeos.

—Papá—dijo Tomás, viniendo en mi rescate y separándonos un poco—, no olvides que ella es mía —le dijo bromeando con su sonrisa cautivadora.

—¡Ya lo sé, hijo! ¡Es que estoy tan contento de que por fin me hayas dado esta alegría! —Me miró con ojos brillosos, llenos de emoción.

Tomás puso los suyos en blanco y luego suspiró.

Y yo sonreí ante el gesto.

—Guapa y con un porte elegante, toda una dama, no como aquella zarrapastrosa...—añadió, mascullando entre dientes.

Y eso sí que me impactó.

—¡Papá! —Tomás parecía muy molesto.

Su padre no le dedicó ni una mirada, como si no lo hubiese escuchado.

—En fin, tengo unos asuntos que atender. —Me cogió de las manos—. Bienvenida a mi casa y a mi familia, Brenda.

Y con las mismas, me soltó, se despidió de su hijo con la mano, cogió su puro y se fue.  
Y allí nos quedamos nosotros, un poco impresionados por la escena.  
—¿Quién... quién es «la zarrapastrosa»? —pregunté, girándome hacia él.  
Tomás comenzó a rascarse la cabeza mientras iba distraídamente hacia la gran ventana de la gran sala de estar.  
—Es...— Parecía nervioso—. Bueno, en realidad, ya no es nadie. Era mi antigua novia.  
Hice un mohín ahora que él no podía verme, ya que me daba la espalda.  
«Qué bien, seguramente rompieron por causa de su padre y yo soy una sustituta como otra cualquiera para el señor Tejada» cavilé para mí misma.  
Me aclaré la garganta, que se me había quedado seca de repente.  
—Sé... que no es asunto mío pero ¿ella sigue siendo importante para ti?  
Noté que se ponía tenso, además de que evitaba abiertamente volverse hacia mí.  
Fruncí el ceño y justo en ese instante se dio la vuelta, viendo mis dudas.  
—¡Eh, no! Tranquila. —Se acercó a mí y me cogió de la cintura—. Hace un año que no la veo, salió de mi vida hace mucho tiempo, de verdad. Es solo que no acabamos muy bien... y es raro hablar de ella. —Me dedicó una sonrisa sincera y yo se la devolví, no muy segura de sus palabras.

Quería escaquearme como lo había estado haciendo toda la semana. Prefería ir a cualquier lado antes que al hotel Rómulo and Remo Big Star, pero no pude; Tomás había quedado con unos amigos, y como su novia que era, debía acompañarlo.

Después de las presentaciones pertinentes, había olvidado todos los nombres, pero, afortunadamente, no tuve que recordarlos de momento; Tom y sus amigos se fueron un rato a jugar al golf, mientras que yo y las dos chicas que habían acudido a la cita —una, novia de un amigo de Tom, y otra, hermana de otro— nos íbamos a tomar un café antes de que se hiciese la hora de comer.

Victoria y Estefanía eran muy simpáticas. Hacía tiempo que no disfrutaba de la compañía de amigas, y bueno, no es que ellas lo fueran, pero desde que Jen me había dejado de lado, ellas eran lo más parecido que había tenido a eso.

«Jen. Jenny».

Pensar en ella me seguía doliendo. Había esperado que después de ese pequeño interés en mi persona acabara perdonándome por la metida de pata que había tenido con Vince, pero no había sido así. Le había dejado un millón de mensajes y la había llamado innumerables veces, aunque no había conseguido una respuesta suya por mucho que lo intentara.

Recordarla me puso nostálgica, hacía unas semanas desde que habíamos hablado por última vez, pero recordaba la conversación como si hubiese sido el día anterior. Después del día que me había llamado de improviso, cuando había quedado con mi tío, solo había vuelto a escuchar su voz una vez más.

—No estoy con él —le había remarcado.

—Me parece bien. No es bueno, ni para ti ni para nadie —había sentenciado ella solemne.

—Jen... todo esto ha sido un error, deberíamos hablar y... arreglarlo.

Ella rio perversamente.

—No. Yo no quiero hablar. Y tampoco lo llamaría «error»; que yo sepa, dos no pueden si uno no quiere. Solo te he llamado porque sentía que te debía esto. Después de todo, si al final he podido salir de aquel agujero en el que vivía, ha sido gracias a ti y a tu dinero.

—Sabes que eso me da igual.

—Pero a mí no. Así que ahora estamos en paz. Te lo dije y lo repito de nuevo: quiero que sepas que él nunca ha dicho que me quisiera, es cierto, pero me ha tratado como una novia sin pestañear, no ha habido ni una nota de vacilación en él cuando me ha besado, y tampoco ha tenido reparos en decir que tú deberías ser un «experimento sociológico» por tus neurosis con la limpieza, así que imagino que te quiere lo mismo que a mí: nada.

—¿Hola? —Una mano delante de mis ojos me hizo volver al mundo.

—Lo siento chicas, estoy algo indispuesta, voy a tomar un poco el aire —dije algo avergonzada por mi breve trance.

—¿Quieres que te acompañemos? —preguntó Estefanía con expresión preocupada.

—No, tranquilas, estoy bien.

Salí de la cafetería por la que Vince no había aparecido en toda la mañana.

Me encontraba mal, se me había revuelto el estómago al recordar las palabras de Jen. Pero no solo eso, sino que las palabras de Vince a través de la voz de Jen, me estaban doliendo como en aquel momento.

No pude creerlo cuando lo vi allí, limpiando tras las cristaleras de la sala de billar.

Él se quedó mirándome, también perplejo.

Le dije a mis pies que huyeran inmediatamente, que lo último que me hacía falta era volver a encontrarme con él. Pero no hice eso, sino que me envalentoné y me dirigí a la sala bajo su mirada chocolate observando todos mis movimientos.

*Vince*

*E*l hotel era céntrico, los grandes magnates de la ciudad, junto con otros tantos amigos, se pasaban el día fumando puros, jugando a las cartas, en la piscina, en los campos de golf o en las habitaciones enredados con unas chicas mucho más jóvenes que ellos. A mí me tocaba limpiar su porquería, y eso estaba haciendo cuando volví a verla.

Sus ojos color miel me reconocieron al instante. La veía exaltada, con la mirada brillante, a punto de llorar.

Pero, cuando se recompuso, su cara se volvió sombría, justo después se embolsó hacia mi dirección sobre sus tacones blancos.

—No puedo creer que estuviera tan ciega —comentó—. Todo lo que tenías montado con nosotras dos ¿era para ver a quién conseguías antes, a la rara o la amiga, o a ambas a la vez?

Me quedé sorprendido con aquello. No tenía ni idea de qué había pasado para que me saltara con esas.

—¿Qué dices? ¿A qué viene esto ahora? —Hice una mueca, exasperado, siempre igual, como cuando me había contestado mal en el bar; solo Dios sabía qué pasaba por su cabecita.

Ella se removió en su sitio, nerviosa. Parecía no saber qué decir.

—Jen habló conmigo... hace tiempo... Me lo dijo, que tú habías jugado con nosotras, nunca he tenido oportunidad de comprobarlo.

Sonreí irónico, recordando todas las veces que la había llamado sin respuesta por su parte.

—Claro que has tenido ocasiones, nos hemos visto un par de veces, por no hablar de que tu móvil debió echar fuego de tantas veces que te llamé.

—No creo que hubiese sido el momento. —Desvió la mirada de mí, un tanto inquieta, estaba claro que había actuado por un impulso al decirme aquello y ahora estaba cortada.

—¿Y quién dice que este lo sea? Ha pasado ya mucho tiempo.

Ella pareció sentirse incómoda ante mis palabras.

—Tienes razón —me concedió—, ahora ya no tiene caso.

Me di cuenta de que Jen había dejado sembrada una duda que la estaba consumiendo; quizás hubiesen vuelto a hablar otra vez. De cualquier manera, esa conversación pendiente nunca se había resuelto, y aunque me había pillado de improviso, quise dejárselo claro:

—Eso no es cierto, yo no me he burlado de ti —le dije sincero.

—Entonces, ¿de Jen sí?

Titubeé, qué podría contestarle.

—Tampoco, no era mi intención. Jen me gustaba.

—Entonces deberías haberla rondado solo a ella, no a mí —apuntó sentenciadora.

—No sé a qué viene esto ahora, después de no hablar en semanas, después de que no contestaras a mis llamadas ni a mis mensajes y de que hayas conocido a Sonrisa de Escándalo,



pero sabes de sobra que a mí Jen no me interesaba de ese modo, si no, no hubiese pasado nada entre nosotros la noche del desastre —contesté tan cortante como ella se estaba dirigiendo a mí.

¿Cómo había cambiado el ambiente en dos segundos?

Nuestra hostilidad hacía de escudo en esos momentos y ninguno de los dos iba a dejarse llevar por ninguna otra emoción. Sabíamos que lo habíamos hecho mal, y pesaba en nuestra conciencia, quizás incluso más en la suya que en la mía, aunque ahora que todo estaba hecho, ya no había vuelta de hoja.

—¿Me quieres explicar, si eres tan amable, por qué yo sí? —inquirió sin ceder un ápice a la expresividad.

—Ni yo mismo lo sé —confesé más cruel de lo que hubiese querido, pero era la verdad.

Ella ni siquiera se molestó.

—¡Mírame! —volvió a insistir, cerrando los ojos un microsegundo—. No soy el tipo de chica que le gusta a la gente o... le gustaba. —Su tono anterior había cambiado, ahora parecía confusa, suponía que pensando en Don Tío Bueno.

—Sí, te miro. Y ya sé que eres una pija inaguantable, una neurótica desdeñosa, una maniática del control y obsesa de la limpieza...

—Un experimento digno de ser estudiado por profesionales —añadió interrumpiendo mi retahíla. Su tono impasible había vuelto.

En cambio, yo sonreí, me había hecho mucha gracia su comentario.

—Sí, exacto. Un experimento sociológico para ser evaluado por los expertos.

Desvió un momento los ojos de mí, murmurando algo así como «No me lo puedo creer».

—No sé explicártelo, Brenda —continué—. Solo sé que aparte de todo eso... eres una persona muy especial.

Creo que la dejé atónita, su rostro me miró con la boca abierta, como si le hubiese sacado un rifle y la estuviese apuntando con él.

Después debió de recordar que «estábamos peleados» y volvió a cerrarla, recomponiendo su pose de maniquí sin sentimientos.

—Claro, soy especial —me dio la razón de una forma un tanto extraña—. Simplemente te atraigo porque me ves como un conejillo de indias. Te gustaría verme girar en una gran rueda como si fuese un hámster y ver cómo una persona «especial» como yo, se relaciona con otras ratas.

La sola idea de imaginármela como un hámster me hubiese provocado risa en otras circunstancias, pero en ese momento no, ella creía lo que decía. Y yo no podía rebatírselo, pues sabía que había propiciado esos sentimientos yo solito.

—No, no quiero verte así. No dejaría que nadie te pusiera un solo electrodo encima, solo busco tu bienestar —le contesté tajante—. Te lo creas o no.

Aquello estaba derivando en una conversación de besugos. Con ella nadie iba a experimentar, y mucho menos yo, pero me alegraba de tener esa charla, así al menos podría intentar sacarla de su error, pues estaba claro que no confiaba en mí ni en la veracidad de mis palabras; que yo quisiera su bien y que me gustase de verdad.

—No te creo —me dijo, confirmando mis sospechas.

—Ya lo sé.

—Bien —dijo al cabo de unos segundos de eterno silencio por ambas partes—. La relación experimentador-experimento ha terminado. Espero que no te acuestes con todos tus «proyectos de laboratorio», te va a ir mal así.

¿Eso era una amenaza?, ¿un consejo?, ¿una advertencia?

—¿Quieres que te demuestre que no te miento? —pregunté serio.

Ella titubeó bajo mi mirada arrolladora.

No le di tiempo a contestar. La cogí de una mano, la metí dentro de la sala de billar y cerré la puerta. Posé su espalda en la madera, arrinconándola con mis labios.

Al principio intentó resistirse, incluso me dio un pequeño empujón con el brazo, pero después este voló sobre mi cuello mientras sus dedos capturaban mi pelo.

Gemí ante su contacto. Me alegraba de que ese día no se hubiese puesto una de esas faldas de tubo, sino un vaporoso vestido de gasa hasta las rodillas en tono azul turquesa.

Busqué sus muslos y me alegró encontrarlos tan suaves como los recordaba.

La alcé entre mis brazos sin separar los labios de ella y la senté sobre la mesa de billar, aparté todas las bolas de un empujón y la tumbé sobre ella, jadeante.

Estábamos allí, como aquella noche en la calle, a la vista de todos, cualquiera podría entrar en la sala, incluso el tipo rubio con el que la había visto acompañada.

Debía de reconocérmelo: era egoísta y me daba igual lo que sintiera ese chico. Al igual que tampoco me había importado en absoluto lo que pensara Jen. A ver, claro que no me gustaba haberle hecho daño ni haber jugado con sus sentimientos, pero eso no era comparable a lo que sentía por Brenda, por ella hubiese ido al mismo infierno si me lo hubiese pedido. Y ahora que volvía tocarla, no existía otra cosa que no fuese su cuerpo.

«¿Ahora quién es el que está para que experimenten con él?», me dijo mi cerebro. «De nuevo estás entre sus redes».

«No, más bien es ella la que está entre las mías».

—Vince...—jadeó entrecortadamente—. No puedo... —Parecía costarle hablar bajo mis caricias.

Me terminé de subir encima de la mesa de billar y me puse encima de Brenda, apresándola con mi cuerpo mientras volvía a la carga con mis besos furtivos. Empecé a introducir mis manos a través del algodón de su ropa interior mientras ella gemía y apresaba mi pelo con más ansias.

Sabía que la estaba volviendo loca. Que ella, por mucho que dijera, seguía respondiendo a mis caricias —algo que no había esperado— y que, posiblemente, aunque quisiera, no pudiese parar.

Sin saber cómo, una pequeña voz apareció en mi cabeza, otra que no era la de siempre, sino una nueva:

«¿En serio vas a cometer el mismo error dos veces?».

Paré de besarla, en seco. Los dos respirábamos con dificultad mientras nuestros ojos nublados por la lujuria se miraban desconcertados.

—¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo? —exclamó ella de repente, apartándome a un lado e incorporándose sobre la mesa. Se arregló el vestido apresuradamente, saltó al suelo y se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento —le dije antes de que la abriera.

Ella se detuvo y se giró lentamente hacia mí, con los ojos llorosos.

—La culpa no es tuya... pero supongo que ahora me toca a mí decirte que tú eres perjudicial para la salud. Mi salud, más bien. —Aunque no había ni rastro de reproche en su voz, sus palabras me dolieron como una puñalada a traición.

Se giró, dispuesta a irse.

—¡Espera! —volví a detenerla mientras bajaba de la mesa, aunque no me acerqué a ella—. Él... ¿es tu novio?

Esa vez ni siquiera intentó mirarme.

—Sí —contestó seca.

—¿Y... esto que acaba de pasar dónde nos deja a nosotros?

Brenda suspiró, abatida.

—No nos deja en ningún lado, porque no hay nada que dejar. —Tampoco me miró en esa ocasión.

Tuve el impulso de ir hacia ella y hacer que me lo dijera a la cara, pero me contuve, aferrándome tan fuerte a la mesa que me dolieron los nudillos.

Ninguno de los dos dijo nada más. Ella abrió la puerta y se fue sin dudar, mientras yo me quedaba de nuevo solo.

«Podrías haberla tenido, imbécil», volvió a aparecer la voz burlona de mi subconsciente macabro, la de mi conciencia parecía haberse ido.

«Sí, pero ¿a qué precio? Ella nunca se hubiese perdonado volver a equivocarse».

«El Rubiales no es como Jen; no es su amigo de toda la vida. Además, tú no la estabas obligando a nada, ella te ha seguido el rollo por voluntad propia».

«Sí, pero todo esto lo he propiciado yo. Y si ella está confundida con respecto a ese tipo, no voy a ser yo quien la confunda aún más. Y, aunque tuviese otra oportunidad con ella limpiamente, ¿crees que su vida conmigo se parecería en algo a la que lleva con él? ¡Mírala! Es una princesa, y yo no sería capaz de darle ni la mitad de lujos que él».

«Si no arriesgas no ganas».

«Esto no es un juego de azar».

«Nenaza».

«¿Me quieres explicar por qué mantengo conversaciones conmigo mismo como un desquiciado?».

«Porque te estás volviendo loco de remate».

Mi cerebro tenía razón. Necesitaba ayuda si no quería terminar hablando conmigo mismo pero en un manicomio, y ya sabía lo que iba a hacer al respecto.

*Brenda*

«¿Qué ha pasado? ¿¿Qué ha pasado??»

Iba abanicándome para eliminar de mi cuerpo toda la excitación que sentía, cuando me crucé con Tom, venía secándose el sudor de la frente con una pequeña toalla; el polo de jugar al golf se le pegaba al cuerpo. En cuanto me vio, el rostro se le iluminó.

—Hola, preciosa —me dijo, apresándome entre sus brazos y dándome un beso—. ¡Vaya! Estás ardiendo, casi pensaría que has sido tú la que ha estado jugando al golf en vez de yo. ¿Dónde están las chicas?

Sonreí como pude, ahogándome en mi propia vergüenza.

—Están dentro. Yo... me... me encontraba mal y salí un poco al jardín, pero hace tanto calor...

—Dímelo a mí. —Me mostró la toalla—. El golf no requiere mucho esfuerzo físico, pero parece que he corrido una maratón.

Volví a sonreírle, algo nerviosa.

Nos fuimos a comer mientras volvía a escuchar los nombres de sus amigos e intentaba quedarme con ellos, aunque poco efecto surtió. Aparte de eso, debía reconocer que estar allí, con ellos, era todo un sueño: tenía un novio guapísimo, mi suegro parecía adorarme, les caía bien a los amigos de Tomás y todo el mundo me trataba como a una reina.

Era mi sueño hecho realidad. De pequeña siempre me había imaginado mi vida así; tal como me la describía mi tía Miranda mientras me cepillaba el pelo antes de irme a dormir. Ese era el futuro que ella había querido para mí, al menos los primeros años que había vivido con ella; una vida llena de lujos, comidas en restaurantes caros y un príncipe encantado por novio.

Pero ahí estaba la espina oscura de mi vida pinchando directamente en mi corazón: Vince. No podía dejar de pensar en nosotros dos sobre esa mesa de billar besándonos con un deseo insufrible mientras el resto del mundo giraba. Me alegraba de que a Tomás no le gustase mucho el billar, pero a sus amigos sí, alguno podría habernos descubierto perfectamente montándonoslo allí. Es más, Vince se hubiese ido a la calle sin remedio. ¡Menudo desastre!

No me preocupaba yo, sino él. Yo me las apañaba bastante bien, había encontrado un trabajo nuevo; le llevaba las cuentas de un par de secciones a mi tío Salvador en la empresa. Mi tía Miranda lo sabía. Yo solo la había visto una vez desde que mi tío me había venido a visitar para intentar que regresara a casa. Pero Vince no tenía nada más que su trabajo para vivir.

Cuando mis tíos habían conocido a Tom, pensaba que nuestro encuentro iba a ser un poco mortífero para ambas, pero no, fue todo lo contrario: Tomás me había acompañado a casa, y al parecer ella lo había visto en alguna revista y estaba más que encantada de que fuésemos «amigos», incluso me había insinuado que buscara entre la familia algún primito o algo parecido para Amelia.

Bueno, la cosa era que yo sabía que debía ser feliz. Tenía un novio genial, había alquilado un buen piso con la generosa paga que mi tío me proporcionaba, estaba haciendo amigas que no me veían como una maniática, incluso estaba más relajada con el tema de mis padres biológicos que, gracias al tío Salvador y a escondidas de la tía Miranda, estaban tomando tratamiento para su adicción. ¡Era todo genial! ¿Por qué tenía que tener a Vince metido bajo la piel? Tenía que olvidarme de él, pero, después de la conversación que habíamos tenido y los besos apasionados que nos habíamos dado, creía que era imposible. No me quedaba otra que evitarlo, ¡como fuese!

*Vince*

—¡*E*stás loco! —me dijo Leo.

Sonreí.

—Y tú eres un envidioso.

—Ja, ja, sí, seguro, de una que dice que es psicóloga. Esa no te conoce como yo, deberías de dejar de escucharla.

—Pues la conocí gracias a ti y a tu idea.

Hizo una mueca.

—Vale, algunas veces mis ideas tienen alguna tara, pero es que tú las escoges a todas muy bien, ¿eh? —Sonrió malicioso.

Ahora la mueca la hice yo.

Tomé un sorbo de café. Me había parado en el local para hacerle una visita exprés y contarle las novedades sobre Nerea.

—¿Entonces... la tipa no te gusta para liarte con ella?

—*Nop*. Y creo que yo a ella tampoco.

—¿Y por qué os apuntáis a un chat para ligar? —Leo me miró sin entender.

—En mi caso, tú me lo propusiste, en el de ella... pues ni idea. La verdad es que hablamos más de mí.

Un par de chicas guapas entraron en el bar y la atención de Leo se posó en ellas.

—Creo que voy a seguir mis propios consejos. Te dejo colega, voy a atender a esas lindezas.

—Vale. —Tragué lo que me quedaba del café y le dejé el dinero en la barra.

Yo también me iba con chicas, exactamente con una en concreto.

*Brenda*

*E*l destino no quería que me olvidase de él. Y lo volví a ver, aunque, esa vez, Vince no me vio a mí.

Yo estaba cruzando el parque central para ir a coger el autobús para ver a mi padre, el biológico. Iba hacia el centro de desintoxicación cuando su figura se dibujó ante mis ojos: Vince estaba en los columpios que había en medio del parque central, su mecedor se balanceaba hacia adelante y a hacia atrás en un movimiento lento e hipnotizador.

No estaba solo; una morena increíblemente guapa lo acompañaba.

¿Quién era esa?

«No puedo estar celosa, ¡no puedo!», me dije, intentando mantener mis celos a raya. «Tienes un novio digno de una reina, céntrate en él, Brenda».

La chica estaba cruzada de piernas, llevaba unos *shorts* demasiado cortos que estilizaban sus piernas como a las de una modelo. Quizás lo fuese, pues su cuerpo parecía ser perfecto, incluso sentada en aquel destartalado mecedor, exudaba elegancia.

Me di cuenta de que me había escondido detrás de un árbol cuando las hormigas empezaron a subirme por las manos.

Grité espantada, apartándome del tronco y tirando mi bolso al suelo mientras me sacudía a esos odiosos insectos de las manos.

Lógicamente, mi grito no les fue indiferente a ellos, que se me quedaron mirando sorprendidos.

—¡Brenda! —exclamó él, saltando del columpio y poniéndose en pie.

—¿Brenda? ¿En serio? —preguntó la morena con un tono de interés que no pasó desapercibido para mí.

Entorné los ojos y la miré mientras recogía mi bolso del suelo, ¿de qué me conocía esa a mí?

A ella no le inquietó lo más mínimo mi mirada asesina. Es más, pausadamente, se levantó del columpio y me sonrió con una extraña expresión divertida, como si mi interrupción hubiese sido el momento cumbre del día.

—Hola, Vince —saludé, con un nudo en la garganta, apartando mis ojos del incómodo escrutinio que la chica estaba haciendo de mi persona.

¿Por qué tenía esa sonrisa en la cara?

Él se acercó a mí, titubeante.

—No esperaba verte por aquí.

Yo también me acerqué a él, aunque me quedé a una cierta distancia.

La chica siguió todos mis movimientos sin perder detalle. Me estaba poniendo nerviosa, porque, además, esa sonrisa extraña no se borraba de su rostro.

—Voy a ver a mi padre.

Se sorprendió.

—Mi padre biológico —aclaré.

Abrió los ojos como platos.

—No tenía ni idea de que... de que... bueno de que hubieses vuelto a verlos.

—A verlo, solo a él, mi madre aún se mantiene en las sombras.

—Me alegro, supongo. ¿Todo... bien con ellos? —preguntó arrugando la frente, algo preocupado. Veía que no quería dar muchos detalles de mi vida delante de ella.

—Sí, todo bien, tranquilo —respondí mientras observaba a la aspirante a modelo por el rabillo del ojo.

Vince se giró hacia ella, ¡iba a presentármela!

«No, gracias».

—Me... me voy —dije apresuradamente—. Ya... ya nos veremos.

Ni siquiera los miré al irme, los dejé allí a los dos mientras casi salía corriendo. Mi corazón, no sabía por qué, se había puesto a cien y necesitaba alejarme de ellos ¡ya! No me podía creer que después de habernos visto en el hotel, nos encontráramos así, de aquella manera tan extraña. Pero a lo que sí que no podía dar crédito era a lo molesta que me había sentido viéndolo con esa chica.



Vince

—¿Esa es Brenda? —Nerea parecía encantada. Se puso a reír en cuanto se fue—. ¡Creí que jamás la conocería!

Ahora ella parecía la loca en vez de la psicóloga.

—Dios mío, ahora eres el eneatispo...

—¡Corta ya ese rollo! Odio los eneatispos, ¡hay más sistemas con los que etiquetar a una persona si es lo que pretendes!

Elevé los labios en una media sonrisa. Sí, ya lo sabía, lo habíamos hablado cuando nos habíamos conocido. Nerea usaba otro tipo de psicología con sus pacientes, le gustaban más otro tipo de terapias para conocerse a sí mismo que un sistema con solo nueve personalidades, pero me hacía gracia consternarla como ella a mí.

—Vale, vale. Y sí, ella es Brenda. Aunque no sé qué tiene tanta gracia.

—¡Oh, Vince! Creo que se ha pensado que soy tu novia. No es que tenga gracia, pero es que esto parece una película; tú la pillas con su novio y ella te pilla con tu *novia*. —Sonrió, algo maliciosa.

Fruncí el ceño.

—¿Mi novia?

—¡Claro! Estaba muy nerviosa, deseaba salir pintando de aquí. —Sonrió, perversa como ella sola—. Y si hubiese podido, estoy segura de que me hubiese reducido a cenizas con la mirada.

—No sé si me hace mucha gracia que crea que estamos saliendo...

—Pero vamos a ver, ¿tú no quieres que se olvide de ti?

Dudé.

—¡Ay! No lo sé. El Príncipe de Todos los Rubios es estupendo, no puedo negarlo, pero yo la sigo queriendo.

Ella se echó a reír otra vez, creo que mis comentarios le parecían cómicos.

—Vince, Brenda aún siente algo por ti, por lo que me has contado... alguna posibilidad tienes, incluso con Jen fuera de combate.

Me senté en el columpio una vez más.

—¿Y qué me aconsejas? —La miré con intención—. Pero esta vez que no sea el consejo que me diste con Jen.

Giró los ojos sobre las órbitas y se sentó en el otro columpio, a mi lado.

—Provócala.

Me quedé paralizado, como si hubiese escuchado mal.

—Perdona, ¿qué has dicho? Creo que no te he entendido bien.

Nerea emuló otra de sus sonrisas pícaras mientras se disponía a mecerse hacia delante y hacia atrás.

—Lo has oído perfectamente. Deberías hacer que se decidiera.

—¿Y dónde quedó eso de «¿Por qué no dejas a esas pobres chicas en paz de una vez?»? — pregunté, imitándola socarronamente.

Ella rio mientras su balanceo se hacía cada vez más rápido y se elevaba hacia lo alto.

—¡Olvídalo! —gritó desde las alturas—. Te has ganado la oportunidad de reconquistarla. ¡Y yo te voy a ayudar!

Yo también me di impulso en el suelo, para ponerme a su nivel; parecíamos dos niños despreocupados en vez de dos adultos hechos y derechos.

—¿Y cómo? ¿Vas a fingir que eres mi novia? ¿Y qué? No veo a Brenda todos los días, y a ti tampoco —grité, para que me escuchara desde ahí abajo, ahora era yo el que casi rozaba las ramas de los árboles con la punta de los pies.

—Ella no tiene que saber cuándo nos vemos y cuándo no, con que piense que es siempre, es suficiente. Y el mejor modo es que yo vaya a tu trabajo, ya sabes, de vez en cuando, una copa aquí, un flirteo allá...

Reí con ganas.

—Tú lo que quieres es que te invite a beber gratis.

Me dedicó una fugaz sonrisa cómplice y coqueta.

—Quizás, pero es un buen trato para ambos; tú consigues a tu chica y yo algunos cubatas.

—De acuerdo. Hagámoslo así. ¿Te apetecería venir a una gran fiesta de pijos el sábado por la noche? Es la apertura de no sé qué y se hará en el hotel.

—¡Claro! Hace tiempo que no veo ricachones codeándose con otros ricachones. Pero ¿estás seguro de que ella irá?

—En realidad, no. Pero como ya te he dicho, Culito Respingón es el hijo de uno de los jefes, seguramente estará con él.

*Brenda*

¡No me lo podía creer! ¡El muy malnacido tenía otra... amiguita y había intentado enrollarse conmigo otra vez! Había caído en sus embustes como una colegiala. ¿Cuándo iba a aprender?

Era la persona más ingenua del planeta.

Aquella era una de esas ocasiones en las que me alegraba de no tener carnet de conducir y que tuviese que coger el autobús para ir a mi ciudad a ver a mis padres, tanto a los unos como los otros. Estaba demasiado nerviosa incluso para manejar un carrito de la compra. No estaba a más de cuarenta y cinco minutos, y francamente, agradecía no haber elegido una ciudad más lejana para «escarparme», si no, tendría que hacer miles de kilómetros para ver a mi padre, a Rubén, que por descontado, no podía moverse mucho de la zona.

Coger los medios de transporte urbanos no me había costado tanto como creía. Yo antes siempre me había movido con chófer, el que mis tíos habían dispuesto para mí. Era la tercera vez que cogía el autobús sola. Y ya había conseguido quitarme los guantes de látex porque la gente se me había quedado mirando de una forma un poco extraña. De todos modos, intentaba tocar lo menos posible los pasamanos o los asientos.

Estaba algo más relajada que las dos veces anteriores que había visto a Rubén, pero aún me subía ese cosquilleo por el estómago cuando me acercaba al centro de desintoxicación. Natalia seguía en el hospital, aunque le iban a dar el alta pronto, o eso tenía entendido.

Allí estaba él, esperándome al lado de la clínica. En cuanto me vio bajar del autobús se acercó a mí, sabía que odiaba todos esos sitios.

—Hola, ¿todo bien? Tienes cara de espanto.

—Sí, todo genial. —Sonreí lo mejor que pude.

No coló en absoluto, pero Rubén no iba a indagar sobre ello si quería que no me marchase de allí.

—Hoy tengo una sorpresa para ti —dijo algo nervioso.

Le fruncí el ceño.

—¿No vamos a ir a tomarnos algo? ¿Prefieres pasear? A mí no me importa, de verdad.

—No, no es nada de eso, haremos lo que tú quieras, pero...no nosotros solos.

Vi que miraba detrás de mí, así que me giré en su dirección, y lo que vi me petrificó por completo: Natalia sentada en uno de los bancos de la avenida. Había que cruzar los carriles por los que yo había corrido el día que había conocido a Tomás para llegar allí.

Qué ridículo se me antojaba todo ahora: antes ella no había querido verme y en ese momento no sabía si quería verla yo a ella. En la otra ocasión, el destino había querido que me encontrase con el que actualmente era mi novio, que estaba en mi ciudad por un mero trámite y que iba a coger su coche para marcharse. Y ahora, en el mismo sitio, encontraba a mi madre, a la que mi tía tantas

veces me había dicho que me parecía, sobre todo en sus ojos, del color de la mantequilla derretida y, supuestamente, en la forma de pensar. Nunca había tenido el placer de comprobarlo.

Con un nudo de nervios alojado en el estómago, crucé por el paso de peatones con él. El contacto entre nosotros era mínimo en todos nuestros encuentros, pero al menos ya no me ponía tan histérica. Sin embargo, mi madre era otra historia, no la había visto desde hacía años y ella era la que había pospuesto nuestra cita.

Estaba temblando cuando llegué a su posición.

Sus ojos ámbar me miraron con expresión triste, como si fuese a llorar de un momento a otro.

—Brenda —dijo en un susurro.

Su voz se me antojó tan desconocida como cuando venía a casa de mis tíos a verme.

—Hola..., Natalia —respondí, con voz apagada.

Ella sonrió mientras una pequeña lágrima resbalaba por su mejilla.

A mí también me estaban entrando ganas de imitarla. Esa mujer era la que me había dado la vida, y sin embargo, era la mayor desconocida que había en ella, y eso era muy triste.

Me contuve para no dejarme llevar por todos aquellos sentimientos que conseguían ahogarme.

—Me alegra que estés mejor, de verdad —le dije sinceramente.

—Gracias. —Se quitó la lágrima con disimulo, aunque yo la vi muy bien, pues no le quitaba ojo de encima.

—Chicas, ¿queréis dar un paseo?

Yo no sabía si quería o no. Aquello era una sorpresa de magnitudes descomunales; no esperaba que el encuentro con mi madre se desarrollara así.

Natalia se puso en pie con dificultad. Rubén le dio un bastón que no había visto antes, ella lo cogió y se irguió con él como pudo.

—No me importa si nos quedamos aquí sentados —me apresuré a decir, más por mí que por ellos; creo que las piernas me temblaban tanto que era yo la que debía tomar asiento.

—No te preocupes por mí. Me conviene andar y tomar el aire —dijo ella, despreocupada.

La veía y apenas la reconocía. Parecía muchos años más vieja de lo que era, estaba incluso peor que Rubén; sus ojos estaban extremadamente vacíos, su piel era una capa de pellejos maltrechos, debido probablemente a una fuerte bajada de peso, y su cuerpo parecía tan débil que imaginaba que una pequeña brisita de aire haría que cayera al suelo sin remedio.

Recorrimos la avenida de un extremo a otro, casi sin mediar palabra. Yo estaba sudando, aunque ese día no hacía calor. Las nubes hacía un rato que se habían amontonado en el cielo unas sobre otras, amenazando lluvia.

—Brenda —me llamó mi madre—. Siento mucho... lo que pasó el día que viniste al hospital.

—Tú no sabías que había ido —la corté, mirando a Rubén algo rencorosa por no haberla avisado esa vez.

—Te puedo asegurar —continuó ella— que aunque lo hubiese sabido, hubiese dicho que no.

Me quedé a cuadros, sin saber muy bien qué contestar a esa revelación. Y, para mi consternación, mis ojos se habían propuesto hacerme llorar.

—¿Y... por qué estamos aquí ahora? —Mi pregunta sonó atragantada.

—Porque ahora estoy lista.

Si alguien me dijera que describiera aquello que sentí en el momento que la escuché decir eso en una palabra, la respuesta sería: rabia.

—¡Por supuesto! —salté, haciendo que ellos diesen un respingo en el sitio y me mirasen boquiabiertos—. Tú no estabas preparada, pero ahora sí. ¿Y qué hay de mí? ¿Qué pasa si ahora

mismo me siento tan cohibida que tengo ganas de salir volando de aquí? ¿Qué pasa si yo no quería este encuentro de esta manera? ¡Nunca pensáis en mí! ¡Ni siquiera cuando queréis enmendar vuestros errores! Que, por cierto, es imposible —les espeté con un deje de histeria en la voz, a punto de estallar del estrés que todo aquello me estaba produciendo.

Mi madre empezó a llorar, pero dudaba mucho que ganara la batalla; yo estaba peor que ella y no me había dado cuenta hasta ese momento.

—Calma —nos pidió Rubén.

—No, ella tiene razón —me apoyó Natalia.

—Claro que la tengo. —No pude evitar decir con un tono mortífero. Aunque me arrepentí enseguida, en cuanto vislumbre su cara de ultratumba y las lágrimas apoderándose de ella como demonios transparentes.

Intentó secárselas con un pañuelo, pero eran demasiadas.

—Lo siento —me tranquilicé después de inspirar aire puro, quitándome yo también los lagrimones—. No era mi intención...

—No —repitió ella, clavando sus ojos sin luz en mí—. Tú tienes razón, en todo. No podemos cambiar el pasado pero sí intentar mejorar el futuro. Brenda, ya sé que no he sido la mejor madre del mundo. Ni siquiera nada parecido a eso, pero lo que te dijo tu padre es cierto: no queríamos que te criaras en el mundo en el que vivíamos.

Me dio una punzada de dolor en el pecho cuando dijo «tu padre», era tan raro que me hablara de esa manera tan familiar, como si de verdad fuese mi madre a efectos prácticos.

Me entraron muchas ganas de decirle que «mi padre» era Salvador, que lo que dijeran Rubén o ella, me daba exactamente igual, pero me obligué a controlarme, ya que parecía tan débil que quizás la matase con aquellas palabras desdeñosas.

—Si quieres irte, puedes hacerlo. Nada te retiene aquí, eso es obvio. —No parecía enfadada, sino más bien resignada. Sabía que se estaba conteniendo por no volver a llorar, y yo también.

No era capaz de tener más condescendencia con ellos sin perder yo el control de mis emociones.

—Lo siento —volví a decir con la voz ahogada.

Era cierto, lo sentía mucho, no quería dejarla así, de aquella manera. Ni siquiera Rubén se lo merecía, pero también pensaba que debía haberme comentado algo sobre el encuentro para poder concienciarme mentalmente.

Esa vez no corrí por los tres carriles de mala muerte, sino que los atravesé llorando a lágrima viva, caminando a paso ligero sin detenerme a mirar atrás.

Mi móvil vibró en el bolso: Tomás me estaba llamando. Le había contado, más o menos, la historia de mis tíos-padres y la historia de mis padres-desconocidos. Seguramente estaría preocupado por cómo había sido el encuentro con Rubén, pero no tenía ganas de hablar con él. Estaba demasiado exaltada como para contestarle de una manera decente. Y tampoco quería preocuparlo más de lo necesario, ni darle más explicaciones de las que ya le había dado con respecto a mi familia; me costaba mucho hablar del tema, era demasiado íntimo y doloroso.

Inevitablemente me acordé de Jen; ella era mi mayor confidente. Siempre lo había sido y creía que siempre iba a serlo. Pero desgraciadamente me había equivocado, y aún me seguía doliendo.

Tomás se dio por vencido y el teléfono dejó de vibrar. Borré su llamada perdida y busqué en mi agenda el móvil de mi antigua ex mejor amiga. Comencé a sollozar, debatiéndome entre si pulsar la tecla táctil de llamada o no.

Al final, no lo hice. Me dirigí a la parada de autobús para volver a casa lo antes posible.

*Vince*

¿Por qué tenía que llover en verano? ¡A principios de junio siempre hacía buen tiempo!

Odiaba los días grises, y aquel era un gris mate con tintes bien negros. La lluvia caía tímidamente sobre la ciudad, aunque con el paso de los segundos parecía ir acentuándose cada vez más.

Pues qué bien, yo no tenía paraguas, me lo había dejado olvidado en eso que llamaba «trabajo», pero que en realidad era el cielo y el infierno a la vez. Cielo cuando veía a mi castaña de ojos caramelo, escondido desde algún rincón; infierno cuando me daba cuenta de que no podía ni siquiera rozarla.

No estaba seguro de haberle dicho que sí a Nerea. Ese plan suyo me había tentado demasiado rápido y no había pensado bien en los daños colaterales. ¿Qué haría Brenda si se enteraba de que había convenido flirtear con otra chica para darle celos? Es más, ¿funcionaría ese flirteo para darle celos de verdad? ¿En serio se pensaba que ella era mi novia? No me dejaba de comer la cabeza con eso, ya hacía dos semanas que habíamos protagonizado esa especie de escena porno sobre la mesa de billar, ¿qué pensaría ahora que me había visto con otra chica?

No tenía ganas de pensar en ello, estaba tan reventado de trabajar en el hotel, que solo quería llegar a casa y acostarme. El día había sido largo: por la mañana en el bar del señor López; al medio día había quedado con Nerea; necesitaba urgentemente hablar con ella de Brenda, así que había quedado con ella para comer, para ultimar mejor el plan y tal. La verdad es que tampoco había mucho más que añadir a lo que ya habíamos hablado porque aunque nosotros estuviésemos listos para la acción; para fingir que Nerea era mi novia y darle celos a ella (si es que eso funcionaba), lo demás sería cosa del destino. Brenda tendría que vernos allí a los dos, y para eso tendría que estar allí. Y con Brenda nunca se sabía.

La última vez que la había visto había sido en el parque, cuando había quedado con Nerea la otra vez. Todo había sido tan rápido... Apenas la había visto cinco minutos, y mi corazón había brincando dentro de mí, exaltado de alegría. Tampoco se me iba de la cabeza eso de que hubiese ido a ver a su padre, hasta lo que yo sabía, Brenda no tenía contacto con él ni con su madre.

¿He dicho ya que quería ir a mi casa a pintar la mona a casa? Pues lo cierto es que sí, «quería», pero esas palabras se las llevó el viento cuando, al llegar al puente romano, situada en el centro de él, encontré a la horma de mi zapato.

Casi parecía un sueño; un hada de agua sacada de los libros de fantasía.

La lluvia diamantina comenzó a caer con fuerza, y pareció absorber cada uno de nuestros pensamientos. También nuestras palabras, pues ninguno de los dos dijo una sola desde que nuestras miradas se cruzaron. Era como si el mundo se hubiese detenido a nuestro alrededor.

Un viento helado nos sorprendió. Hizo que su paraguas volara de sus manos y cayera al río.

Ella abrió esos preciosos ojos color miel que me habían acabado obsesionando como ninguna otra cosa, y después, los apartó de mí. Se dirigió al borde del puente, mirando con pesar hacia el agua que engullía su paraguas morado.

Me pregunté entonces cómo reaccionaría ahora, con lo obsesionada que era con la gripe, el resfriado y todas esas cosas. Es más, ¿qué hacía fuera de casa con ese tiempo?

Las gotas plateadas comenzaron a mojarle los cabellos, mientras el viento los mecía. Ella no se movía; quizás fuese porque no tenía ganas de encararme, o quizás porque su mente obsesiva la tenía retenida allí, viendo lo que había perdido reflejado sobre el agua. De repente, me parecía como si se hubiese sumergido en otro mundo, azotada por sus pensamientos.

—¿Brenda? —pregunté.

Pensaba que no me había oído, pero giró un poco el rostro en mi dirección.

—Lárgate, Vince, no tengo ganas de discutir contigo. —Volvió a sus pensamientos.

¿Qué le pasaba? No debía estar bien si no se había largado a su casa ya, huyendo de la lluvia.

—¡Venga, dilo! —la animé.

Mis palabras la sacaron de su trance, y su mirada atormentada se posó en mí, sin entender.

—He dicho que te vayas. —Volvió a mirarme otra vez. Comprobé que tenía los ojos un poco hinchados y su figura era un poco más delgada que la última vez que la había visto.

—¿Te has mirado en un espejo? —inquirí serio.

Sonrió irónica.

—Podrías probar a ser más amable, ¿sabes?

Aunque había intentado sonar como una bordería, no había sido así; estaba claro que Brenda no tenía ánimos.

Me acerqué a ella y me apoyé sobre el muro de piedra a cierta distancia contemplando el flujo del río distorsionado por las onditas que creaban las gotas al caer sobre su superficie.

—Di lo que sientes, no te lo guardes, es peor.

Ella calló, solemne, volviendo la vista al río.

Pensé que me iba a decir: «Métete en tus asuntos», como otras veces me había ordenado. En su lugar, cogió aire mientras yo me acercaba a su posición lentamente.

—¡Odio todo esto! —gritó al viento—. Odio que mi paraguas se haya caído al agua, que mis padres me abandonaran y que mis tíos no me quieran como yo los quiero a ellos. —Le tembló el labio—. Odio que Jen ya no sea mi amiga. —Sus atropelladas lágrimas comenzaron a fundirse con la lluvia, como si fuesen perlas de cristal—. Y te odio a ti.

Me estremecí. Mi corazón se encogió de dolor y rogué porque ella dejara de decir aquello.

—Te odio —volvió a decir sin mirarme, llena de pesar, aunque, por raro que pareciera, no tenía ganas de pelea—. Te odio porque te quiero demasiado, porque apareciste en mi vida como un tornado y aún no te has ido de ella. —Me miró, con los ojos brillantes y la cara mojada—. ¿Qué tengo que hacer para olvidarte?

Fui hacia ella, salvando la poca distancia que quedaba entre nosotros. La cogí de los hombros y la giré hacia mí.

—Pero es que no tienes por qué olvidarme, ni yo tampoco a ti.

No me lo pensé dos veces y la besé.

La besé como nunca antes lo había hecho. Las lágrimas que resbalaban por sus labios sabían dulces junto a las gotas de lluvia. Ella no me rechazó, sino que aferró sus brazos a mi cuello y seguimos besándonos, allí, en nuestra propia atmósfera hecha de agua, en medio de aquel puente romano que separaba la ciudad en dos, empapándonos de felicidad.

Sí, eso era lo que yo sentía: felicidad; todo aquello era un sueño hecho realidad. Ni el Rubiales ni sus padres ni mis pesados trabajos tenían cabida en ese momento.

Pero, como todos los sueños, el mío también se acabó. Y mi mayor pesadilla hizo su aparición.

Ella se separó de mí, aunque no bruscamente como cuando me había alejado de ella en el hotel, aún la sostenía entre mis brazos.

—Vince, ya te dije que no podía hacer esto.

—¿Y por qué no? ¿Qué te lo impide? ¿Él? ¡Pues déjalo! Es obvio que aún sientes algo por mí, y que Jen no va a ser tu amiga aunque no estés conmigo.

Ella negó con la cabeza, llorando amargamente.

—No puedo hacerle esto a Tomás. Además —su cara cambió, y me miró un tanto enfadada—, tú tienes a alguien, por lo que vi el otro día. —Se soltó violentamente de mi agarre.

—¿Nerea? Ella...

Me vi en una encrucijada, ¿decía la verdad o seguía mintiendo?

«La mentira te ha llevado a perderla. Si hubieses sido sincero desde el principio, lo de Jen no hubiese pasado, y quizás ahora estarías con ella», me dijo la voz de mi conciencia, la buena.

No me dio tiempo a pensar más.

Nuestra pequeña tregua se acabó ahí.

—Vince, déjame en paz. Olvida todo lo que te he dicho. —Empezó a retroceder.

—Bren, dame un segundo para explicarte la verdad y lo entenderás todo. —Me acerqué a ella, preocupado, sabía que algo se le estaba pasando por la cabeza y quería que dejara de pensar mal de mí de una vez.

Se alejó de mí con las manos levantadas, evitando todo contacto.

—No, no, no, ¡deja de mentir! Estoy harta de que todos hagáis lo mismo. Mis padres cuando dicen que me han querido muchísimo, mis tíos cuando me decían que yo iba a ser su hija siempre, a Jen por decirme que seríamos amigas toda la vida pese a las adversidades, a ti cuando me dijiste que yo te importaba... ¡Ya basta! ¡Dejad de jugar conmigo! —Clavó sus ojos en mí, entre molesta y decepcionada, y juro que quise llorar con ella. ¡Estaba tan dolida!

Echó a correr en la dirección por la que había venido yo.

—¡Brenda! ¡Espera! —le grité, a punto de salir detrás de ella.

«Ni se te ocurra. ¿No ves cómo está? No quiere saber nada de nadie», me advirtió mi conciencia sabiamente.

Así que la dejé ir, contemplando cómo su silueta se desdibujaba entre el agua de lluvia al final del puente.



*Brenda*

Llegué a casa chorreando.

¿A quién se le ocurría salir a pasear con esta lluvia? Solo a mí, desde luego.

Cerré la puerta de un golpe. Una tos ronca me sobresaltó. El apartamento era grande, pero la puerta de entrada daba directamente a lo que era el salón y allí una figura exquisitamente vestida y con la espalda totalmente recta se encontraba sentada junto a la mesa, esperándome.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Tía Miranda?

¿Qué hacía ella aquí?

Me alisé la falda un poco y me estiré la camiseta. Con el pelo no podía hacer nada, se había mojado y ondulado solo con la humedad y la lluvia.

—¿Dé dónde vienes con esa pinta? —Se levantó y, como de pequeña, me pareció dos metros más alta que yo, aunque éramos de la misma estatura.

Su mirada escrutadora me recorrió de arriba abajo, no pude evitar ponerme colorada.

—De...de dar una vuelta. ¿Cómo has...?

—¿Entrado? —terminó ella por mí, sin tomarse la molestia de sentirse algo culpable por invadir mi intimidad.

—Este piso lo buscó tu tío, y es de unos conocidos nuestros. Por supuesto, tenemos llaves por si hay una emergencia.

—Por supuesto. —No pude evitar sonar un poco sarcástica, pero ella ni se inmutó.

—Ven, siéntate. —Volvió a tomar asiento y me indicó con unas palmaditas la silla que había a su lado.

Fui hacia la mesa, recta, como a ella le gustaba. Percibí el olor del té, y me di cuenta de que había dos tazas humeantes sobre la mesa. Otra taza descansaba sin ser servida.

Elevé una ceja. ¿La tía había hecho té?

Como si la doncella hubiese escuchado mi pregunta mental, traspasó el umbral que daba a la cocina y le preguntó a la «señora» si quería algo más. Mi tía declinó la oferta y la mandó a hacerme la colada y a prepararme una ropa seca y limpia

—Debemos hablar. —Su voz hizo que me pusiera rígida sobre la silla.

—¿Sobre...qué?

Se llevó la taza de té a los labios con parsimonia. Estos emularon una sonrisa horriblemente satisfecha.

Dios, ¡qué miedo me daba!

—Sobre tu inminente boda, por supuesto.

La sangre se me fue del rostro.

—¿Mi... qué?

Dejó la taza en la mesa y aleteó una mano restándole importancia al asunto.

—¡Oh, vamos!, ¿Aún no te lo ha dicho? Tom estuvo ayer en casa para preguntarnos si podía pedir tu mano. —Sonrió, de nuevo de una forma muy conocida para mí; estaba encantada con la idea. Y no sabía si esa idea me daba más miedo que el hecho de que estuviera hablando de mi futuro matrimonio; para la tía estar «encantada» con algo equivalía a tener poder. Y ese poder debía recompensarla de alguna manera—. Obviamente, le dijimos que sí. No tenía muchas esperanzas que alguien de bien quisiera desposarse contigo, pero al final has sabido elegir. —Me cogió una mano y me miró con los ojos brillantes—. ¡Estoy tan orgullosa de ti! —Me abrazó, como hacía mucho tiempo no lo había hecho.

Y pese a haber estado esperando ese momento con ansias, no me gustaba que se sintiera orgullosa por mí porque hubiese «pescado» a una persona como Tomás para compartir mi vida.

«Compartir mi vida». Caí en la cuenta de lo que me había dicho Miranda, ¡Tom iba a proponerme que me casara con él!

—Oh, Dios...—dije con los ojos de par en par, aún entre los brazos de mi tía.

—¡Sí, mi niña! Te vas a casar, ¡y todo el mundo nos admirará!

No veía por qué, pero en fin, que soñara lo que quisiera. Era cierto que el padre de Tomás solía salir en los periódicos, más que nada por la polémica de sus obras en lugares poco propicios para construir. Y la familia tenía mucho dinero, más que mis tíos, que vivían bastante bien, pero de ahí a crear una admiración hacia nuestra familia...

—Quizás se haya arrepentido, tía. No llevamos mucho tiempo juntos, creo que hay que pensarlo detenidamente.

¡Y tan detenidamente!

Estaba un tanto histérica (vale, mucho) con la noticia, pero esperaba que ella no me lo notara.

—¡No digas tonterías! Está deseando que seas su esposa.

La tía se marchó al cabo de un rato con su doncella y dos té y medio bebidos. Parecía que la novia que se casaba era ella; ya estaba orquestando todo el convite y dónde se celebraría el enlace.

Era como si la conversación que habíamos mantenido le perteneciera a otra persona, alguien ajeno a mí.

No había hablado con mi novio, y me parecía la forma menos romántica de todas haberme enterado por mi tía de lo que me iba a proponer. Sin embargo, agradecía que no hubiera estado delante de mí cuando me había enterado de sus planes porque no sabía qué cara habría puesto; si de sorpresa o de terror. Mi tía vivía en su mundo, así que sabía que ella ni se había dado cuenta de mis dudas, pero Tomás sí lo hubiese sabido, y me hubiese hecho un interrogatorio de tercer grado.

Tom era un encanto, y llevaba un par de días dándole esquinazo. Sabía que estaba preocupado por mí, pero no tenía ganas de estar con él; quería estar sola, a mis anchas, protegida en el interior de mi casa de las manos crueles del exterior. Incluso el tío Salvador me había dado unos días libres después de que le hablara de mi «indisponibilidad». Y, sobre todo, quería estar lejos de Vince; ¿cómo se atrevía un día a besarme, decirme mil cosas bonitas, luego estar con una imponente morena haciendo manitas y después decirme que podíamos estar juntos?

Bufé pensando en eso. La pura verdad era que Vince y esa chica no estaban haciendo nada en el parque, pero ella era muy guapa, y los dos parecían muy amigos, tampoco había que ser muy avisado, ¿no?

«Amigos, Brenda, tú misma lo has dicho», me dije a mí misma, intentando convencerme de que entre ellos no había nada. Pero por otro lado, Vince no había desmentido que ella no fuese su novia cuando se lo había sugerido en el río. Podría haberme dicho algo, había tenido la oportunidad.

¡Menuda escena! Seguramente le habría parecido una desquiciada.

«Bueno, ¿y qué? ¡Qué más da lo que piensen los demás! Lo hecho, hecho está».

Sí claro, pero ahora me moría de celos e incertidumbre.

¡Maldito Vince! ¡Y yo! ¡Y todo lo que le había dicho al lado de ese maldito río! Le había reconocido abiertamente que me seguía importando, que no había podido olvidarlo. ¿Cómo iba a mirarle a la cara ahora?

Alguien tocó a mi puerta.

No esperaba visita, pero de todos modos abrí, deseando que no fuera la tía que se había olvidado algo.

No era ella, sino él, Tomás.

—Tom... No... No sabía que ibas... a venir. Debo de estar horrible —dije mientras me alisaba el pelo un poco; debía de tener una pinta horrible en zapatillas, pijama y despeinada. En cuanto se había ido la tía, me había puesto cómoda, y como eran las tantas de la noche, no pensaba que nadie se fuese a presentar en casa.

—Cariño, siempre estás maravillosa. —Me dio un beso en los labios—. Tengo que hablar contigo. Quería venir esta tarde pero me ha sido imposible. —Mejor, prefería que no se encontrara con mi tía—. Debo decirte algo. —Sus ojos verdes brillaron, emocionados.

Me dio otro beso.

—Claro..., pasa.

Entró corriendo a la casa y a mí me entraron los nervios.

Seguramente, ahora venía lo que había estado esperando toda la tarde.

Suspiré, realmente no sabía si quería que me pidiera matrimonio o no, pero hasta hacía dos horas ni siquiera me había planteado esa posibilidad.

*Vince*

*E*n fin, y después de todo este rollo que os he soltado, os diré que era necesario para llegar a este punto. A partir de ahora no sé qué carajo pasará.

Estoy un tanto intranquilo por la dichosa fiesta del dichoso restaurante de los dichosos pijos que vienen a despilfarrar su dichosa fortuna en el dichoso hotel Romulo and Remo Big Star.

No hay ni rastro de Brenda, no la he visto en toda la semana desde esa vez que me la crucé en el puente, hará cinco días, y ahora todo mi cuerpo parece que está hecho de flan: se me caen los vasos de las manos, tropiezo con todas las cosas, preparo los cafés de mala manera y los cócteles con ingredientes erróneos.

Sé de sobra que estar nervioso no vale para nada, pero es que no puedo evitarlo. Esto no es solo una fiesta, es ¡LA FIESTA!

Aquí se decidirán muchas cosas, como por ejemplo, si Brenda me sigue odiando o no, pues no sé exactamente qué se le pasará por la cabeza sobre Nerea y yo cuando nos vio en el parque, y me tiene bastante preocupado.

Nerea es otro punto importante de la noche. La conozco desde hace poco, pero sé lo atrevida que puede llegar a ser, ¿y si me da un morreo delante de todos? No debería haber aceptado ese pacto con el diablo.

Unas piernas de infarto bajo un corto vestido azul marino con un escote de vértigo aparecen contoneándose ante mí, cruzando por la puerta del restaurante bajo los destellos de las luces doradas que cuelgan del techo.

Yo entiendo poco de tacones, pero puedo decir que esos son de aguja fijo, ¡y son altísimos!

Con sonrisa triunfal y ojos de diosa, Nerea viene hacia mí como una diva, y debo decir que no es solo lo que parece, sino más bien lo que es; una diva muy provocativa que atrae muchas miradas masculinas.

—¡Esto es realmente genial! ¡Nunca he estado en un evento de estos! —me dice maravillada y... emocionada.

Yo le sonrío, un poco avergonzado. ¿Por qué tiene que alzar tanto la voz? Preferiría que fuese un poco más discreta.

—Desde mi punto de vista de camarero no, desde luego.

Ella gira los ojos sobre las órbitas, pero enseguida pasa página.

—¿Qué? ¿Cómo estoy? —Hace un pase de modelos, y otro chorro de miradas lujuriosas se posan en ella, como si quisieran devorarla con los ojos.

Entrecierro los párpados.

—No me gusta mucho cómo te miran todos esos tipos —le digo desdeñoso mirando al personal de soslayo.

Ella se gira disimuladamente y los observa.

—Lo cierto es que no me interesan mucho. Tú eres mi novio hoy. —Me mira con una sonrisa pícaro.

Y yo se la devuelvo. Por muy loca que esté, la verdad es que me cae muy bien.

—Bueno, dime —se sienta en un taburete delante de mí—, ¿dónde está ella?

Suspiro.

—Quizás no venga, no la he visto por aquí. Ni a ella ni a Míster Modelo de Revista.

Nerea curva los labios hacia arriba, con un brillo divertido en las pupilas.

—¿Cómo es posible que cada vez que te dirijas a él le digas algo diferente? ¡No te has repetido ni una vez!

Sonrío, suficiente.

—Soy bastante imaginativo. En fin, ya que estás aquí y tenemos un trato pendiente, dime tú, ¿qué va a ser? ¿*Gintonic*?

Nerea se aparta el largo pelo negro hacia atrás. Para ella, hacer eso es comparable a respirar, pues le sale espontáneamente, pero no es consciente del efecto que el gesto tiene sobre los demás, más que nada en los hombres.

—No, hoy me apetece *whisky*.

Me río por lo bajo.

—Creo que estás provocando a los asistentes de una manera muy... íntima.

Esboza una sonrisa, se levanta del taburete, empieza a apartarse el pelo, esta vez intencionadamente, de una manera seductora, dejando a todos con la baba cayendo. Después de interpretar su escena, vuelve al taburete y se sienta cruzándose de piernas de una manera más que sensual.

—Eres perversa —señalo, sorprendido yo también con todo ese despliegue de feminidad. Es obvio que le encanta jugar a ser el objeto del deseo.

Ella pestañea, haciéndose la inocente.

—Pues no sé por qué lo dices.

Tengo el impulso de reírme, pero se queda en un amago cuando veo que *ella* aparece, colgada del brazo de ese imbécil con sonrisa radiante y una cartera llena de fajos de quinientos euros.

Mi corazón empieza a desbocarse. Brenda aún no se ha dado cuenta de que estoy aquí, Ojitos Verdes la tiene bien atrapada en una conversación que a mis oídos no llega, pero que no tiene pinta de ser especialmente divertida por la mueca de asco que está poniendo.

De repente dejan de hablar; un rubiales algo menos alto y con el pelo un poco más oscuro, los ha interceptado. Seguro que es el padre de ese tipo... Tomás, se parecen muchísimo.

Me doy cuenta de que Nerea tampoco les quita ojo de encima. Tiene el rostro serio, y me da la impresión de que está rígida, aunque no entiendo muy bien por qué, normalmente siempre anda distraída, alegre y relajada.

Vuelvo a poner las pupilas sobre Brenda, veo que está buscando algo.

A mí.

Nuestras miradas chocan y el hilo invisible que las une se tensa; ha visto a Nerea a mi lado.

Pero no solo sucede eso, lo más extraño es que el tal Tomás también ha puesto la vista en nosotros y parece perturbado.

No es posible que yo cause tal efecto en él, solo soy un simple camarero. ¿Puede ser que Brenda le haya contado algo de nuestra pequeña cita a escondidas?

Empiezo a sudar, a angustiarme pensando que ese tipo puede enviar a un montón de matones tras de mí por haberme acercado a su novia.

Lo cierto es que, aun así me los enviase, volvería a hacer lo mismo.

—Me gustaría que ese *whisky* con agua estuviese ya sobre la mesa.

Desvío la mirada de Brenda y el rubio hacia Nerea, que se ha girado hacia mí sobre el asiento y ya no se digna ni siquiera a echarles un vistazo.

—¿No crees que empiezas un poco fuerte?

Frunce los labios, parece inquieta, su alegría habitual se ha esfumado.

—No, creo que es lo más adecuado ahora mismo.

Empiezo a prepararle la copa.

—¿Sabes? Creo que ese tipo sabe algo de Brenda y yo, no deja de mirarnos —comento mientras observo de reojo a esos dos.

Nerea masculla un bajo «Ja».

—No creo que Brenda se haya ido de la lengua —apunta.

Me quedo un momento mirándola, sin terminar de entenderla.

—¿Y por qué crees que mira hacia aquí?

—Porque me ha visto a mí —sentencia con voz queda, y después da un largo trago al cubata.

En otro momento, habría supuesto que se refiere al explosivo subidón de deseo que provoca en todos los hombres, y claro está, el impoluto Tomás también puede caer en sus redes, pero Nerea no habla de eso, es otra cosa. Su rostro revela algo que nunca había visto en ella...una mezcla entre resentimiento y tristeza.

Me hubiese encantado preguntarle, pero Brenda y el Dios de Todos los Tíos Cachas se acercan a nosotros.

Brenda lleva escrita la palabra «miedo» en la frente, y no se ve muy dispuesta a encontrarse conmigo de buen grado. Su querido y estirado novio no para de observar a Nerea; tiene los ojos clavados en ella.

—Oye, el rubio no te quita ojo de encima, él y Brenda vienen hacia aquí. A lo mejor no debería haberte colado.

Ella se queda petrificada ante mis palabras. Estoy a punto de decirle que se quede tranquila, que yo me llevaré la culpa por el *error*, pero no me da tiempo a hacer nada y la escena que se desarrolla ante mí me deja perplejo.

—¿Nerea?, ¿eres tú? —pregunta Sonrisa de Escándalo.

Brenda se queda mirándolo con los ojos tiesos, muy abiertos por la sorpresa.

Yo abro la boca, porque de la impresión se me ha quedado así.

¿De qué carámbanos se conocen estos dos?

Nerea se lo piensa unos segundos, pero, finalmente, se gira sobre el taburete con toda la tranquilidad del mundo hacia él, esbozando una sonrisa más falsa que la de Judas.

—¡Tomás! ¡Qué sorpresa!

Dudo mucho que su «sorpresa» sea mayor que la mía o la de Brenda. No obstante, le sale muy bien la actuación.

—Sí, desde luego —afirma galantemente Chico Diez.

—He pasado por aquí a tomarme una copa y de paso a visitar a mi... —Me mira algo indecisa, no sabiendo si yo quiero seguir con el juego o no. No puedo contestarle, así que ella improvisa por mí—: A mi novio Vince.

Brenda se queda blanca, y no me extraña, yo le he dicho hace poco que la quiero a ella, y aunque tuviese sospechas de que fuese *cierto* que Nerea y yo tenemos algo, no es lo mismo pensarlo que confirmarlo.

Don Tío Bueno se debate entre componer una expresión de disgusto y una de sorpresa. Al final hace lo segundo; eleva una ceja y me mira.

—Vaya, no tenía ni idea de que uno de nuestros empleados fuese tu...novio.

Me repasa con rayos ultravioleta de arriba a abajo, o todo lo bajo que puede más bien, ya que la barra impide que vea mi figura más allá de la cintura.

—¿No...nos conocemos? —me pregunta entornando los ojos, como rememorando de qué puedo sonarle.

Brenda ahoga un grito mudo, y me doy cuenta de que se pone más nerviosa.

—Hace unas semanas rompí la mitad de vuestras vajillas y usted le dijo a los demás camareros que me echaran una mano.

Sus ojos verdes se fruncen y su entrecejo se arruga, intentando recordar ese momento que le estoy relatando.

—¡Ah, sí! El día del golf.

Brenda se hincan las uñas en la piel, aterrada. ¿A qué le tiene tanto miedo?

—Siento haberla invitado sin permiso —digo, con una vergüenza que no siento, mirando hacia Nerea.

—Lo cierto es que sí, es un evento privado, pero no importa, ya que estás aquí, quédate. Además, nos vamos a la sala del centro; los clientes del hotel tampoco se han cortado en venir aquí pese a los carteles de «Fiesta privada» que hay por todos lados.

Nerea levanta su copa hacia a él.

—Brindo por eso. Gracias. —Su naturaleza arranca de nuevo, y otra vez aparece su singular descaro.

El rubio ni se inmuta, es como si la hubiese visto hacer eso mil veces más. Esboza una sonrisa a medias mientras la mira con ojos taladradores.

—Claro, cómo no. —Vuelve sus pupilas hacia Brenda, que se dedica a ver la escena, como yo, sin mediar palabra—. Nos vamos, ¿no?

Ella me mira un microsegundo, tragando saliva, asiente y se va con el guaperas.

—Me alegro de verte, Nerea —dice él volviendo su cabeza por encima del hombro un segundo—. Encantando de conocerte... mmm... Vince —añade.

Hago una inclinación de cabeza.

En cuanto se van, fulmino a Nerea con la mirada.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —inquiero, algo ofendido, es obvio que me ha contado la mitad de la misa.

Nerea carraspea, llevándose el vaso de *whisky* a los labios.

Se lo quito, irritado.

—Quiero que hables ya. Nada de evasivas.

—Él era mi novio... hace mucho tiempo —suelta, mirando hacia el infinito porque no se atreve a enfrentarse a mí.

Abro la boca con la mandíbula, que se me cae hasta el suelo.

—¿Y no has pensado ni por un solo segundo que probablemente a mí me hubiese gustado conocer esa información antes?

Me mira molesta.

—Pues no, porque es mi vida privada, si tú has querido ir llorándome con Brenda es cosa tuya, pero yo no tengo por qué contarle a nadie nada de mis novios.

Me muerdo la lengua. Después de todo, tiene razón.

—Vale. Acepto todo lo que me has dicho, pero ahora, dime tú algo sincero también: ¿me brindaste tu ayuda a propósito, sabiendo que lo verías aquí hoy? —La escaneo con la mirada atentamente, en busca de algún signo que delate si me va a mentir o no.

Suspira.

—En parte sí.

Supongo que me siento como si me hubiesen dado una bofetada, así que opto por no decirle nada más. Le devuelvo el vaso que le había arrebatado de las manos y empiezo a limpiar copas sucias para meterlas en el lavavajillas.

Atiendo a algunos clientes, todos provenientes de la reunión, que parece ser un fastidio para todo el mundo. Nerea sigue a mi lado, me ha pedido otro cubata más de *whisky*.

Cuando vuelvo hacia donde ella está, planta sus ojos claros en mí.

—Vince, llevas media hora pasando de mí. Dime algo. —Su semblante se ve preocupado.

—Tengo trabajo —le contesto con voz queda.

Lo cierto es que me siento muy herido con ella. Ahora incluso me arrepiento más de haberme acostado con Brenda cuando estaba con Jen. No es la misma situación, como es lógico, pero Nerea ha hecho que me sienta mal. Primero como un imbécil, por pensar que de verdad quería ayudarme. Segundo, porque me ha hecho reflexionar sobre mis errores, que han sido bastantes; mi vida pasota no es lo que mejor le va a al mundo, y puedo hacer mucho daño sin apenas hacer nada. Y tercero, porque me ha hecho pensar en que ya no me gusta la psicología; probablemente no haya sido eso lo que me ha hecho confiar en ella, sino sus artimañas de mujer ofendida, honorable y legal, además de todas esas cosas que parecía predicar cuando yo quedé a la altura del betún contándole mi problema con las chicas, pero es obvio que los psicólogos saben por dónde cogerte, y se me han quitado las ganas de ser uno de ellos.

Nerea alarga la mano hacia mí, deteniéndome antes de que me vaya hacia el otro extremo de la barra.

—Vince, por favor, escúchame.

La miro, y veo que su rostro me implora, como no lo he visto ni una sola vez.

Me suelto de ella. Miro hacia todos los lados: no hay clientes a la vista. Los inquilinos del hotel están paseando en los jardines, y otros tantos se han colado en esa reunión mística que se celebra «secretamente» en la sala central del hotel.

Cojo mi paquete de cigarrillos, y le indico con el dedo que me siga hacia fuera del restaurante, al rellano donde todos los que fumamos nos escaqueamos cuando no hay nadie.

—Te escucho —digo mientras me enciendo un *piti*.

Nerea suspira.

—Dame uno, por favor —dice.

Le alzo una ceja, extrañado, ella no fuma, o yo no la he visto hacerlo antes. Le ofrezco la cajetilla.

Ella coge un cigarro y se lo enciende.

—No sé por dónde empezar.

—Pues mira —le digo bravucón, estoy un poco enfadado todavía—, tienes tres opciones: por el principio, por el medio y por el final.

Ella suelta aire.

—Me cuesta hablar de esto con la gente ¿vale? Así que no te burles —me advierte, y luego da una calada de su cigarro.

No puedo evitar compararla con Brenda, a ella tampoco le gusta hablar de su vida.



Me calmo y me digo a mí mismo que en realidad no es asunto mío. Sea como sea, Brenda no está conmigo, y dudo mucho que Nerea me la traiga de vuelta. Además, sin saber que Tomás era el novio de Brenda, Nerea me ha intentado echar una mano.

—Lo siento —murmuro, dejándola atónita—. No es asunto mío, así que no me tienes que explicar nada.

Ella da otra calada.

—No, está bien. Es que es... tan raro verlo después de un año... —Casi parece empequeñecerse, habla tan bajo que no reconozco a Nerea, a la psicóloga que hay en ella.

Le pongo una mano en el hombro.

—De acuerdo, ya te digo que no es necesario que abras viejas heridas, te agradezco mucho que me hayas ayudado todo este tiempo, aunque la finalidad última haya sido volver a verlo.

—¡No! —me corta, apartándose de mí y encarándome—. Yo te quería ayudar, en serio. Ni siquiera sabía que Tomás tenía algo que ver con tu Brenda. Cuando me dijiste su nombre, y que este era el hotel donde lo habías visto, comencé a sospechar que podía ser la misma persona que yo conocía.

—Y no te equivocabas —digo lanzando la colilla al suelo.

—No, pero me hubiese gustado. Él y yo dejamos lo nuestro por su padre. Me odia por pensar por mí misma, por mis «ideas revolucionarias», me decía él.

»Me he manifestado tantas veces delante de este hotel, que no sé cómo lo estoy pisando ahora mismo. Él y sus socios estaban luchando por destruir las viejas ruinas que aparecieron en las excavaciones de hace unos años; querían expandir sus terrenos, haciendo otras construcciones mientras la vieja civilización se arruinaba. Al final yo y los demás manifestantes lo pudimos parar.

»Pero no solo he hecho eso, sino que me fui a Madrid a manifestarme por la sanidad y la educación. He ido a miles de playas vírgenes para evitar que los grandes empresarios pusieran un grano de hormigón sobre sus parajes...y etcétera, etcétera.

»A Tom siempre le gustó mi espíritu luchador y activo. Nunca me prohibió nada. Aunque no estaba en contra de lo que yo hacía, tampoco estaba a favor, pues su padre le tenía comido el seso contra mí.

»El año pasado, cuando llegué de África, tuvimos una discusión enorme: o dejaba de hacer todas esas locuras que me ponían en peligro a mí y a la integridad de su familia frente a otros magnates de la construcción, o lo dejábamos.

»Yo lo quería muchísimo, pero al igual que yo no había intentado cambiarlo a él, no quería que él me cambiara a mí.

—Vaya, no te pega nada de eso.

Ella sonríe, ruborizándose un poco.

—Supongo que para alguien que realmente no me conoce, es raro.

—¿Y cómo es posible que tú no quisieras llevarlo a tu bando?

Nerea respira hondo.

—Sí, quería, pero su familia era muy importante para él, como para mí luchar por todo lo que creo bueno. Así que, cuando veía que alguna discusión sobre ese tema se avecinaba, lo dejaba pasar. En todo lo demás nos llevábamos genial, y no había problemas, me centraba en otra cosa y evadía la discusión.

Calla unos segundos, contemplando la fuente central del jardín con cierta añoranza.

—Supongo que soy una psicóloga de mierda —masculla un tanto irónica.

Le froto el hombro amigablemente.

—¡Eh! No digas eso. Tú creías en una cosa y él en otra.

De repente su mirada se enfurece.

—Esa es la rabia que me da; no creo que Tomás esté de acuerdo en todo lo que su padre manda o dice, pero, por no llevarle la contra y ser un buen hijo, le hace caso en todo. Así fue cómo rompimos. Su ultimátum me bastó para saber que, aunque me quisiera, él no iba a luchar por nosotros, que siempre estaría a la sombra del señor de Tejada. Y yo no estaba dispuesta.

«¡Pues menudo es Tomás!», pienso. «Un galán seductor de jovencitas que quiere una vida hecha con todas las comodidades del mundo y se deja llevar por su padre». Lo cierto es que creía que era el tío perfecto, que él se merecía a Brenda más que yo, pero ahora todo mi punto de vista ha cambiado. Nerea será todo lo revolucionaria que quiera, pero es una buena chica, y ese rubio operado padre de Tomás es un cretino por no verlo. Si antes me caían mal esos ricachones *chupabilletes* ahora los odio a muerte.

—Y esa es toda la verdad y nada más que la verdad —Nerea levanta la mano derecha—, lo juro por mi honor.

Mis labios se curvan llenos de humor.

—Te creo, y siento mucho que tuvieses un suegro tan egocéntrico y manipulador.

Ella hace una mueca.

—Yo también, pero ahora es tu querida Brenda quien se lleva el muerto. Aunque creo que ella le cae mejor que yo, entra dentro de su canon.

¡Y lo que me fastidia a mí eso! Ojala Bótox Explosivos no le diese el visto bueno a la chica de su hijito. Aunque creo que está más que cantado que quiere a Brenda en su familia, no hay más que ver cómo le ha sonreído mientras hablaba con ella.

—Nerea, debo volver al trabajo. No te preocupes, si quieres irte, te dejo marchar de este suplicio, ya me las apañaré con ella; le has dicho que eres mi novia. —Ahora la mueca la hago yo.

Sonríe nerviosamente.

—A lo mejor me he pasado.

Me encojo de hombros.

—Qué más da. Ella está con él y veo difícil que vuelva conmigo.

Regreso a mi trabajo después de insistir a Nerea para que se vaya si quiere. Al final lo hace. Me despido con un abrazo y me desea buena suerte.

Arrastrando los pies, me meto detrás de la barra; espero que nadie se haya acordado de mí en la media hora que hemos estado fuera.

Como una exhalación, Brenda se me acerca con cara de pocos amigos. Se planta al otro lado de la barra y me mira como si quisiera matarme.

—¿Estás haciendo esto de forma intencionada? —me escupe molesta.

Yo no puedo evitar sonreír mientras sus ojos ámbar echan chispas.

—¿Y qué es «esto»?

—Liarte con la ex de Tomás y pasearla por aquí para que todos la vean.

—Pues mira, no. Me he quedado tan sorprendido como tú cuando ella ha mencionado antes que se conocían, así que me imagino que tu novio tampoco te había hablado mucho de ella.

Sus ojos se entrecierran llameando. No me cree.

—¿Algo más? —inquiero mientras empiezo a limpiar distraídamente una copa para evitar mirarla.

—No. —Se tranquiliza, baja la cabeza y suspira.

Creo que hay algo que no está bien. Me debato interiormente entre preguntar y no. ¿Qué derecho tengo yo ahora para hacerle preguntas después de toda esta escena que hemos montado antes?

—¿Problemas en el paraíso? —me aventuro al fin, echándole el vaho a una copa; es mi manera de parecer casual, pero lo cierto es que estoy muy nervioso, no sé cómo reconducir la conversación y poder hablar con ella como una persona normal, sin acabar en una nueva disputa, como siempre que se tensan los hilos entre nosotros.

Ella suspira otra vez.

—No. El paraíso es genial.

Por su mirada, dudo mucho que sea cierto.

—Debería irme. No quiero que Tomás me haga preguntas sobre por qué nos conocemos tú y yo, yo tampoco le he dicho nada de lo *nuestro* —murmura.

Nos quedamos callados un momento. Ella está apoyada sobre la barra, de espalda a mí, con los codos puestos en ella, mirando hacia a alguna parte del gran ventanal que da al jardín con fuente.

Noto que en realidad no quiere irse. Puedo entrever que, por muy enfadada que esté conmigo, algo le pasa, y prefiere mi compañía que la del Rubio Platino.

—Entonces, si no le has dicho nada de lo nuestro, ¿qué es lo que te preocupa? —me atrevo a preguntar, esta vez en un tono suave, me gustaría que se quedara un rato más si puede ser.

No mueve ni un pelo y, como me da la espalda, no puedo verle la cara, aunque me encantaría saber qué es lo que le está pasando por la cabeza.

—Tomás me ha pedido matrimonio —deja caer por lo bajo, pero yo lo oigo perfectamente.

El *crash* del estallido que produce la copa al estamparse contra el suelo hace que ella se gire exaltada hacia mí en medio segundo.

Yo solo puedo mirarla, con el cuerpo rígido y la bayeta con la que estaba limpiando la copa, colgando de mis dedos rígidos.

Cuando me ve, una nota de inquietud se aloja en su rostro.

—No creí que te fuera a impactar tanto —carraspea, y su mirada empieza a dar tumbos para acá y para allá—, sobre todo porque ahora pareces tener una novia muy guapa —añade un tanto resentida.

Adelanto un paso y los cristales rotos crujen bajo la suela de mi zapato. No voy a recogerlos ahora mismo.

Arrojo la bayeta de cualquier manera a la barra y pongo una mano sobre su brazo, lo que hace que ella me vuelva a mirar, sorprendida.

—¿Le has dicho que sí? —inquiero con mirada de loco, estoy seguro de ello, no me siento dueño de mí.

Ella me mira unos segundos, pasmada por mi reacción. Luego vuelve la Brenda a la que estoy acostumbrado; con la que siempre peleo, la que enciende la llama de mi pringada vida de camarero.

Se suelta de mi agarre, y me observa impasible.

—Claro que le he dicho que sí. Es... —sus labios titubean unos instantes— ...es mi novio.

Se despega de la barra y se va hacia la entrada. Yo la sigo, olvidándome de los cristales rotos, la bayeta y los clientes que me han llamado tres veces para que los atienda.

En el vestíbulo no hay movimiento, solo el de recepción que anda a lo suyo. No obstante, si hubiese estado lleno, me hubiese dado igual.

La cojo de un brazo y la detengo justo debajo de la lámpara de araña iluminada.

—¡No puedes casarte con él! —le espeto en voz alta, haciendo que el de recepción ponga los

ojos en nosotros, aunque ambos lo obviamos.

Brenda me mira intensamente.

—¿Y por qué no? No pretenderás que esté toda la vida pendiente de ti. Además, creo que a Nerea no le gustará saber que le dices estas cosas a tus antiguos...*rollos*. Sé que en el puente te dije todo eso de que no podía olvidarte, pero puedo pasar sin ti, no te preocupes —añade con rencor.

La cojo del otro brazo y la arrastro hacia mí.

—Tú a lo mejor sí, pero yo no puedo pasar sin ti —le digo sinceramente.

Sus ojos, de irradiar fuego pasan a convertirse en hielo en un segundo, totalmente perplejos.

—¿Cómo? —pregunta anonadada ante mis palabras. Luego sacude la cabeza y vuelve a ser ella—. No me puedo creer que otra vez vuelvas a jugar a dos bandas. Esta vez no voy a caer, Vince...

Le pongo un dedo en los labios y ella calla.

—Ella no es mi novia. Solo se ha apuntado a este juego para ver a Tomás y echarme una mano contigo. —Me contempla, arrugando la frente, muy confusa—. Sé que debes estar pensando que no he podido caer más bajo.

»El otro día que nos viste en el parque le estaba contando mis penas sobre mi historia contigo. Quedé con ella después de lo de Jen con la esperanza de que alguien, aunque fuese de Internet, pudiese hacer que me olvidara cinco minutos de ti.

»Resultó que era psicóloga, y me hizo un análisis a modo personal. Estaba tan desesperado que la creí en todo lo que me dijo. Incluso llamé a Jen para intentar arreglar lo vuestro y que así nos perdonara, y me perdonaras tú de paso. —Hago una mueca, viendo lo estúpido que he sido, ¿cómo se me ocurrió hacerle caso a Nerea?—. Luego, tuvo la gran idea de que la solución para recuperarte era ponerte celosa, y eso queríamos hacer hoy. Está claro que me dijo eso para ver a Tomás, pero te juro que no tenía ni idea de que se conocían.

Respiro profundamente un momento, porque lo he dicho todo de seguido. Intento ver una respuesta en su cara, algo que me diga qué es lo que piensa de todo esto, pero no lo consigo. Su rostro es inescrutable, sus labios están cerrados y sus ojos no paran de observarme, totalmente impenetrables.

Suspiro. Todos mis planes han salido mal, pero al menos, no puedo decir que haya fallado a la verdad.

—Con toda probabilidad me odias en este momento, pero al menos he hecho todo lo posible para compensar mis errores contigo. Todo...Todo lo he hecho porque te quiero, Brenda, jamás he querido a alguien como te quiero a ti. —Le cojo la mano con la esperanza de tranquilizarla antes de que se le ocurra darme un guantazo. Veo que tiene el anillo de prometida en el dedo anular y mi corazón se rompe en mil pedazos.

Ella se da cuenta de que lo estoy mirando, aparta su mano suavemente y se tapa el anillo con la otra, como si estuviese avergonzada.

Después suspira y me mira.

—No me puedo creer que hayas hecho todo eso. —No lo dice con reproche, sin embargo, su tono no me revela nada de lo que puede estar pensando.

—Sé que él te puede dar muchas más cosas que yo, soy consciente. Yo no tengo una casa propia, ni gano un dínital, ni visto de esmoquin, lo sé, pero te quiero, es lo único que puedo ofrecerte.

Sé que esta guerra está perdida. Me siento diminuto conforme voy diciendo las características positivas que tiene el rubio. Y me digo a mí mismo que me calle, pues en realidad, sí que puedo

caer más bajo de lo que ya estoy. El foso está a dos palmos de mí, y siento que cada vez me hundo más en el fango que hay en él.

Yo no estoy a la altura de Brenda, ¿por qué intento convencerla de que esté conmigo?

«Porque, después de todo, eres un psicópata enamorado, amigo mío», me dice la voz de mi conciencia.

Brenda hace algo que me deja poco menos que perplejo: empieza a reírse nerviosamente.

—¿Y para qué quiero yo que vistas de esmoquin? —susurra tímida.

Vuelve a mirarme, creo que a punto de llorar.

—Yo no quiero casarme con él, Vince. Es bueno conmigo, pero me siento como una novia-florero como me sentía una hija-florero de mis tíos.

El rostro se me empieza a iluminar. La cojo de las manos otra vez.

—Pues dile que no.

—No quiero partírle el corazón; no sé cómo hacer esto sin que ninguna persona salga perjudicada como pasó con Jen cuando nosotros estuvimos juntos.

—Pero tampoco puedes continuar con esta farsa.

El vestíbulo empieza a llenarse de gente. Los grandes señores distinguidos han salido de su reunión «secreta».

—Tomás y su padre nos van a ver aquí —le digo, más por ella que por mí. Mi puesto está solo en la barra, pero a mí me importa un pito; lo que no quiero es que ningún ricachón tache a Brenda de algo malo por hablar con un camarero delante de todos cuando no es adecuado para alguien de su nivel.

Ella asiente y me guía hasta la sala de billar. Me vienen recuerdos a la mente de cuando nos besamos furtivamente detrás de esa puerta de madera.

Brenda la abre, y cuando mis ojos descubren lo que hay dentro, no dan crédito a lo que ven: Sonrisa de Infarto se está dando el lote con Nerea en el sofá que hay al lado de la mesa de billar.

Nerea está sobre él, con el vestido por encima del trasero. Por Dios, menos mal que por lo menos sigue llevando la ropa interior. Tomás lleva la camiseta desabrochada y el cinturón no sujeta sus pantalones, que están ligeramente más bajos de lo que deben.

Los dos nos miran blancos como el papel.

Creo que son nuestro mismo reflejo. O por lo menos a mí estoy seguro de que se me ha ido la sangre del rostro cuando los he visto.

Brenda se ha quedado quieta, en una posición estática, sujetando la puerta con un brazo extendido. Desde mi posición no puedo verle la cara, pero no creo que sea mucho mejor que la mía o la de ellos.

Nerea se baja de encima de las piernas del rubio, deslizándose el vestido a toda prisa, mientras que Tomás se sube la cremallera y empieza a abotonarse la camisa rápidamente.

—No es lo que parece —dice él muy imbécil, como si no estuviese claro.

Mi voz interior murmura un «¡Ja!» irónico.

Yo hago una mueca a mi vez. ¿Cómo puede haberle hecho ese cabrón millonario esto a Brenda? De repente quiero asesinarlo. Y a Nerea también. A mí no es que me duela verlos juntos, pero ¡él es el novio de Brenda! Ella se preocupa por él, hasta tal punto, que se está pensando esa absurda boda que no quiere para no hacerle daño.

Unas irrefrenables ganas de venganza rugen dentro de mí. Sin pensarlo un segundo, cojo a Brenda, que me mira atónita, la estrecho entre mis brazos y empiezo a besarla, a devorarla con los

labios sin darnos tiempo a respirar. No sé si es por la adrenalina del momento, pero siento este beso como algo muy especial entre nosotros, aun sabiendo que esos dos nos están viendo.

—Pues ¿sabes que te digo, Rubiales? —digo esbozando una sonrisa sardónica cuando me separo de ella—. Que esto sí es lo que parece.

Tanto Nerea como él se quedan tiesos como el palo de una escoba.

Brenda, que en un principio pienso que me va a dar un guantazo, no dice ni pío, sino que retrocede sobre sus propios pasos y se marcha de allí a toda prisa.

Intento seguirla, pero cuando cruzo por debajo de la lámpara de araña, mi jefe me detiene.

—¿Se puede saber qué haces? —Se interpone delante de mí mientras sus ojos me acribillan censuradores—. Los clientes se están quejando, vuelve a tu puesto de trabajo ¡ya!

Miro una última vez hacia la entrada; Brenda ya no está.

*Brenda*

*E*stoy en sintonía con el ambiente. El cielo gris es el reflejo de mi alma mortecina. ¿Quién tiene la culpa de que me encuentre así de derrotada? Los hombres en general.

Tomás y Vince en particular.

Antes de marcharme de casa a hacer mi vida fuera de la población en la que se mueven mis tíos, yo no tuve problemas con el sexo masculino; tampoco es que tuviese muchas opciones, yo no les interesaba mucho.

Y ahora que he conocido a dos hombres; cada cual más diferente, me encuentro en estas condiciones: despechada por uno y traicionada por otro.

Aunque no me gusten sus formas, he de reconocer que, cuando Vince me contó lo que ideó con Nerea para ponerme celosa, me llegó al alma. Ningún chico se hubiese calentado tanto las neuronas como para tramar un plan y *recuperarme*. Pero si hemos de ser sinceros, me ha hecho sufrir bastante y no sé si quiero volver a pasar por eso aunque sepa que Jen no va a ser mi amiga nunca más.

Tomás, sin embargo, es otra historia, me ha hecho creer que soy una princesa de cuento. Me ha propuesto un matrimonio inminente. Una locura, ya lo sé, teniendo en cuenta lo poco que nos conocemos en realidad, pero bueno, no sé, parecía muy sincero cuando me lo propuso. Y cuando menos lo esperaba, me doy cuenta de que tengo una cornamenta más grande que la de un reno de Papá Noel.

Suspiro mientras me deleito con la atmósfera. El aire es gélido, pero como llevo tres días encerrada, no me importa, incluso creo que es mejor, mis pulmones se espabilan al contacto con el frío.

Por si fuera poco todo esto, Natalia me llamó ayer. Quiere quedar para charlar. Y Rubén también.

Resoplo.

Para echar más leña al fuego, mi tía Miranda también quiere reunirse conmigo, solo que no me ha llamado ella, sino mi tío Salvador. Estoy segura de que me va a echar la bronca por no haberle dado señales de vida a Tomás. Este, si ha estado en mi casa no lo sé, pero por descontado, no pienso dejar que me encuentre. Llevo tres noches en el hotel donde empecé mi aventura con Jen. No es la misma habitación la que ahora me hospeda, pero ciertamente no puedo dejar de recordar mis primeros días en esta ciudad. ¿Cómo pueden haber pasado tantas cosas en tan pocos meses?

Mi vista se clava en el río, que fluye tranquilo y armonioso.

Ahora veo la ciudad con otros ojos. Antes todo me parecía un descubrimiento, ahora sé a dónde ir exactamente, y en este momento es aquí donde quiero estar, en medio de las dos mitades. Justo como se encuentra mi alma en este momento, dividida, como la ciudad. Llegar aquí supuso un antes y un después, e irme puede suponer otro.

—Gracias al cielo, pensaba que estabas muerta —dice su voz llena de alivio.

Cuando me giro, vuelvo a ver su rostro enmarcado por las sombras, como cuando me lo encontré en el hospital haciéndome compañía.

—¿Qué pensabas que iba a hacer?, ¿arrojarme a una cuneta? —Me limito a apoyarme en la barandilla del puente y Vince hace lo mismo a mi lado.

—No has contestado a mis llamadas y como no sé dónde vives, tampoco he podido ir a tu casa.

Vuelvo a suspirar sin apartar la vista del horizonte lleno de nubes.

—No te he contestado ni a ti ni a nadie —me callo lo de Natalia y el tío Salvador, pues son excepciones—, no tengo muchas ganas de ver a ninguno de los dos.

No hace falta que le diga que Tomás y él son esos dos, y no añado que mucho menos tengo ganas de que me hablen de esa Nerea que a uno lo ha ayudado a darme celos y al otro se lo estaba tirando en el mismo sitio en el que estaba yo.

—Lo comprendo —dice él de improviso. Esta vez lo miro, y él tiene los ojos puestos en las nubes—, no tengo ni idea de qué debes sentir en este momento, pero me gustaría poder ayudarte, de verdad.

—Me siento como una estúpida. No sé cómo me las arreglo, pero parece ser que soy ciega con respecto a los hombres.

—Eso no cierto, simplemente te topas con idiotas. —Me mira de reojo antes de añadir—: Aquí el número uno.

Me río. No sé cómo lo logra, pero su tono jovial siempre hace que sonría. Me doy cuenta de que ya no tengo tanta tensión sobre los hombros. Cuando lo veía y estaba con Tomás, me sentía culpable por sentir lo que sentía por él y no por mi novio. Ahora, sobre todo después de los últimos acontecimientos, ya no me afecta tanto, supongo que el karma ha cobrado su deuda conmigo por lo de Jen.

—No eres el único que ha cometido errores. Mírame, la chica maniática con padres dependientes en acción, que tiene una tía más maniática compulsiva aún y un novio que poco parece serlo. —Levanto la mano con una sonrisa que no me llega a los ojos. Pero bueno, estoy de mejor humor. Tres días sin mediar apenas palabra con nadie es mucho tiempo.

—¿Cómo están tus padres?, ¿qué tal estás tú? —pregunta mirándome preocupado, y recuerdo en ese momento que yo le dije que iba a ver a Rubén cuando los vi a él y a Nerea juntos en el parque.

Me callo unos segundos, no estoy acostumbrada a hablar con nadie de mi vida privada.

—Tranquila, no tienes que contármelo, perdona.

Suspiro.

Lo cierto es que sí quiero contárselo. Él es la única persona que conoce todos mis traumas infantiles, y con la única, aparte de Jen, con la que alguna vez he hablado de esto seriamente. Si con alguien me siento a gusto para desahogarme, es con él.

Me vuelvo hacia el horizonte, me parece más fácil hablar de esto sin mirarlo cara a cara.

—Bueno, no sé muy bien cómo sentirme con todos mis *padres*. A mi tía Miranda le encantaba que estuviese prometida con Tomás. Piensa que es un partido excelente, y parece que volvía a quererme como antes por eso. —Pongo los ojos en blanco por lo ridículo que es eso, aunque me entristece un poco también—. Mi tío Salvador me ha buscado un trabajo en el que puedo hacer lo que me da la gana; como él es mi jefe, tengo libertad total. Igual parece un sueño hecho realidad, pero no lo es, me gusta que, si alguien me contrata, sea por mí misma, como lo hizo el señor López en el bar. Por otro lado está Rubén, mi padre biológico, que planeó una cita a ciegas con Natalia, mi madre de verdad. Las cosas no fueron muy bien, y ahora no sé qué hacer con respecto a ellos;



tampoco los he vuelto a ver desde entonces, y Natalia me ha llamado hace poco para concertar una próxima cita a la que no sé si quiero ir.

Me quedo en silencio, mirando al infinito mientras la lluvia empieza a caer.

Ya ni siquiera me importan los gérmenes que pueda contraer al estar tocando la balaustrada del puente romano sobre la que tanta gente a lo largo de los siglos se ha apoyado. Tampoco me importa que la lluvia me empape entera y coger un constipado. Nada de eso me parece peor que tus padres te abandonen, que tu novio te ponga los cuernos o que tu tía vea en ti algo con lo que ascender en la escala social.

—Y luego estás tú —prosigo.

Me mira.

—¿Dónde estoy yo? —pregunta con precaución, aunque relajado.

Creo que es la primera vez que ninguno de los dos está rabioso, y apenas puedo creer que el detonante de todo esto haya sido ver a Tomás y a Nerea juntos.

—Tú estás en todos los poros de mi piel, en todos mis sentidos, en cada uno de mis pensamientos —confieso. ¡Qué más da que se lo reconozca! Si quiero empezar de cero, tengo que poner en orden el pasado—. He intentado olvidarte de mil maneras —mis ojos empiezan a humedecerse, no creía que expresar mis pensamientos en voz alta doliera tanto—, pero todo ha derivado a cosas peores. Nadie puede sustituirte, incluso pensando que no eres bueno para ninguna chica.

Le devuelvo la mirada y sus ojos castaño oscuro se encuentran clavados en mí.

—Bueno eso tiene arreglo, quiero demostrarte que estás equivocada. —Se acerca a mí, me coge de la cintura y me besa.

¡Sus labios son tan increíblemente irresistibles que no puedo hacer otra cosa más que saborearlos!

Me viene a la mente ese beso improvisado delante de Tomás y Nerea, y no puedo evitar reírme aunque esté llorando.

Él se separa de mí, agitado, pero con una sonrisa en el rostro.

—Me esperaba un guantazo, no esto.

Suelto una carcajada.

—¿Y por qué me has besado?

—Porque contigo nunca se sabe, pero merece la pena arriesgarse.

Las gotas de lluvia empiezan a resbalarle por la cara, aunque Vince parece inmune, solo se centra en mí.

Me doy cuenta de que nunca he sido más feliz que ahora, al escuchar sus palabras. ¿Cómo he sido tan tonta? Puede que seamos muy distintos, pero lo cierto es que es el único que hace que sienta algo. He buscado en Tomás al hombre perfecto, pero eso no existe, el hombre perfecto es el hombre imperfecto; el que puede aprender contigo de los mismos errores que tú has cometido. Y ciertamente, yo soy muy imperfecta.

—Yo también quiero arriesgarme, Vince. —Entrecruzo sus dedos con los míos; él mira nuestras manos como si no se lo creyera—. Aunque tenga mis temores y manías, quiero intentarlo si tú estás dispuesto.

Sus ojos resplandecen, y no es por la lluvia que ha empezado a caer.

Me coge el rostro entre las manos.

—¿Que si lo estoy? Nunca he estado más seguro de algo en mi vida que de lo que siento por ti.

—Lamento haber sido tan estúpida y...neurótica.

Sonríe arrogante.

—Estoy de acuerdo, pero no es nada que no se pueda arreglar.

Pongo los ojos en blanco, aparto sus manos de mí, y después, estallo en carcajadas.

—He echado de menos esa fanfarronería tuya.

Él hace una mueca.

—Espero que el señor López también, iba ahora a pedirle trabajo para todo el día, a ver si puede hacer una excepción.

Abro los ojos por la sorpresa.

—¿Por qué?

—En el Paraíso de los Pijos me echaron a la calle el día que te diste a la fuga por dejar mi puesto de trabajo tanto tiempo. Y si no consigo más ingresos, no sé cómo voy a pagar el alquiler.

Muestro una expresión de espanto. ¿He hecho que lo despidan de su trabajo?

Él se ríe a lo grande.

—No te preocupes, si no me hubiesen despedido ellos me hubiese despedido yo, ya sabes que no me va mucho ese mundo.

Me relajo con su buen humor.

—Tal vez yo pueda echarte un cable en eso —le guiño un ojo—, ya sabes que el señor López me adora.

Le ofrezco la mano. Él me la coge y lo insto a andar. Parece mentira que estemos tan tranquilos dando un paseo y calados hasta los huesos, pero así es.

Me mira traviesamente.

—El señor López y yo tenemos que hacer un trato si te contrata. Regla número uno; no atenderás las mesas, no queremos que los clientes vean las piernas tan sexys que tienes. Regla número dos; como vea algún tipo poniéndote un ojo encima, le daré un puñetazo...

Me echo a reír.

—¡Eres un exagerado!

Él también ríe.

—Desde luego que no, no quiero que otro tipo rubio platino te vuelva a secuestrar.

Nunca hubiese imaginado que nuestro noviazgo empezase así, pero lo cierto es que en este momento, no veo otra forma mejor de que lo haga.

## Epílogo

*Vince*

¿Os preguntáis qué fue de nosotros?, ¿si Brenda me mando a tomar viento y yo volví a las andadas? No os voy a dejar con la duda. Finalmente, hablamos con todos sus padres —los cuatro—, nos hicimos novios formales, (¡quién me lo iba a decir a mí!), y esperamos un poco para la boda, sin precipitarnos.

Creo que la tía Miranda me envió maldiciones a distancia cuando me vio; el tío Salvador era genial, sin duda; Rubén me dio la enhorabuena y Natalia lloró cuando me conoció, creo que de alegría; no sé qué se había esperado de mí, la verdad.

De Jen no hemos sabido nada más; a Brenda aún le sigue importando, y sé de sobra que por ella tendría una charla para recuperar algo de esa amistad que perdió. No sé, quizás en el futuro vuelvan a reencontrarse.

A Tomás y Nerea también les perdimos la pista. Aunque hace un tiempo vi en un periódico una foto donde una pareja, sospechosamente muy parecida a ellos, se manifestaba en una playa a favor de las medusas...

En cuanto a mí, el señor López me volvió a contratar para todo el día, incluso me dijo que era necesario y ya estaba pensando en llamarme antes de que yo apareciera por allí. También contrató a Brenda, para disgusto de su tío, pues prefería que trabajara con él que en un simple bar de barrio.

Nuestra boda se celebró un año después de todo eso, y hasta la fecha, somos muy felices, nuestra hija Nadia nos ha hecho muy dichosos, aunque estoy receloso con Miranda, no quiero que le meta ideas extrañas a la niña cuando sea mayor. Yo me crie jugando con barro, arena y hierbas, y estoy perfectamente, tampoco quiero a la hija más impoluta del mundo si va a tener miedo de coger un lápiz de otro niño.

En fin, como veis, las cosas retorcidas se pueden enderezar, como es mi caso y mi historia con Brenda.

Sed muy felices, y si encontráis el amor, no lo dejéis escapar, pelead por él como sea, pues seréis más que recompensados.

## Agradecimientos

*E*n primer lugar, muchas gracias a mi familia, que siempre me apoya con cada nueva historia. Nunca terminaré de daros las gracias lo suficiente.

En segundo lugar, a mis amigos, que con cada entrega me preguntan cuándo pueden comprar mi libro. ¡Gracias!

En tercer lugar, y no menos importante, os doy las gracias a todos los que le dais una oportunidad a mis novelas. A todos los que os quedáis conmigo después de leer un libro mío. A los que me hacéis llegar vuestras opiniones, con las que mejoro cada día y tan importantes para mí son. ¡Gracias lectores!

Y por último, a Mariajo y todo el equipo de Roca Editorial que le han dado una portada maravillosa a la historia de esta pareja tan atípica como es la de Brenda y Vince. ¡Muchas gracias por dejarme ser parte de vuestra familia!

© 2019, Emma Maldonado

Primera edición en este formato: octubre de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)

ISBN: 978-84-17705-42-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.